

Vamos por el socialismo

Marcelo Colussi



FLACSO
GUATEMALA



Vamos por el socialismo

Marcelo Colussi

Colussi, Marcelo

Vamos por el socialismo / Marcelo Colussi ; Prólogo de
Gilberto López y Rivas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos
Aires : CLACSO ; Guatemala : FLACSO, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-813-924-1

1. Socialismo. 2. Ensayo Sociológico. I. López y Rivas,
Gilberto, prolog. II. Título.

CDD 301

Socialismo / Capitalismo / Economía/ Política /Historia /
Pensamiento Crítico / América Latina

Diseño de tapa: Dominique Cortondo Arias

Corrección: Rosario Sofía

Diseño interior: Federico Mutti

Vamos por el socialismo

Marcelo Colussi

Prólogo de Gilberto López y Rivas



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais



FLACSO
GUATEMALA

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial

**Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales, FLACSO-Sede Académica
Guatemala**

3ª calle 4-44 zona 10, ciudad de Guatemala

Tel [502] 2414 7444 www.flacso.edu.gt



Librería
Latinoamericana
y Caribeña de
Ciencias Sociales

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a libreria.clacso.org

VAMOS POR EL SOCIALISMO (Buenos Aires: CLACSO, Noviembre de 2024).

ISBN: 978-987-813-924-1



CC BY-NC-ND 4.0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723. La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org



Suecia

Sverige

Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

No se trata de reformar la propiedad privada, sino de abolirla;
no se trata de paliar los antagonismos de clase, sino de abolir las clases;
no se trata de mejorar la sociedad existente, sino de establecer una nueva....
Nuestro grito de guerra ha de ser siempre: ¡a revolución permanente!

Carlos Marx, *Mensaje a la Liga de los Comunistas*, 1850

Podrán cortar todas las flores, pero no podrán detener la primavera.

Pablo Neruda

Índice

Prólogo	13
<i>Gilberto López y Rivas</i>	
Introducción	23
¿Es posible el socialismo hoy?	35
¿Qué pasó en las primeras experiencias socialistas?	63
La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas [-URSS]-	67
La República Popular China	80
La experiencia cubana	95
La experiencia zapatista.....	103

¿Cómo lograr el socialismo en la actualidad?	109
Conclusiones	161
Bibliografía	219
Sobre el autor	229

Prólogo

Es un honor prologar este libro de Marcelo Colussi con el significativo título de *Vamos por el socialismo*. Se trata de una obra necesaria y pertinente para los tiempos actuales, caracterizados por una acumulación capitalista militarizada-delincuencial, por el resurgimiento del fascismo y la prevalencia de Estados Unidos como poder hegemónico del desastre.

El autor no plantea una solución reformista ni posibilista para paliar los antagonismos irreconciliables de clase y mejorar la sociedad existente, sino, como asegurara Carlos Marx, propone construir una nueva sociedad, sin propiedad privada, esto es, socialista. Así, Colussi remite a la necesidad de volver a hablar de socialismo, lucha de clases, imperialismo y antimperialismo, poder popular, revolución, que parecieron tornarse tabú o demodé, una vez que la Unión Soviética implosionara y China adoptara mecanismos de mercado, mientras numerosos partidos y organizaciones comunistas se ha desintegrado o trastocado en socialdemócratas.

Colussi piensa que el capitalismo no puede resolver los problemas acuciantes de la sociedad, ya que es un sistema que no tiene solución ni salida, ni puede transformarse a uno con rostro humano, por lo que el cambio hacia el socialismo es imprescindible. De aquí la trascendencia de este trabajo investigativo de largo aliento, en el que se propone, abiertamente y sin ambages, la necesidad imperiosa de luchar por el socialismo, así como reiterar la vigencia del marxismo, materialismo histórico o socialismo científico, adaptando sus postulados a las nuevas realidades. La conocida disyuntiva planteada por Rosa Luxemburgo de “socialismo o barbarie” pasa a ser socialismo o fin de la humanidad y de la vida en el planeta.

Se hace un recuento de las experiencias socialistas, iniciando con la de Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la URSS, de la cual se reflexiona que, en general, “no existe la sensación de ‘fracaso’ en el sentido que ‘todo salió mal’, ‘no sirvió para nada’ sino, en todo caso, como ‘decepción’, ‘frustración’. Se lograron cosas, pero menos de lo esperado”. Para el autor, el proceso no se solidificó ni aumentó como proyecto transformador. Asimismo, “una pesada burocracia —la Nomenklatura— terminó constituyéndose en una nueva clase social, una casta acomodada, y como todo proceso que se institucionaliza, se torna conservador”.

Aun así, y tomando en cuenta la imposición del estalinismo a la muerte de Lenin, fue el Ejército Rojo, un ejército de nuevo tipo, surgido de la primera revolución socialista, el que entró triunfante en la capital de Alemania los primeros días de mayo de 1945. La Unión Soviética constituyó, sin lugar a duda, el factor decisivo en la derrota del fascismo. Sus fuerzas armadas se enfrentaron a lo largo de la guerra al grueso del aparato militar nazi, y después de las victorias de Moscú, Stalingrado, Kursk y Leningrado, se puede afirmar que los fascistas habían sido estratégicamente derrotados.

El autor estudia también la experiencia de la República Popular China, con su “socialismo de mercado, si se quiere, pero socialismo

al fin”, en la que el Partido Comunista fija férreamente las políticas y controla al milímetro su implementación, y donde la totalidad de la población tiene muy bien asegurados los satisfactores básicos, aunque, nos advierte el autor, el costo está basado en la explotación de los trabajadores y la existencia de un número considerable de propietarios privados supermillonarios, que señala clases sociales diferenciadas. Colussi advierte que, si bien es verdad que el modelo de “socialismo a la China” ha resuelto problemas para la población del gigante asiático, no es, a su juicio, el espejo donde puede reflejarse la clase trabajadora mundial.

En el análisis de la experiencia cubana, Colussi recurre a una frase de Fidel Castro en la que declara enfáticamente: “En el mundo hay doscientos millones de niños de la calle. Ninguno de ellos está en Cuba”. Refiere al atroz bloqueo imperialista que dura ya más seis décadas y que impide al Gobierno cubano adquirir tecnologías, materias primas e innumerables productos básicos para la sobrevivencia cotidiana. Pese a ello, y en medio de enormes dificultades y problemas reales, el Estado revolucionario continúa manteniendo el ideario socialista, siendo el único país del sur global que pudo producir vacunas efectivas contra el COVID-19, defendiendo su soberanía y enarbolando el socialismo.

En cuanto al caso zapatista, piensa que su rebelión fue una bocanada de aire fresco, que despertó grandes expectativas sobre su accionar y las fuerzas progresistas de todo el planeta lo vieron con interés. El socialismo no estaba muerto. El poder popular que comenzó a construir el gobierno anclado en el mandar obedeciendo, mostró que la democracia de base, la participación directa de la población en los asuntos que le conciernen, esto es, en el diseño de su vida, sí es posible. No obstante, opina que, debido al cerco político-militar, su modelo “no ha servido —al menos hasta ahora— para construir alternativas anticapitalistas válidas en otras latitudes del planeta”.

En este sentido, considero que el EZLN hace de su proceso autonómico una estrategia de resistencia pacífica contra la guerra de contrainsurgencia, el crimen organizado, el paramilitarismo y la invasión corporativa de los territorios, que va más allá de los autogobiernos, transformando al sujeto autonómico en varias direcciones: las relaciones intergeneracionales y de género, que promueven una singular participación de mujeres y jóvenes, la permanente concientización política, cultural e ideológica de su membresía, la preparación y el relevo de la militancia en los espacios políticos de sus estructuras y jerarquías.

Esta experiencia de autonomía integral, a mi juicio, constituye un ejemplo paradigmático de la naturaleza revolucionaria de estos procesos en la forja de comunidades altamente politizadas y participativas, que pueden establecer un nuevo tipo de democracia y de formas de gobierno, que se sintetizan en el concepto de mandar obedeciendo, una redefinición con el entorno circundante, local y nacional, un cambio real en el desarrollo de una economía solidaria. La defensa de los sujetos autonómicos a la acción del mercado y sus agentes estatales significa el control del territorio desde las comunidades. Asimismo, los mayas zapatistas fortalecen, en los espacios donde prevalece su hegemonía, un tejido multiétnico de pueblos diversos, superando conflictos seculares por linderos y recursos, a través de consensos, tolerancia y superación de diferencias religiosas, étnicas y culturales. Igualmente, y sin pretender caer en el vanguardismo, que también caracterizó a muchos de los agrupamientos de liberación nacional, los mayas zapatistas propiciaron la formación del Congreso Nacional Indígena-Concejo Indígena de Gobierno [CNI-CIG], que en la actualidad encarna en México la resistencia de los pueblos indígenas contra el proceso de recolonización, continuado con especial vigor por el actual Gobierno del “cambio histórico”.

Colussi se cuestiona a lo largo del texto sobre cómo lograr el socialismo en la actualidad, ya que es más fácil que termine el planeta

a que termine el capitalismo, en parte, debido al desarrollo de innumerables antídotos para evitar cualquier cambio. Entre ellos, los mecanismos psicológico-culturales para motivar el consumismo y silenciar la protesta, en un mundo marcado por los valores capitalistas que complejizan la revolución socialista, que cosifican al otro para utilizarlo como un mero instrumento de trabajo.

El papel de las ONG sirve para dividir el campo popular, mientras la supuesta lucha contra la pobreza, y no contra las causas que la crean, al igual que la supuesta lucha contra la corrupción, desvían y desgastan las luchas contra el capitalismo. Al mismo tiempo, las religiones fundamentalistas enajenan importantes sectores sociales, y muchas de ellas han estado al servicio de la contrainsurgencia, como quedó demostrado en el caso de Instituto Lingüístico de Verano.¹

La lucha armada no prospera hoy en día, ni tampoco los partidos de la socialdemocracia, con sus políticos de profesión que pasan buena parte de sus vidas ocupando cargos públicos. En este contexto, señala Colussi, las luchas revolucionarias actuales no encuentran su camino, por lo que reitera que la cuestión es cómo transformar esa injusticia —y todas las otras conexas— en luchas por una transformación revolucionaria, con un proyecto vertebrado, orgánico, y una fuerza capaz de liderar esa energía.

El autor identifica la variedad de mecanismos mediáticos, políticos e ideológicos utilizados en esta época contemporánea por los Estados capitalistas y por el imperialismo estadounidense, en particular: golpes blandos, revoluciones de colores, guerras jurídicas en apoyo a las “democracias” y siempre el Estado como consejo de administración de la clase propietaria, como señalaría Marx, además de una situación de enajenación elemental y fundante del sujeto. Desde los centros del poder se dicta cuáles son las democracias bue-

¹ Ver: López y Rivas, Gilberto (2021). *Estudiando la contrainsurgencia de Estados Unidos. Manuales, mentalidades y uso de la antropología*. México: Plaza y Valdés. <https://voce-senlucha.com/wp-content/uploads/2020/12/GILBERTO-LOPEZ-Y-RIVAS-ESTUDIANDO-LA-CONTRAINSURGENCIA-DE-EEUU.pdf>

nas y cuales las cuestionables. El capitalismo, para Colussi, además de explotador y chupasangre en lo económico-social, es sádico en su faceta ideológico-cultural, arrogante y psicópata.

Lo que queda diametralmente claro es que, por la vía de las elecciones, subraya, no es posible construir alternativas socialistas reales, en absoluto. Frente a la crisis de la democracia representativa, o tutelada por los poderes fácticos, se plantea la democracia socialista. El socialismo significa edificar una nueva sociedad con nuevas relaciones de propiedad y una nueva cultura. Así, es perentorio terminar con el capitalismo, antes de que él termine con la humanidad y el planeta Tierra. A cien años sigue vigente la misma pregunta que hacía Lenin: ¿qué hacer?

Se ha perfilado un pensamiento novedoso: la multipolaridad como posibilidad para una nueva perspectiva socialista. Ante esto, Estados Unidos reaccionó bélicamente, con la guerra en Ucrania y el genocidio en Palestina, actualmente en curso. También se ha hablado de una refundación del Estado. ¿Cómo? ¿Para qué? De nuevo: ¿cómo cambiar el sistema actual y construir una alternativa posible? Las luchas sectoriales dejan el factor de explotación económica siempre de lado. En el texto llama a seguir buscando pistas, a partir de conceptos básicos, como la necesidad de una conducción en las luchas; la pertinencia de contar con un proyecto claro y definido, así como llevar a cabo un trabajo de organización presencial en las bases, abandonando la virtualidad y a partir de alianzas inteligentes.

Colussi concluye que, a partir de la existencia de la lucha de clases, se crea la necesidad de una transformación revolucionaria, insistiendo en asumir la ética socialista de la solidaridad, la camaradería, la ayuda mutua y la vida colectiva. Pese a todo, las primeras experiencias socialistas crearon realidades superadoras de la histórica explotación de las sociedades clasistas, con salud, educación, vivienda, infraestructura básica, transporte

público, etcétera. Quedarse con la ideologizada idea de que los proyectos socialistas fracasaron, es incorrecto y peligroso, cuando en el capitalismo se niega los satisfactores básicos al 85 % de la humanidad. Sin duda, habrá mucho que rectificar. Piensa que es imperioso revisar en detalle las primeras experiencias socialistas, analizar autocríticamente sus grandes desaciertos como la burocratización, la corrupción, el bonapartismo. Sesenta años de marxismo soviético no bastaron para cambiar en profundidad la ideología tradicional. Obviamente, estamos ante retos complejísimo. Sin embargo, aclara que el socialismo no fue derrotado ni fracasó, y todas las experiencias socialistas, sin excepción, han sido objeto de sangrientas, despiadadas, mortíferas agresiones de parte del mundo capitalista. También, destaca que el planteo socialista no cambia mágicamente la ética, la psicología profunda de las personas y, en esa dirección, nos recuerda que la revolución no es un evento de un solo día, sino un proceso constante de lucha y transformación, como pensaba Ho Chi Minh.

Aunque hoy en día el sistema capitalista se muestra ganador, no puede ofrecer bienestar más que a un 15 % de la población mundial. Y aunque las propuestas de transformación revolucionaria de la sociedad hoy se muestran débiles y sus movimientos se mueven en soledad, tomando en cuenta que la pasada pandemia profundizó los desastres ya históricos del sistema capitalista a nivel mundial y que este modo de producción capitalista piensa y se mueve solamente por la obtención del lucro, tenemos que levantar que, aun así, el único país del sur global con una vacuna efectiva fue precisamente Cuba socialista.

Colussi vuelve al interrogante de si es posible el socialismo en un solo país, como una de las cuestiones en las que hay que seguir profundizando. Para ello, el materialismo histórico requiere de adaptar sus postulados a las nuevas realidades. Pese a que el capitalismo se muestra hoy tremendamente blindado y eso hace

difícil la lucha, y no obstante que el triunfo glorioso de la causa socialista no se ve cercano, esto no significa que sea imposible. Plantear esto —afirma Colussi— no es demostración de un pesimismo radical (y, por lo tanto, un llamado a la desmovilización o un acomodamiento a lo “posible”), sino un intento de insuflar energía a una lucha que hoy se muestra adormecida. La historia humana es ensayo y error; la de una opción anticapitalista también. Habrá que seguir ensayando, a partir de errores conocidos. Es un proceso siempre en construcción. Esto lleva a la necesidad de articular todas las luchas.

En el caso de América Latina, partimos de un proceso de colonización y conquista basado en el racismo y el etnocidio contra la población originaria. Hoy en día, esos pueblos siguen reclamando sus derechos como grupos sojuzgados. El imperialismo estadounidense ve en esos pueblos la principal preocupación para su hegemonía continental.

Se plantea también el ecocidio actual y el surgimiento del ecosocialismo. El socialismo, por tanto, debe plantearse muy profundamente esta cuestión del ecocidio. También la lucha contra el consumismo voraz es muy importante. A partir del caso chino se abre la discusión sobre que las experiencias socialistas reales no vinieron de países industrializados, sino fundamentalmente agrarios. En esa dirección, se observa que los pueblos originarios tienen prácticas centradas en el nosotros, no en el individualismo cerrado.

Colussi concluye que, aunque hoy en día el capitalismo se ostenta triunfador, hay que seguir construyendo la alternativa socialista, que es la única que puede significar un mejoramiento real para toda la especie humana. Nos convoca a tener esperanza, que no es lo mismo que ilusión. Este libro, nos reitera, “es un llamado vehemente y enérgico a no perder las esperanzas”, y “a actuar con el pesimismo de la razón y con el optimismo del corazón”, como pensaba Gramsci.

Esta obra, sin duda, será una valiosa contribución para alentar particularmente a las jóvenes generaciones que, a contracorriente y en un panorama incierto, se incorporan a la lucha contra el capitalismo y por la construcción de una sociedad socialista.

Introducción

Hoy día hablar de socialismo no es lo más frecuente. Todavía resuena el estrépito de la caída del Muro de Berlín en 1989 y, en años inmediatamente posteriores, resalta la extinción del primer experimento socialista de la historia: la revolución bolchevique de 1917, que dio lugar al primer Estado obrero y campesino, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Todo ese derrumbe nos dejó bastante aturridos. Fue tan grande la conmoción que debieron pasar años, décadas, para que, lentamente, pudiéramos volver a hablar de estos temas con propiedad: socialismo, lucha de clases, revolución, antimperialismo, poder popular.

En el momento de escribir este texto, las posiciones conservadoras, reaccionarias y de ultraderecha visceral se muestran totalmente enseñoreadas, evidenciándose un retroceso tan grande en las luchas populares que todo hace pensar en un escenario oscuro, casi sin salida, para la transformación del mundo capitalista. No solo eso, sino

que el golpe al campo popular es tan grande que podría decirse que hoy vivimos un momento de fascistización, de avance impiadoso de las fuerzas del capital que recuerdan el nazismo del siglo pasado.

La derecha mundial cantó exultante la que consideró su victoria sin atenuantes: la principal experiencia socialista fenecía, a la par que la otra gran potencia socialista, la República Popular China, abrazaba mecanismos de mercado, todo lo cual hacía pensar en una restauración capitalista en ese gigante asiático. Era, supuestamente, la muerte del socialismo. Un representante de ese pensamiento, triunfador en el momento, Francis Fukuyama (1992), lo dijo sin empacho: “Fin de la historia y de las ideologías”. Corrían tiempos donde los planes neoliberales (léase: capitalismo salvaje, despiadado, hiperexplotador) se imponían rotundos sobre prácticamente todo el mundo, y una vocera icónica de esas políticas, la primera ministra británica, Margaret Thatcher, lo pudo expresar terminante: “No hay alternativa”. Es decir: o capitalismo... ¡o capitalismo!

Esfumándose el campo socialista europeo, con la reconversión de muchos partidos comunistas que o se desintegraban o se transformaban en socialdemócratas (capitalismo con rostro humano), con la desaparición de proyectos socialistas en numerosos países que habían comenzado a trazar una senda con esa perspectiva (en África con sus procesos de liberación nacional, en Medio Oriente y el Magreb con sus planteos de socialismo árabe), ante todo ello, el campo popular global quedó huérfano, sin referentes. China, si bien hoy sigue abriendo interrogantes sobre su porvenir con su “socialismo de mercado”, en aquel entonces menos aún podía ofrecerse como espejo donde mirarse la clase trabajadora y los pueblos empobrecidos en general. El desánimo cundió entonces, y la idea de revolución social, que unos años atrás, en las décadas de los 60 y 70 del siglo XX, parecía tenerse al alcance de la mano, fue eclipsándose. El sistema, a través de sus numerosos mecanismos de control ideológico-cultural —y también con bayonetas, torturas, desaparición forzada de perso-

nas y tanques de guerra—, se encargó de sepultarla, pretendidamente, para siempre. La explotación de base, estructural, no terminaba; pero en la perspectiva política de los amos del mundo, sí se extirpaba de raíz la protesta. Los sangrientos castigos ejemplares—en Latinoamérica, por ejemplo, cien mil personas desaparecidas— eso buscaron.

De todos modos, las luchas populares continuaron, porque las causas que las provocan nunca desaparecieron, aunque el ideario marxista quedó temporalmente en entredicho, opacado. Hoy, más de cuatro décadas después de aquel colapso que marcó el fin de siglo, es momento de retomar con fuerza el ideario abandonado, revisándolo, poniéndolo al día si es necesario, pero siempre a partir de la premisa de que el cambio en ciernes es imprescindible, por lo que aquellas ideas de transformación siguen siendo absolutamente vigentes. ¿O acaso el triunfo del capitalismo nos ha llevado al paraíso? Ese triunfo no consiste en tener centros comerciales repletos de lujosas y atractivas mercaderías que muy pocos pueden comprar, con mendigos famélicos a sus puertas. ¿Qué triunfo entonces? ¿Qué éxito? Debemos retomar aquellos principios no por un puro capricho, sino porque todo indica que el sistema capitalista no tiene salida y, básicamente, porque hay que buscar alternativas válidas para superar la debacle monumental en que la sociedad planetaria está empantanada.

Siguiendo a Atilio Boron,

[...] debemos recordar, cuantas veces sea necesario, que Marx no estaba interesado en develar los más recónditos secretos del régimen capitalista por mera curiosidad intelectual, sino que se sentía urgido por la necesidad de trascenderlo, habida cuenta de su radical imposibilidad de construir, dentro de sus estructuras, un mundo más justo, humano y sostenible. Y esta imposibilidad es aún más patente e inflexible hoy, a comienzos del siglo XXI,

que a finales del XIX. De ahí que la reintroducción del marxismo en el debate filosófico-político contemporáneo —así como en la agenda de los grandes movimientos sociales y fuerzas políticas de nuestro tiempo— sea una de las tareas más urgentes y productivas de la hora. (2006, p. 51)

Como correctamente lo dice Claudio Katz: “¿Qué sentido tiene batallar contra la opresión capitalista sin desarrollar un proyecto alternativo?” (2006, p. 1). Lo importante hoy, más aún: lo imprescindible, es revisar críticamente esos primeros pasos del socialismo, primeros balbuceos, podría decirse, con apenas un siglo, o menos, contra seis o siete siglos desde los primeros atisbos capitalistas en la Liga Hanseática en el norte europeo, para, revisando errores (que, por supuesto, los hubo) plantear cómo continuar la lucha por un mundo que supere al oprobioso y viperino capitalismo.

¿Por qué superar al capitalismo?, podrá preguntar alguien. Hoy, tras este enorme traspié que significó la reversión de la experiencia soviética, hay que ser muy cuidadosos al decirlo, porque toda la propaganda anticomunista que nos inundó durante todo el pasado siglo —y que, quizá con otras características, pero en esencia igualmente visceral, nos sigue inundando hoy— preparó muy poderosos anticuerpos en la ideología dominante que identifican, sin más, socialismo con dictadura, antidemocracia, pobreza, represión. Borrar esa imagen no será fácil. Pero ello es fundamental. La lucha ideológica es vital. Este librito intenta ser un modesto aporte en esa titánica tarea.

Las causas que dieron origen al pensamiento anticapitalista ya desde inicios del siglo XIX, en plena Revolución Industrial, siguen vigentes. Por ello debemos batallar contra eso que tomó su mayoría de edad en Europa y Estados Unidos, globalizándose posteriormente, teniendo un claro proyecto alternativo con que superarlo. El capitalismo, en su ya dilatada existencia, ha demostrado, más que

fehacientemente, no solo no querer, sino no poder resolver ancestrales problemas de la humanidad, como el hambre, la inseguridad, la ignorancia, los invalidantes prejuicios, las numerosas injusticias y asimetrías que pueblan la historia. Hoy, tercera década del siglo XXI, vivimos en un mundo con muy pocos referentes no capitalistas (China, Cuba, Corea del Norte, Vietnam, Laos), donde prima casi absolutamente el mercado, con una abrumadora propaganda que lo entroniza y que llama a un consumo desenfrenado. Mundo que, pese a su descollante adelanto científico-técnico, sigue presentando problemas que bien podrían resolverse si existiera la voluntad de hacerlo. Y ahí está el nudo gordiano del asunto: el capitalismo busca, ante todo y quizá únicamente, mantener la tasa de ganancia, el lucro individual / empresarial, por lo que no puede deslindarse de la explotación, de las diferencias económicas, al estructurar la sociedad. Ese es su núcleo, su razón de ser: la explotación de quienes trabajan para, así, acumular capital. Allí, entonces, para mantener esa injusticia estructural, se vale todo: ir contra la clase trabajadora, ir contra la naturaleza, producir guerras si ello asegura la acumulación. El capitalismo, como sistema, es despiadado, una máquina de triturar todo lo que se le opone, que puede usar armas nucleares si ello le es necesario (como, de hecho, ya lo hizo y, en la terrible coyuntura actual, puede volver a hacerlo). Más allá de las pomposas y absolutamente no creíbles declaraciones de amor al prójimo, responsabilidad social empresarial y sandeces por el estilo, su única meta es seguir ganando dinero.

Vivimos en un mundo que produce, al menos, un 40 % más de alimentos para nutrir satisfactoriamente a toda la humanidad, pero por su composición capitalista, opta por arrojar comida a la basura para evitar pérdidas económicas, es decir, mantener estable la tasa de ganancia, mientras ingentes cantidades de seres humanos pasan hambre. En numerosos puntos del planeta, pese a la comida sobrante, encontramos profundos grados de desnutrición, y el ham-

bre continúa siendo un flagelo que no da miras de detenerse: veinte mil muertes diarias por hambre o por causas directamente ligadas a la malnutrición. Junto a ello, como hecho que debería ser vergonzante, en el próspero norte capitalista, la obesidad es un problema creciente. De hecho, un perrito de un hogar del primer mundo, en promedio, come más carne roja al año que un habitante del sur. ¡Eso es el capitalismo! Si a alguien le sobra es porque a muchos les falta.

Aunque desde la emblemática caída del Muro de Berlín, y con él también los sueños de transformación social que poblaron todo el siglo XX, se comenzó a asociar capitalismo con progreso, eficiencia, innovación superadora, la verdad es muy otra. El sistema se basa en la más abyecta explotación de la masa trabajadora (cualquier asalariado o dependiente, obrero industrial urbano, proletario rural, empleado en el sector servicios, incluso el ama de casa que no recibe salario), explotación que permite la acumulación de capital por parte de los dueños de los medios de producción (industriales, banqueros, terratenientes). Al lado de ese pregonado progreso, debe verse la explotación inmisericorde como la verdadera cara del todo social. Es un sistema que se defiende y perpetúa a cualquier costo, haciendo de la guerra, es decir, la industria de la muerte, su principal negocio: setenta mil dólares por segundo generan esa constante superadora innovación, industria que concentra las más refinadas tecnologías de punta y los más acuciosos cerebros de la humanidad. Un sistema que se dedica a buscar agua en el planeta Marte mientras aquí, en la Tierra, alrededor de diez mil personas mueren a diario por falta del vital líquido; sistema que permite, por ejemplo, que un ciudadano de su principal potencia, Estados Unidos, consuma en promedio más de cien litros diarios de agua, mientras que un habitante del África subsahariana debe conformarse con dos litros por día. Modo de producción, en definitiva, que estimula y premia el derroche, la ostentación superflua, la exhibición indecorosa del lujo y del poder: un automóvil Rolls Royce de veintisiete millones de dólares, un reloj

Patek Philippe Grandmaster Chime de veintiocho millones de euros, una suite en el hotel más lujoso de Las Vegas o de alguna exclusiva isla caribeña de cien mil dólares la noche. Junto a eso: hambre y miseria. Y a quien protesta por esas injusticias: palos, represión sangrienta. ¿Dónde está la libertad? ¿Esa es la preconizada democracia?

Está claro que el sistema capitalista, más allá de los oropeles con que se muestra en su cada vez más refinada versión mediática, representa indigencia, explotación, sufrimiento. De hecho, para que alrededor de un 15 % de la población planetaria viva en condiciones de comodidad —por supuesto la pequeñísima élite que comanda los capitales globales (0,0001 % de la población mundial) con un nivel de ostentación inimaginable, más la clase trabajadora del llamado primer mundo y algunos bolsones de desarrollo en el sur global— el otro 85 % pasa penurias indecibles. Asistimos a una sociedad global bastante irracional; no está de más recordar que se gasta más en cosmética, fundamentalmente en el norte, que en compra de libros, y que en el tercer mundo se puede asistir al patético hecho en que hay gente que se abstiene de comer para poder comprar un teléfono inteligente de última generación. Para poder leer este texto en algún dispositivo electrónico que utiliza coltán como elemento principal, muchos niños-soldados viven en pobreza o pobreza extrema en el África arriesgando sus vidas, tanto en una mina sin condiciones mínimas de seguridad laboral como en los numerosos conflictos bélicos en que se ven envueltos. Esto no se dice para causar la culpa de nadie, sino para hacer evidentes las sinrazones que pueblan la sociedad capitalista.

Ante todo ello —e insistimos, ¡no por capricho, sino como una imprescindible necesidad ética!— debe plantearse un horizonte poscapitalista. De aquí que cobra sentido el título del presente opúsculo: *Vamos por el socialismo*. Aunque los poderes dominantes lo quieran hacer pasar por fenecido, el socialismo no lo está. No lo está ni lo podrá estar nunca, mientras exista el capitalismo, porque significa

un grito de resistencia ante la explotación, significa la esperanza en un mundo distinto, sin explotación. Por eso, el sistema se sigue armando tanto, día y noche, con ideología y con armas letales, para evitar que ese ideario crezca, se fortalezca, sirva para expropiarlo y pueda construir esa patria de la humanidad que pregona la Marcha Internacional Comunista.

Es cierto que los primeros tanteos socialistas durante el siglo XX, además de grandes avances sociales para la humanidad, incuestionables desde todo punto de vista, dejaron muchas preguntas, numerosas dudas, incluso a veces un mal sabor. De lo que se trata es de afrontar esos interrogantes con un profundo espíritu autocrítico, para construir alternativas posibles, realmente viables. Pero no solo posibles como consuelo ante esa maquinaria aparentemente indestructible que sería el capitalismo, dejándonos solo migajas, rendijas donde cobijarnos. No debemos quedarnos con el posibilismo, con concesiones mediocres que el sistema nos regala como premio consuelo, y ahí están los planteos socialdemócratas. No, nada de eso, en absoluto. Construir alternativas válidas es seguir pensando que otro mundo es posible, y que, para ello, hay que luchar denodadamente. Los poderosos no ceden ni un milímetro en sus prebendas; hay que quitárselas a base de profundas y sostenidas luchas. Como dijera certeramente el principal conductor de la Revolución rusa, Vladimir Lenin: “El capitalismo no caerá si no existen las fuerzas sociales y políticas que lo hagan caer”, lo cual fue reafirmado posteriormente por el Che Guevara: “La revolución no es una manzana que cae cuando está podrida. La tienes que hacer caer”. En otros términos, aunque el omnímodo discurso dominante nos repita hasta el hartazgo que el socialismo murió, la lucha anticapitalista sigue, porque la explotación de los seres humanos sigue. Las luchas de clase, aunque hoy día el sistema pretende hacernos creer que ya no existen, ahí están, al rojo vivo, expresándose de innumerables formas. Es por ello, entonces, que el pensamiento que legaran los clásicos, los fundadores del

socialismo científico (Marx y Engels), hoy día conocido como marxismo o materialismo histórico, más correctamente dicho, o socialismo científico, continúa vigente, plenamente vigente.

La cuestión es cómo plantear esa lucha por un mundo de justicia hoy, luego de lo transcurrido en el siglo XX, considerando la suerte que recorrieron las primeras experiencias socialistas, viendo lo blindado que está el sistema y tomando en cuenta elementos que no han sido suficientemente previstos en la construcción de esas alternativas. Nos referimos a problemas cruciales que la práctica nos fuerza a examinar, como: ¿es posible desarrollar el socialismo en un solo país?, ¿nos quedamos con el espontaneísmo de las masas o es imprescindible una vanguardia que conduzca?, ¿cómo se construye la misma?, ¿quién es hoy el sujeto activo de la revolución, solo el proletariado industrial o eso debe revisarse?, ¿cómo pasar de las luchas locales a planteos globales?, ¿cómo se edifica el hombre nuevo reclamado años atrás?, ¿hasta dónde y cómo eso es posible?, ¿cuáles deben ser hoy las formas de lucha, en un mundo marcado por la hipertecnologización, donde los controles de quienes detentan el poder parecen casi absolutos, con neuroarmas, satélites geoestacionarios que parecen saberlo todo, inteligencia artificial al servicio del mantenimiento de la explotación? ¿Cómo oponernos a todo eso?

Esas preguntas, más que obstáculos, indicadores de que el socialismo no es posible tal como desea la derecha, deben ser acicates para tomar muy en serio el título del presente texto: ¡vamos por el socialismo! Todo indica, como lo decía la revolucionaria polaco-alemana Rosa Luxemburgo, retomando a Engels, que o “socialismo o barbarie”. A partir de la caída de las primeras construcciones revolucionarias del pasado siglo, no falta quien dice que el socialismo es imposible, que, como dijo una furiosa y visceral militante antichavista en Venezuela, “solo funciona en dos lugares: en el Cielo, donde no lo necesitan, y en el Infierno donde ya lo tienen” (Morales, 2013). Pero, para despejar estas falacias ideológicas que inundan el ámbito

mediático-cultural y para darnos fuerza en esta titánica tarea que es superar el sistema capitalista, hoy se presenta este material, como un muy modesto aporte que intenta alimentar la lucha. Si sirve de algo, enhorabuena.

Muy probablemente no se diga nada nuevo aquí; quizá estas páginas sirvan solo para manifestar que, como muchos, seguimos apostando por un planteo superador del capitalismo. La idea es reflexionar sobre algunos puntos al respecto: ¿es cierto que no funcionó?, ¿qué esperar de una revolución socialista? Hoy día, con este blindaje tan monumental que evidencian los capitales, ¿por dónde golpear? Se presentan solo esbozos de respuestas, pero nos parece oportuno hacerlo, tal vez para insuflarnos esperanzas, en un mundo que marcha hacia una derechización creciente, que pareciera imparable, y donde la perspectiva de una guerra generalizada que termine con toda la especie humana es efectivamente posible.

Estados Unidos, principal potencia capitalista y supuesto defensor de la democracia y la libertad en el mundo —palabras que, de tanto repetirse, ya terminaron vaciándose de contenido, tornándose huecas, tragicómicas algún sentido—, marcha cada vez más hacia planteos neofascistas. Al sentir hoy día que va perdiendo la hegemonía total de otrora, ha encendido sus alarmas. Su declive, lento, pero inexorable, nos muestra un gigante dispuesto a todo para mantener su dominación. El mundo actual, que no marchó hacia el socialismo como pudo haberse esperado algunas décadas atrás, no está claro hacia dónde se dirige. En ese marco de confusiones que se nos presenta hoy, el campo popular y las izquierdas, debemos reconocerlo con objetividad, estamos algo desconcertados.

Gilberto López y Rivas, en su libro *Estudiando la contrainsurgencia de Estados Unidos. Manuales, mentalidades y usos de la antropología* (2020), explica claramente:

La ideología y la práctica política supremacistas del grupo que encabezó George W. Bush en su pasada presidencia y, su continuación en las administraciones de Obama, con la noción de que Estados Unidos es y seguirá siendo la “única nación indispensable” (en el mundo), guardan grandes similitudes con el fascismo, (tales como el predominio del militarismo y la creencia ciega en la tecnología militar, el favoritismo hacia las grandes corporaciones en la distribución de contratos militares, el racismo que se expresa en el genocidio de pueblos enteros, el ultra nacionalismo, el darwinismo social, etcétera), aunque, naturalmente, la coyuntura histórica de principios del siglo XXI es muy distinta a la del siglo XX. (pp. 29-30)

Las luchas de décadas pasadas están silenciadas; la ideología dominante, Hollywood mediante, ha ido tomando la delantera y la represión brutal y sanguinaria ha hecho retroceder conquistas históricas de los pueblos. Hoy, en la segunda década del siglo XXI, buena parte de la humanidad vive no muy distinto a como se vivía a fines del XIX. Ese aparato mediático-ideológico-cultural, muy bien montado, por cierto, ha ido borrando del imaginario colectivo, de las agendas políticas de la humanidad la idea de lucha de clases. Hoy, pareciera que la consigna más correcta es defender la democracia. Aunque ya sabemos que esa democracia no es más que la forma política que asume la economía de mercado, una democracia engañosa, vil, donde la gente de a pie jamás decide absolutamente nada, sino que es mantenida en esta vana ilusión de ser el poder soberano, no pasando de escoger al administrador de turno de un país a través de esa retorcida instancia que es el sufragio. Por supuesto, hay otra democracia: la directa, la participativa, la socialista.

Si es cierto que un mundo quizá no completamente libre de injusticias y asimetrías, pero sí más horizontal, algo no paradisiaco, pero sí más equilibrado, constituye una utopía, pues, ¡bienvenida sea la misma! Recordemos que la utopía es como el horizonte, o como

las estrellas, inalcanzables, pero marcan el camino, hacen andar. El modo de producción capitalista muestra a diario, a cada instante, que no puede resolver los enormes problemas de la humanidad, solo pudiendo ofrecer guerras como salida, no más que eso. Pero ¿acaso las guerras son salidas? Y esperemos que no la nuclear, que implicaría la extinción de la humanidad y de toda forma de vida sobre el planeta. Sin embargo, tal como dijo Fidel Castro: “Las bombas podrán terminar con los hambrientos, con los enfermos y con los ignorantes, pero no con el hambre, con las enfermedades y con la ignorancia”. El socialismo sí puede ofrecer salidas, pues los primeros pasos dados en el siglo pasado evidenciaron que allí había un proyecto mucho más prometedor para los seres humanos. Por tanto, ¡vamos por el socialismo! Contrariando la idea de imposibilidad del socialismo, obviamente expresada desde una posición conservadora, de radical defensa del capitalismo existente, hagamos nuestro lo que se pudo leer en alguna pinta callejera durante el Mayo francés de 1968, para impulsarlo con la más avasalladora y esperanzada energía: “Seamos realistas: pidamos lo imposible”.

¿Es posible el socialismo hoy?

A partir de la reversión de la Revolución Socialista en la Unión Soviética y del paso a mecanismos de libre mercado en la República Popular China, el aparato ideológico-cultural del capitalismo global dio por hecho que ese cáncer molesto del socialismo pasaba al baúl de los recuerdos. Ambos acontecimientos dejaron ver, según esa concepción capitalista de las cosas, que los ideales marxistas eran una pura fantasía irrealizable, una quimera imposible de apegarse a la verdadera esencia humana. Como ejemplo de esa lógica, un encendido antichavista de Venezuela, el cardenal Jorge Urosa Savino, dijo públicamente en la Universidad Católica Andrés Bello, sin la más mínima vergüenza, que: “Los ricos nacieron para gobernar y los pobres para obedecerlos”. En otros términos, la desigual estructura del mundo —ricos y pobres, poderosos y desposeídos, o mejor dicho aún, explotadores y explotados— sería natural, seguramente producto de designios divinos. Por tanto, no valen las protestas y los

intentos de modificar esa realidad dada. El socialismo, en tal sentido, es un afiebrado sistema irrealizable. “Pamplinas! ¡Figuraciones que se inventan los chavales! Después la vida se impone: tanto tienes, tanto vales”, podría decirse desde esa visión ideológica, remedando al andaluz Rafael de León. Resuenan ahí las citadas palabras de la Dama de Hierro inglesa: “el mundo siempre ha sido así, y seguirá siéndolo. No hay alternativas contra ello”. En otras palabras, un llamado a la resignación silenciosa.

Si Dios lo quiso, así debe ser sin apelaciones. La voluntad divina debe respetarse. Faltaría agregar, solamente, que hablamos de un dios en particular, el de la tradición judeocristiana que rige desde hace dos milenios en lo que llamamos Occidente: Jehová, Yahvé, Dios Padre. Pero se omiten ahí los alrededor de tres mil dioses que pueblan la historia humana, donde el padre del enviado a Palestina a redimirnos hace dos milenios es apenas uno más de tantos. Por cierto, según vemos cómo va el mundo, no hubo ninguna redención.

Esa idea de diferencias connaturales no es nueva, y recorre toda la historia de la humanidad desde que hay sociedades divididas en clases sociales. Dicho de otro modo: siempre han existido justificaciones para las injusticias, cualesquiera sean. “Las razas superiores tienen el derecho, porque también tienen un deber: el de civilizar a las razas inferiores”, dijo convencido de su afirmación un ministro francés del siglo XIX, Jules Ferry, explicando así la conveniente necesidad de una potencia imperialista expoliando a salvajes pueblos y civilizándolos. En el artículo 68 de la Constitución de la República del Ecuador de 1830 se establecía que: “Este Congreso constituyente nombra a los venerables curas párrocos por tutores y padres naturales de los indígenas, excitando su ministerio de caridad a favor de esta clase inocente, abyecta y miserable”.

Del mismo modo, en Estados Unidos, el Congreso impulsó, en 1819, la *Civilization fund act*, que propició un cambio en relación con los pueblos originarios de América del Norte, estableciendo la

necesidad de que “personas de alta moral instruyan a los indios en la agricultura y en materias básicas, como leer, escribir y las matemáticas”, con lo que, a través de la fuerza militar, se sometió a las distintas tribus enviándolas a reservas, robándoles sus territorios ancestrales mediante tratados fraudulentos, despojándoles así de su tierra de cacería, que se reemplazó por terrenos para la agricultura de los colonizadores.

En esa línea de civilización versus barbarie pudo llegarse, extremando ya las cosas, a lo que un funcionario de la actual Unión Europea, el español Josep Borrell (curiosamente, miembro del Partido Socialista Obrero Español, ¿eso es la socialdemocracia?), externó sin la más mínima vergüenza, hablando de la “jungla” del mundo en comparación con el “jardín florido” que representaría el Viejo Mundo. O más aún, lo que el entonces presidente de la superpotencia estadounidense Donald Trump expresó alguna vez, sin miramientos, dividiendo el mundo entre los países desarrollados (el suyo) y los “países de mierda” (obviamente, los otros, los que les envían indeseables migrantes). Esta es la ideología que puede generar el capitalismo. Véase qué distinta esa ética a lo que puede decir un comunista como el presidente chino Xi Jinping: “Ninguna civilización es perfecta en el planeta. Tampoco está desprovista de méritos. Ninguna civilización puede juzgarse superior a otra”.

El desciframiento del genoma humano dejó totalmente claro que todos los humanos somos iguales, más allá de circunstanciales diferencias superficiales relacionadas con pura adaptación al medio: color de la piel, del cabello o de los ojos. El psicoanálisis, desde otra óptica, evidencia que los seres humanos, en cualquier latitud, somos lo mismo, respondemos a similares procesos de humanización: integrados (neuróticos con un nivel de síntomas y angustias manejables), psicóticos (no integrados al mundo llamado normal, con delirios y alucinaciones) y psicópatas (transgresores sin remedio, violadores perpetuos de la ley). Eso parece repetirse allende las circunstancias

culturales. En otros términos, ese animal que descendió de los árboles hace dos millones y medio de años, se irguió, perdió los pelos y la cola y empezó a trabajar (por eso el símbolo del socialismo es un puño donde se opone el pulgar a los otros cuatro dedos, evidencia de que el ser humano es el único animal que puede lograr eso, a partir de lo cual trabaja y modifica el medio ambiente: “El trabajo es la esencia probatoria del ser humano”, dirá Hegel y retomará Marx), ese ser humano es completamente igual en todas partes en términos éticos, sociales, históricos. Más o menos al mismo tiempo llegó a la agricultura en todo el globo terráqueo, aproximadamente al mismo tiempo está llegado al manejo de la energía nuclear o a los viajes espaciales en todas las latitudes. Las diferencias de clase que pueblan la sociedad desde hace unos pocos milenios son circunstanciales. Afirmar que quien posee ese Rolls Royce de veintisiete millones de dólares o un Patek Philippe Grandmaster Chime de veintiocho millones de euros es mejor que un ciudadano de a pie —la abrumadora mayoría de la humanidad— es un absurdo sin la más mínima justificación, casi de orden delirante. Pero, aunque parezca mentira y cueste creerlo, así está armado hoy por hoy nuestro mundo. ¿No es hora de cambiarlo?

Incluso el despampanante desarrollo que está teniendo hoy China con su peculiar socialismo de mercado es explicado por ese pensamiento conservador como producto de haberse volcado al capitalismo. En realidad, no es así (ya lo analizaremos más adelante), pero en la ideología burguesa no cabe la idea de que pueda haber algo más allá del lucro, la ganancia y el individualismo absoluto en que todo ello se apoya. El capitalismo se sostiene en estos pilares.

Sin dudas, son posibles otros, el ser humano no tiene, por naturaleza, una condición de clase. Las diferencias económico-sociales que vienen marcando el ritmo de las sociedades desde que hubo excedente y alguien se lo apropió, constituyéndose en el primer propietario hace unos 8 000 años con el advenimiento de la agricultura.

ra —nacimiento de la propiedad privada—, no vienen en nuestra carga genética. Son determinaciones históricas. Como bien lo expresó el anarquista Pierre-Joseph Proudhon: “La propiedad es un robo” (2025, p. 17).

Si algo nos enseña el materialismo dialéctico es que nada es eterno, que todo se mueve, pasa, desaparece. Πάντα ῥεῖ, todo fluye, había expresado Heráclito en el siglo V antes de nuestra era, fórmula retomada más tarde por Hegel, sentando las bases de la dialéctica que contribuirá a desarrollar el socialismo científico con Marx y Engels. Todo pasa, también el capitalismo. Pero pareciera que esta estructura económico-social se resiste a terminar. Con sus largos siglos de existencia ha salido airoso de innumerables confrontaciones; sobrevivió a crisis de superproducción, crisis financieras, guerras mundiales, revoluciones socialistas, organizaciones contestatarias de la clase trabajadora, pandemias, etcétera. No hay dudas de que está muy bien blindado, que se resiste a los cambios. Se ha dicho al respecto, un tanto pomposamente, que es más fácil que se termine el mundo, por la actual crisis ecológica que nos puede matar a todas y todos, o por la guerra termonuclear que destruiría todo vestigio humano, a que termine el capitalismo.

Pero el capitalismo no es eterno. Ya hay sobradas pruebas de que pueden construirse alternativas a su modelo, hoy día casi hegemónico a nivel global. Las sociedades socialistas que existieron logrando innegables avances civilizatorios, o las que existen hoy día (no hay que olvidar que el gigantesco progreso chino se hace en nombre de ideales socialistas, no capitalistas), las experiencias de fábricas recuperadas con control obrero en diversas partes del mundo que pueden producir exitosamente, movimientos de democracia de base real y no la farsa de las democracias representativas (como, por ejemplo, las heroicas Comunidades de Población en Resistencia [CPR] en Guatemala que se erigieron y mantuvieron en medio de la más cruenta guerra interna) o, si se quiere, sin representar una alter-

nativa socialista, pero sí un desafío al consumismo capitalista como las comunidades *hippies* de décadas pasadas, todo ello muestra que hay algo más allá del capitalismo. Los movimientos autogestionarios y comunitaristas, las asambleas populares de barrio, movimientos espontáneos de solidaridad de trabajadores o colectivos nucleados en torno a problemáticas puntuales, todo eso se vislumbra como algo más allá de la estructura capitalista y su mentirosa democracia representativa. La cuestión es cómo construir hoy una alternativa que trascienda al capitalismo en forma sostenible, sólida, de impacto irreversible. Y desde ya dejamos la inquietud: que trascienda lo local puntual en medio del universo capitalista —la experiencia zapatista en Chiapas, por ejemplo, sobre la que volveremos— para constituirse en algo universal, que emancipe no solo un territorio particular, sino a la humanidad en su conjunto.

El sistema capitalista aprendió mucho con el tiempo. Distinto a la clase trabajadora mundial, a la enorme masa de empobrecidos por el actual modelo que, como dijera *El manifiesto comunista* (2004) de Marx y Engels, “no tiene[n] nada que perder [en ella] más que sus cadenas” (p. 65), los beneficiarios de esa colosal acumulación de riqueza que es la clase propietaria (banqueros, industriales, terratenientes, diversos empresarios, todos igualmente explotadores) sí tienen mucho que perder con un eventual cambio. Es por eso que cuidan tan meticulosamente lo obtenido. Y lo cuidan con los más variados métodos, siempre en constante mejoramiento, que van desde la lucha ideológica (todo el monumental andamiaje mediático-cultural que se ha ido desarrollando) hasta las más despiadas formas de represión policíaco-militar, con torturas, desaparición forzada de personas, cachiporras, tanques de guerra cuando es necesario, neuroarmas, armas de destrucción masiva o cuanto arsenal pueda ser útil para defender sus privilegios, llegando a la locura de guerras nucleares limitadas con misiles tácticos.

Definitivamente, el sistema sabe lo que hace, y lo hace muy bien. ¿Qué hace? Busca perpetuarse. Si no, no podría entenderse cómo —tal como expresa algún dicho popular— pobres con uniforme golpean en las manifestaciones a pobres con hambre para defender a ricos sin uniforme y sin hambre. Los mecanismos ideológicos funcionan a la perfección; el manejo de las voluntades, cada vez más, se hace a la alta escuela, con refinadas tecnologías probadas en laboratorios.

“Las condiciones objetivas para la revolución proletaria no solo han ‘madurado’, han empezado a pudrirse. En el próximo período histórico, de no realizar la revolución socialista, toda la civilización humana se verá amenazada por una catástrofe” (2008, p. 28), decía León Trotsky, en 1938, cuando redactaba el *Programa de transición* durante su exilio en Coyoacán, México. La descomposición del sistema capitalista podía sentirse inminente, un año antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial, aun padeciéndose los efectos de la Gran Depresión de 1929-1930. Pero el sistema sobrevivió. Si durante la primera mitad del siglo XX y algunas décadas más, las luchas de la clase trabajadora iban indicando el camino del mundo, con Rusia, China, luego Cuba y Vietnam edificando sus alternativas anticapitalistas, con numerosos movimientos populares que crecían, con guerrillas marxistas en muchas partes del mundo que buscaban salidas revolucionarias como Cuba en su momento, con una mística guevarista que ganaba terreno y hasta un giro de la Iglesia católica con su teología de la liberación y su opción preferencial por los pobres, todo lo cual podía hacer pensar en la cercanía de un gran polo socialista —para la década de los 70 del siglo XX, una cuarta parte de la humanidad vivía, con las diferencias del caso, en ámbitos que podían llamarse socialistas—, para los años 70 y 80 el sistema reaccionó, y en 1979, en Nicaragua, se produjo la última revolución con un ideario socialista. A partir de ahí, y luego con el derrumbe

ya explicitado más arriba, la sociedad global pareció olvidarse de las nociones marxistas.

En Latinoamérica, a partir de sangrientas dictaduras capitaneadas por militares preparados en la Escuela de las Américas y en otros puntos del globo con otras características, pero todas con un común denominador, los planes neoliberales que fueron implementándose —el Chile del dictador Augusto Pinochet fue el laboratorio inicial—, el sistema se encargó muy bien de ir sepultando todas las ideas de transformación.

Lo avanzado en heroicas luchas desde los primeros sindicatos obreros en Europa a inicios del siglo XIX, las rebeliones de pueblos originarios en América Latina o África se detuvieron con esas políticas de *shock* implementadas por los organismos crediticios de Bretton Woods, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que son, en realidad, brazos operativos de la gran banca privada internacional. Sobre montañas interminables de cadáveres y copiosos ríos de sangre, la guerra de clases nunca se detuvo. Con la caída de los ideales sociales hacia fines del siglo XX, el proyecto de la derecha quiso enterrar en forma definitiva los ánimos transformadores. No lo logró, pero los sacó de escena en forma sangrienta, tapándoles la boca. Se pasó entonces de Marx, con x, a MARC: métodos alternativos de resolución de conflictos.

Ahora bien, ¿de verdad se podrán resolver los conflictos de clase con intercambios en una mesa de negociación? Los cambios reales en la historia siempre van acompañados de violencia; quien detenta el poder, no lo suelta amigablemente. La hoy día clase dominante, la burguesía, obtuvo su hegemonía política con la sangrienta Revolución francesa de 1789, cortando la cabeza, nada amigablemente, a cientos de aristócratas feudales. “La violencia es la partera de la historia”, dijo Marx; no hay que olvidarlo nunca.

De todos modos, aunque sin referentes claros ni espejos donde la clase trabajadora mundial pueda reflejarse, la lucha de clases —

que más bien es una guerra de clases— continuó activa, al rojo vivo. Después de Nicaragua no hubo nuevas revoluciones, pero sí numerosos alzamientos contra las penurias que esos planes de capitalismo salvaje trajeron, tanto en el eternamente empobrecido y expoliado sur global, como en los países centrales, donde el capitalismo quizá menos grosero, no es menos explotador. El sistema fue ideando los más diversos métodos para detener la protesta social, para aguarla, quitarle peso revolucionario. Las tibias reformas socialdemócratas fueron lo máximo que permitió. La manipulación de las masas alcanzó, y sigue superándose día a día, niveles inconcebibles. Solo a título de ejemplo, considérese lo dicho por un ideólogo estadounidense de la línea más dura, Zbigniew Brzezinski:

En la sociedad tecnocrática la tendencia parece orientarse hacia la aglutinación del apoyo individual de millones de ciudadanos desorganizados, que caen fácilmente bajo la influencia de personalidades carismáticas y atractivas, personalidades que explotan eficazmente las últimas técnicas de comunicación para manejar las emociones y controlar la razón. (1979, p. 38)

Manipular las emociones y controlar la razón, ese es el trabajo que el sistema se encarga de hacer a cada instante. Los mecanismos ideológico-culturales del capitalismo llevan a esa falsa conciencia del pueblo trabajador, que “inocentemente” puede terminar apoyando a su enemigo de clase. El ideario socialista no ha podido seguir creciendo porque lo impidieron a sangre y fuego las élites y, por el contrario, los discursos conservadores van siendo la norma. Tanto y a tal punto que muchas veces los empobrecidos, los pueblos oprimidos y apaleados, terminan votando en las amañadas elecciones democrático-burguesas a sus propios verdugos. De trabajadores, esa pérfida clase nos quiere convertir en colaboradores.

Sin la menor duda, la capacidad de manipulación de la corporación mediático-ideológico-cultural es extraordinaria. Puede vérselo en ese continuo lavado de cerebro que hace con las grandes masas en torno a la ideología que, con sutileza, sin violencia física, pero con una inconmensurable violencia simbólica, desliza a cada instante, normalizando bestialidades que, con análisis objetivo, no podría creerse que se acepten fácilmente: que los pobres son pobres por haraganes; que los musulmanes son todos terroristas; que la democracia es la solución de las penurias humanas; que los misiles de la OTAN son buenos y los de Corea del Norte son asesinos; que Onassis —el super millonario de años atrás, armador de barcos griego— y Bill Gates —muchachito sin recursos, pero con ansias de triunfo— eran pobres y vendiendo dulces en el puerto de Buenos Aires el primero o trabajando arduamente desde su garaje el segundo, hicieron fortunas; que hoy día ya no existen las nociones de izquierda y derecha, pues eso quedó en el pasado; que los habitantes del norte cuando viajan al sur son expatriados, pero a la inversa, los ciudadanos del tercer mundo al llegar a los países prósperos son migrantes; y un largo etcétera. Pero también puede vérselo en la forma en que crea eternamente necesidades superfluas, fomentando un consumismo voraz que no parece tener fin. Es decir, otro lavado de cerebro.

“Una agencia de publicidad próspera manipula los motivos y deseos humanos y engendra una necesidad de bienes desconocidos o inclusive rechazados hasta entonces entre el público”, expresó un gurú de la psicología de la publicidad como Ernest Dichter, el padre de la investigación motivacional, de la mercadotecnia. No olvidemos que gracias a esas acciones de *marketing* se consigue vender cualquier cosa. “Lo que hace grande a este país es la creación de necesidades y deseos, la creación de la insatisfacción por lo viejo y fuera de moda”, manifestó alegremente el gerente de la agencia publicitaria estadounidense BBDO, una de las más grandes del mundo. Con *marketing* —publicidad: arte del engaño, se ha dicho— se puede vender

lo que sea. Con esas técnicas, por ejemplo, un camionero como Elvis Presley fue convertido en estrella rutilante, ícono por antonomasia del triunfador *american way of life*. Para el capitalismo, la mentira, convenientemente manejada, da buenos resultados. Más aún, se basa en ella.

Como bloque hegemónico, la clase dominante —ya concebida a escala planetaria— solo va dejando pequeños espacios para que, con un talante gatopardista se pudieran implementar algunas modificaciones, en sí mismas sumamente importantes, sin ningún lugar a dudas (un cuestionamiento del patriarcado, por ejemplo, o el retiro de la anatematización a la diversidad sexual, el apoyo a las reivindicaciones étnicas o, si se quiere, el lenguaje inclusivo que se viene imponiendo), pero omitiendo el núcleo de la cuestión: la lucha de clases.

Ese nudo gordiano salió de escena o, al menos, el discurso dominante trata de invisibilizarlo, de intentar hacerlo desaparecer. Perverso accionar, pues mientras se lo ignora en el ámbito académico-mediático-cultural, es decir: lo que le llega al grueso de la población como corriente dominante en el pensar y sentir, en la realidad concreta, en la cotidianeidad material del desenvolvimiento histórico, sigue siendo el poderoso motor de las relaciones humanas. Tanto, que uno de los grandes magnates del sistema, el financista estadounidense Warren Buffett, poseedor de una de las fortunas más grandes del planeta, pudo decir: “Por supuesto que hay luchas de clase, pero es mi clase, la clase rica, la que está haciendo la guerra, y la estamos ganando” (Buffet, s. f., como se citó en Leal, 2014).

El socialismo es posible porque, definitivamente, no está escrito en piedra que estas infames diferencias que estructuran el paisaje social actual sean eternas. Si fueran tan naturales como pide la ideología dominante —“La ideología dominante es siempre la ideología de la clase dominante”, alertaban Marx y Engels casi dos siglos atrás, y eso no ha variado—, el sistema no necesitaría armarse hasta

los dientes para defenderse. Lo expresado por ese archimillonario de Wall Street recién mencionado lo permite ver de modo patente: estamos en una despiadada guerra de clases, y la clase explotadora no está dispuesta a ceder ni un milímetro en sus prebendas. Las conquistas que las masas van obteniendo, como jornada laboral de ocho horas, seguros de salud, jubilaciones, voto femenino, derechos específicos como el aborto o la licencia por maternidad, entre otros, se consiguen solo con enconadas luchas, con sufrimiento, con tremendos sacrificios, muchas veces coronados con derramamiento de sangre. El capitalismo no cae solo; hay que hacerlo caer, como se dijo más arriba. Pero, cada vez el sistema se protege más a sí mismo. Por cierto, lo sabe hacer muy bien, por eso puede existir esa sensación de imbatible, inexpugnable.

Después de la Revolución sandinista en Nicaragua, en 1979, el sistema no permitió más ninguna salida de control. Obviamente, siguió habiendo luchas, muchas, numerosas, continuó habiendo profundos malestares en la población planetaria, porque las políticas neoliberales llevaron a un grado supremo las penurias de los más, beneficiando escandalosamente a minorías cada vez más restringidas. “Los pobres comemos mierda. Pero... ¡no alcanza para todos!”, pudo leerse en alguna muy expresiva pinta callejera en algún país latinoamericano. Ese empobrecimiento generalizado de las grandes masas, tanto en el norte como en el sur, junto a la precariedad laboral que se extendió por doquier (aumento imparable de contratos-basura, contrataciones por períodos limitados sin beneficios sociales ni amparos legales, arbitrariedad sin límites de parte de las patronales, incremento de empresas de trabajo temporal, abaratamiento del despido, crecimiento de la siniestralidad laboral (en el 2020, según la Organización Internacional del Trabajo [OIT], hubo más muertos por esa causa que por la pandemia de COVID-19), sobreexplotación de la mano de obra, reducción real de la inversión en fuerza de trabajo), sumado al aterrorizador fantasma de la desocupación que en

forma creciente se esparce sobre la masa trabajadora mundial, han logrado sofrenar las luchas. O, si bien no las detuvo, toda la dinámica general, despolitización mediante, permite que no se encuentren proyectos claros que puedan transformar ese monumental descontento en proyectos revolucionarios de impacto. Dicho de otro modo, el sistema capitalista sabe lo que hace. Si es cierto que en las izquierdas cunden los eternos divisionismos, la clase dominante —la clase rica, la que está haciendo la guerra y la está ganando—, se une monóticamente para defenderse, más allá de circunstanciales diferencias que, por supuesto, puedan tener. Esa clase sí tiene mucho que perder: sus fabulosos beneficios, su poder.

Es por eso, porque la arquitectura global del capitalismo sigue siendo tremendamente injusta, que el socialismo se avizora como una alternativa. Por supuesto que, al lado del desastre monumental de esta sociedad que condena a la miseria a tantos seres humanos mientras reboza riqueza y lujos irritantes —recordemos los precios desorbitantes de los productos ostentosos que más arriba se mencionaban—, el socialismo continúa siendo una esperanza.

Sin embargo, ante esa cerrazón que se advierte hoy en las luchas transformadoras, no encontrándose un proyecto claro que movilice a la gente —moviliza más un pastor evangélico o un cantante de moda que una consigna revolucionaria—, puede abrirse la pregunta respecto a si ese ideario socialista sigue siendo vigente. La cuestión es, ¿por qué no lo sería? Las causas que dieron lugar a las primeras manifestaciones anticapitalistas en la naciente industria europea, el anarquismo de fines del siglo XVIII, llevando luego a los primeros planteos de socialismo utópico de Robert Owen, Charles Fourier, Henri de Saint-Simon y Flora Tristán, para posteriormente dar paso al socialismo científico de Marx y Engels, con modificaciones / actualizaciones dados los cambios habidos en estos dos siglos, no cambiaron en lo sustancial. El mundo sigue girando en torno a esos dos polos enfren-

tados: propietarios de los medios de producción y trabajadores asalariados. A ello se articulan todas las otras contradicciones: patriarcado, racismo, imperialismo, colonialismo, heteronormatividad, ecocidio. El socialismo ha sido, y sigue siendo, un grito de guerra para establecer una nueva sociedad, en la cual se podrían eliminar conjuntamente todas esas injusticias.

Sucede que el capitalismo que inspiró las más profundas reflexiones por parte de sus grandes teóricos en la segunda mitad del siglo XIX, hoy, entrado el XXI, abre interrogantes. Su esquema básico de explotación se mantiene: extracción de plusvalía a la clase trabajadora y acumulación siempre creciente del capital. Pero, en todos estos años transcurridos, con lo que el sistema ha aprendido y se ha fortalecido, se presentan nuevos retos al intentar demolerlo para edificar algo superador. El capitalismo actual obliga a reformularnos nuevas preguntas, porque estamos ante nuevos problemas.

¿Quién constituye hoy el sujeto de la posible revolución? La visión clásica nos presenta una clase obrera industrial, de suyo urbana, enfrentada a empresarios industriales. Eso ha ido cambiando. El mismo Marx, ya en su senectud, consideró que existían otros sujetos con potencial revolucionario, tales como los movimientos campesinos. De ahí que, con gran intuición, comenzó a seguir los acontecimientos de la Rusia zarista de las últimas décadas del siglo XIX y estudió en forma autodidacta la lengua rusa, para leer de primera mano materiales que presentaban la situación. De hecho, no se equivocó, porque justamente allí, en un país eminentemente agrario, mucho más atrasado comparativamente con la Inglaterra decimonónica, ya gran potencia industrial, tuvo lugar la primera revolución socialista de la historia.

Más aún, todos los procesos revolucionarios ocurridos en el siglo XX tuvieron lugar en países poco o casi nada desarrollados industrialmente, con gran presencia campesina: Rusia, China, Cuba,

Vietnam, Corea, Laos, Nicaragua. Junto a ello, el actual desenvolvimiento del capitalismo hace que buena parte de lo que se ha dado en llamar tercer mundo, presente países con poca industria, a veces con altas tasas de desempleo, con composiciones sociales donde lo rural tiene un destacado peso. Todo ello lleva a reconsiderar cómo trabajar políticamente con miras a propiciar la revolución socialista, ante lo cual Fidel Castro se preguntaba:

a¿Puede sostenerse, hoy por hoy, la existencia de una clase obrera en ascenso, sobre la que caería la hermosa tarea de hacer parir una nueva sociedad? ¿No alcanzan los datos económicos para comprender que esta clase obrera —en el sentido marxista del término— tiende a desaparecer, para ceder su sitio a otro sector social? ¿No será ese innumerable conjunto de marginados y desempleados cada vez más lejos del circuito económico, hundiéndose cada día más en la miseria, el llamado a convertirse en la nueva clase revolucionaria?

La idea de socialismo, contrario a la difundida idea perversa y malintencionada que lo une a pobreza, se emparenta con desarrollo, creación de mucha riqueza, avance científico-técnico. Es ahí donde surge la pregunta: ¿cómo puede esa enorme masa humana cercana a la miseria construir alternativas socialistas? Atilio Boron (2004), refiriéndose a la experiencia latinoamericana, refiere que el esquema capitalista neoliberal

precipitó el surgimiento de nuevos actores sociales que modificaron de manera notable el paisaje sociopolítico en varios países. Es el caso de los piqueteros en Argentina; los pequeños agricultores endeudados en México, organizados en el movimiento “El campo no aguanta más”, arrojados a la protesta social por el despojo y la exclusión económica y social a que los someten las

políticas neoliberales son de los más conocidos. Habría que añadir a los jóvenes privados de futuro por un modelo económico que los condena. [...] [El neoliberalismo dio paso a] la aparición de un voluminoso “subproletariado” —denominado “pobretariado” por Frei Betto— que incluye a un vasto conjunto de desocupados permanentes, trabajadores ocasionales, precarizados e informales. (pp. 1, 3)

La respuesta sería, ¿y por qué no podría? Pero ahí surge el problema, las poblaciones están cada vez más golpeadas por el sistema y, por tanto, desorganizadas, violentadas, atemorizadas. Cabe entonces, con corrección, la propuesta denominación de “pobretariado”. De todos modos, nada de esta pobreza y atraso comparativo con las islas de esplendor capitalista indica taxativamente que de esa situación de postración no pueda surgir una alternativa socialista. ¿No fue acaso eso lo que sucedió en todas las experiencias socialistas ya mencionadas, incluyendo ahí además los procesos africanos (Angola, Benín, Mozambique, Etiopía, Congo, Somalia, Madagascar) o árabes (Iraq, Libia, Egipto, Argelia, Yemen del Sur)?

Aun partiendo de esas condiciones de precariedad, el socialismo es posible. ¿Por qué no? Hay que afirmarlo rotundamente, incluso para darnos ánimos a nosotros mismos, porque nada indica que, con una planificación económica socialista y un verdadero Estado basado en la democracia directa de poder popular, aun partiendo desde muy abajo, no se pueda construir una sociedad más justa. Cuba, al momento de la revolución en 1959, era una paradisíaca isla caribeña convertida en el casino y lupanar para estadounidenses. Con décadas de revolución socialista, pese a lo que pueda malinformar la prensa capitalista (la gente huye de la dictadura de la isla, mientras que de los empobrecidos países latinoamericanos migra), la nación socialista tiene excelentes ín-

dices socioeconómicos, en muchos casos iguales o superiores a potencias imperialistas, siendo el único país del sur global que pudo desarrollar una vacuna contra el COVID-19.

El socialismo sin dudas es posible; es decir, una organización social no basada en el lucro empresarial, sino en la auténtica equidad distributiva de la riqueza generada por el trabajo. Socialismo no es sinónimo de paraíso; el único paraíso posible es el paraíso perdido, porque las relaciones humanas nunca están libres de tensiones, de conflictos y desavenencias. Pero una organización más horizontal sin odiosas jerarquías sí es factible. ¿No fue eso lo que se logró con todas las experiencias socialistas conocidas?

Naturalizar las diferencias económico-sociales no es más que una expresión ideológica. Pero ¿cómo? ¿No es que las ideologías habían muerto, según gritó eufórico Fukuyama? Parece que no, ¿verdad? Las ideologías siguen vivas, en guerra, marcando el paso de la historia. Esa naturalización no deja de ser una expresión totalmente cuestionable.

Si miramos objetivamente la historia, se nos abren preguntas difíciles de responder: ¿Por qué, una vez que hubo excedente cuando se pasó a la vida sedentaria con la agricultura y la ganadería, alguien se constituyó en el propietario del mismo? ¿Qué hizo que surgiera un amo? ¿Por qué ese excedente no se repartió en forma equitativa entre todos los miembros de la comunidad? Eso lleva a pensar que anida en el ser humano esta tendencia natural al individualismo, y de ahí a la subyugación (sumisión, opresión) del otro. En verdad, es imposible aseverar eso.

No hay dudas de que existe una intrincada dialéctica entre amo y esclavo en las relaciones humanas, lo que marca lo problemático del asunto. Habíamos dicho que esas relaciones nunca están exentas de conflicto, de tensiones; pues bien, diversos autores, en diferentes momentos históricos y con distintos contextos, han expresado esta verdad.

Herbert Marcuse, en su obra *Razón y revolución* (1994), capítulo IV, titulado “La fenomenología del espíritu”, sintetiza la dialéctica del amo y del esclavo de la filosofía hegeliana, la cual permitió a Marx entender el sentido de la historia humana, escribe:

El individuo solo puede convertirse en lo que es a través de otro individuo; su misma existencia consiste en su “ser-para-otro”. No obstante, esta relación no es en absoluto una relación armónica de cooperación entre individuos igualmente libres que promueven el interés común en persecución de la propia conveniencia. Es más bien una “lucha a vida o muerte” entre individuos esencialmente desiguales, en la que uno es el “señor” y el otro es el “siervo”. (pp. 116-117)

¿Acaso entonces estamos condenados a esta diferencia, a este menoscabo (sumisión, opresión) del otro? La historia de la humanidad nos confronta continuamente con esta dinámica. Las sociedades de clase lo evidencian de modo patético: en todo lugar, más allá de diferencias culturales, desde que hay excedente en la producción y se sale de la fase de recolectores-cazadores primarios, se establece esa dialéctica, llámese faraón / emperador / sumo sacerdote / rey / principal / empresario o algún etcétera versus esclavo / siervo / súbdito / vasallo / dependiente / asalariado o como se le llame (¿habrá que incluir ahí burócrata de la Nomenklatura versus camarada trabajador/a?). Sin dudas, las formas de dominación han cambiado a través de los distintos modos de producción basados en la propiedad privada de los medios productivos (esclavismo, despótico-tributario, feudalismo, capitalismo), pero el núcleo central se mantiene: un poseedor versus un desposeído, un explotador versus un explotado. ¿Se puede ir más allá de esto, superadoramente, o la idea de un mundo de pares, de “productores libres asociados”, como decía Marx, no pasa de quimérica ensoñación?

Los desarrollos del psicoanálisis nos han enseñado que esa tendencia que, para un pensamiento conservador, pasaría por natural, o peor aún, por mandato de las deidades, no estriba en la herencia genética sino en la forma en que el ser humano se humaniza, se hace un sujeto social. Esa presunta agresividad innata radica en la forma en que nos convertimos en seres sociales, en uno más de la serie, sujetos históricos pertenecientes a un código simbólico que nos construye y que no elegimos, sino que, en todo caso, nos elige a nosotros. “Eres la cosita más linda del mundo”, le dice la madre al hijo; nos lo creemos y ahí empieza el drama humano. “Basta decirle a alguien que no tiene razón, que no es quien cree, mostrarle un punto donde se limita la aseveración de sí [en otros términos: indicarle que no es la cosita más linda del mundo, porque no hay tal cosita máxima, salvo para su madre] para que surja la agresividad” (Bleichmar y Leiberman-Bleichmar, 2017, pp. 149-150), y el otro se convierte inmediatamente en enemigo. El otro no puede faltar en esta dinámica, porque es con él, a partir de él, en una dialéctica infaltable, como nos convertimos en humanos, en uno más, ni el más lindo ni el mejor, un elemento más de la interminable cadena que forma la humanidad. “En la vida anímica individual, aparece integrado siempre, efectivamente, ‘el otro’, como modelo, objeto, auxiliar o adversario”, explicita Sigmund Freud (2018, p. 3). Es decir, puede haber solidaridad, a veces, pero también competencia. Por eso, en estas sociedades que vienen dándose desde hace ya varios milenios —el capitalismo es una más de ellas, basadas todas en la propiedad privada de los medios productivos—, la dialéctica de la que nos habla Hegel se exterioriza siempre de un modo violento.

La moderna civilización burguesa surgida hace unos pocos siglos, que se llena la boca hablando de la violencia de los comunistas, es despiadadamente violenta, no olvidarlo. “Marchemos, marchemos. ¡Que una sangre impura empape nuestros surcos!”, reza la Marsellesa, himno nacional francés, canto por excelencia de la modernidad

capitalista. El socialismo pretende otra cosa. No llama a cortar ninguna cabeza, como lo hizo la burguesía ascendente cuando se constituyó en poder político desplazando a la monarquía medieval. Por el contrario, valga esto como ejemplo, el que fuera el último emperador de China, Puyi, luego de la revolución de 1949, fue asumiendo los valores socialistas, para terminar trabajando de jardinero, expresando ya en su senectud:

Me gustaría también recordar, primero, que le debo mucho a nuestro Partido. Ha sido precisamente el Partido el que ha convertido a un emperador feudal en un ciudadano auténtico. Han sido muchos años de esfuerzo y no ha sido fácil. Solo el Partido Comunista de China ha tenido la capacidad y el coraje para hacerlo. Sin embargo, he sido yo el que no ha realizado una gran contribución al pueblo.

¿Qué parásito monarca europeo o árabe se atrevería a decir esto?

No hay condena fatal que establezca en manera definitiva la forma de ser del humano. Hoy, el sujeto que conocemos y que viene siendo el centro de todas estas sociedades clasistas, está vertebrado en torno a esa forma de constituirnos: “lucha a vida o muerte entre individuos esencialmente desiguales”. Pero no hay un destino ineluctable que indique que esto es la esencia humana, ahistórica, inmodificable. En todo caso, la única esencia del ser humano es el trabajo: “Su esencia probatoria”, dice Marx retomando a Hegel en los *Escritos económicos-filosóficos* de juventud. Por eso el socialismo, que entroniza el trabajo y no la acumulación suntuaria, continúa siendo una esperanza. El propio Freud, conoedor como ninguno de estas sutilezas humanas, en su momento vio con buenos ojos la Revolución rusa, razonando que, de un contexto social nuevo, de un mundo estructurado con otros valores y otro proyecto antropológico, podría surgir un ser humano distinto, quizá no tan enfermizo como el que

conocemos. Esa es la apuesta que se nos abre. Del socialismo, que lleva aún muy poco tiempo, podemos esperar mucho; del capitalismo, del que ya sabemos cómo se mueve, no podemos esperar más que explotación, muerte, desprecio por lo humano, violencia en grado máximo.

Existen grupos humanos que, al día de hoy, con un capitalismo hiperdesarrollado, estructurado básicamente en torno al consumo y la acumulación, aún viven en estadios preagrarios sin estratificaciones sociales, sin amos y esclavos (aborígenes de Australia, esquimales de regiones árticas, algunas etnias amazónicas). He ahí lo que se llama comunismo primitivo. El reto está dado en edificar un nuevo comunismo sobre la base del espectacular desarrollo de las fuerzas productivas sociales que hoy ha alcanzado la humanidad.

Observando la realidad actual, con prácticamente todo el planeta tocado por este esquema capitalista donde nacemos y nos criamos a partir de una madre que nos construye como “lo más lindo del mundo”, donde la idea de poder (ser más que el otro) moldea nuestras vidas y donde el tener pasa a ser la esencia dominante —“tanto tienes, tanto vales”—, es fácil terminar repitiendo el mensaje ideológico-cultural en que se cimenta todo lo anterior. En ese sentido, pareciera que nos hallamos ante una esencia individualista, egocéntrica, donde la búsqueda de poder nos define. Seamos claros en esto: el ser humano que conocemos se vertebra en torno al poder, como aquello que nos permite, ilusoriamente, vernos plenos, completos, sin que nada falte. Es decir, el ejercicio del poder nos hace sentir dioses, seres absolutos. Por eso fascina tanto. Y el poder, a esta altura de todo lo acontecido, es más que obvio que no es privativo de la derecha: es una dinámica humana. ¿O acaso en la izquierda no hay juegos de poder? ¿Por qué Stalin (supuestamente un comunista con todas las de la ley) mandaría a matar a Trotsky si no (otro comunista también)? Se ha dicho que, en Guatemala, los cuatro movimientos guerrilleros revolucionarios que existían en un momento, no pudieron tomar el

poder central y comenzar a edificar esa “nueva Cuba” por disidencias entra las respectivas comandancias. No lo estamos afirmando categóricamente porque no tenemos los documentos probatorios necesarios, pero es el decir de muchos militantes de base. La cuestión de fondo es: ¿cómo pensar que por una simple cuestión de voluntad personal desaparecería esta estructura humana? Quizá se necesiten muchas, muchísimas generaciones criadas en otro ámbito para que se empiecen a ver esas diferencias, para que sí, efectivamente, se pueda hablar con propiedad de un “hombre nuevo”.

La visión clásica de lo humano presenta una cierta malicia connatural —*homo homini lupus*, el hombre es el lobo del hombre—, por lo que anidaría en esa supuesta esencia una condición básica, ahistórica. Para ello parecieran sobrar los ejemplos: las leyes de oferta y demanda, ¿son leyes del mercado o de la psicología humana? ¿Por qué hay acaparadores que van contra las necesidades de la comunidad y suben los precios, aprovechándose, cuando hay escasez de sus mercaderías? Cuando hubo plusproducto con la agricultura, excedente social, ¿por qué no se repartió equitativamente y alguien se lo apropió? La explotación que ejerce la clase dominante (cualquiera de ella) ¿es una dimensión sistémica o es producto de esa connatural condición? ¿Por qué los cuadros comunistas de la antigua Unión Soviética tan fácilmente pasaron a ser empresarios explotadores y mafiosos cuando cayó el socialismo? En la pasada pandemia de COVID-19 ¿por qué hubo países del norte que acumularon hasta cinco veces más de lo necesario las vacunas contra el SARS-CoV-2, mientras en el sur faltaban dosis?

Ante todo ello, la expectativa es poder crear una nueva matriz donde esa cría humana se humanice de otra forma: no para la competencia sino para la solidaridad. Lo cual llevará a pensar en un nuevo orden familiar, distinto al que conocemos hoy día, y del que ya hay esbozos (en la Unión Soviética se empezó a concebir:

los hijos son de la comunidad, creándose un esquema nuevo). Al respecto, decía la revolucionaria y feminista Alexandra Kollontai:

El Estado obrero tiene necesidad de una nueva forma de relación entre los sexos. El cariño estrecho y exclusivista de la madre por sus hijos tiene que ampliarse hasta dar cabida a todos los niños de la gran familia proletaria.

En vez del matrimonio indisoluble, basado en la servidumbre de la mujer, veremos nacer la unión libre fortificada por el amor y el respeto mutuo de dos miembros del Estado obrero, iguales en derechos y obligaciones.

En vez de la familia de tipo individual y egoísta, se desarrollará una gran familia universal de trabajadores, en la cual todos los trabajadores, hombres y mujeres, serán ante todo compañeros. Así serán las relaciones entre hombres y mujeres en la sociedad comunista. Estas nuevas relaciones asegurarán a la humanidad todos los goces del llamado amor libre, ennoblecido por una verdadera igualdad social entre compañeros, goces que son desconocidos en la sociedad comercial del régimen capitalista. (2020, p. 45)

La familia, como instancia histórica, es una institución, una más de tantas, y, por tanto, también posible de cambios. Ya lo vemos hoy día, cómo el matrimonio heterosexual, monogámico y patriarcal, supuesto modelo de normalidad vigente, no está en crecimiento sino denotando una crisis, mostrando quizá su lenta retirada (divorcios cada vez más frecuentes, matrimonios igualitarios, familias monoparentales, parejas abiertas. ¿Se llegará pronto a la clonación en laboratorio?). En ese sentido, con la educación en nuevos valores, en una nueva ideología y una nueva práctica social, es que el socialismo continúa siendo una esperanza, porque de allí puede surgir ese mundo menos sanguinario que pensaron los clásicos: “Productores

libres asociados” donde regiría la máxima de “De cada quien según su capacidad, a cada quien según su necesidad”.

Aunque la experiencia de los primeros pasos socialistas abre preguntas que hay que responder autocríticamente, nada indica que una sociedad distinta a la capitalista no sea posible. Que el monumental bombardeo mediático nos haga creer que lo actual es inevitable, único, vencedor absoluto y la expresión máxima del desarrollo humano, los números fríos que no mienten nos muestran otra cosa: el capitalismo es penuria para las grandes mayorías. Unos cuantos centros comerciales abarrotados de productos no significan el triunfo de la humanidad. Significan, lisa y llanamente, el triunfo del consumismo inducido por el capital, no más que eso. Por supuesto, podemos y debemos ir más allá de eso. Un mundo basado en el petróleo y en la obsolescencia programada, defendido con armas letales de destrucción masiva, no puede ser el fin de la historia. El capitalismo es eso; lo dijo sin empacho un representante de esta ideología de derecha que se siente dueña del planeta:

Así como Gobiernos como los de Estados Unidos y Reino Unido [y otras potencias capitalistas] necesitan las empresas petroleras para garantizar el combustible necesario para su capacidad de guerra global, las compañías petroleras necesitan de sus Gobiernos y su poder militar para asegurar el control de yacimientos de petróleo en todo el mundo y las rutas de transporte. (Paul, 2003)¹

Ese capitalismo exitoso tiene más de mil bases militares alrededor del globo terráqueo custodiando la libertad y la democracia; o, dicho de otro modo: los negocios que la clase dominante a nivel planetario no está en absoluto dispuesta a perder. Ochocientas cincuenta y una

¹ Traducción libre del inglés, cita original: “Just as governments like the US and the UK need oil companies to secure fuel for their global war-making capacity, so the oil companies need their government’s military power to secure control over global oilfields and transportation routes”.

instalaciones de Estados Unidos (país que ha participado en prácticamente todas las guerras durante el siglo XX), 145 de la monarquía medieval que continúa manejando el Reino Unido y, Francia, que sigue poseyendo territorios de ultramar, es decir, colonias (¡en pleno siglo XXI y hablando de democracia!). Todo esto nunca debe olvidarse, si desde la corporación mediática capitalista se dice que el socialismo fracasó porque no muestra esos *shoppings centers* repletos de mercaderías, recordar entonces que la pretendida victoria capitalista, hoy habiendo tomado la forma de la cultura dominante de su principal potencia, el llamado *american way of life*, se mantiene solo a base de brutal represión y poder militar. Para que un 15 % de la humanidad goce los resultados del desarrollo, el otro 85 % se mantiene hundido y, ante los intentos de cambiar las cosas, la fuerza bruta de los dominadores se impone.

“El rol de las fuerzas armadas de Estados Unidos será mantener la seguridad del mundo para nuestra economía y que se mantenga abierta a nuestro ataque cultural. Con esos objetivos, mataremos una cantidad considerable de gente”, expresó campante, sin la más mínima cuota de culpa, Ralph Peters en el 2006, alto mando del Ejército estadounidense, según lo cita Renán Vega (2010). ¿Dónde está el triunfo?

Aunque las primeras experiencias socialistas sufrieron reveses, hoy, como se dijo más arriba, hablar de socialismo no es lo habitual, y aunque la maquinaria mediático-cultural-ideológica del capitalismo dominante intente mostrar la imposibilidad de ese “afiebrado e irrealizable” sueño de una sociedad de iguales, el socialismo sigue siendo una esperanza. Existió, lo cual muestra que sí es posible, y sigue existiendo. El ideario socialista sin dudas continúa vigente, porque las causas que lo originaron se mantienen absolutamente vigentes. Decir que esas primeras y balbucentes experiencias fracasaron es, como mínimo, una falta de respeto o, más precisamente, un enorme error de apreciación. O, peor aún, un vómito ideológico.

Esas experiencias socialistas lograron avances fabulosos. Como un mínimo ejemplo, se podrán dar muchos más, solo baste con ver lo que sucedió en el primer Estado obrero y campesino de la historia, la Rusia bolchevique: de un país feudal pasó a ser la segunda potencia mundial (económica, científico-técnica, militar, cultural) en solo unas pocas décadas. Por supuesto que hay logros, fabulosos, aunque la propaganda capitalista los minimice: salario mínimo y digno para toda la clase trabajadora, descanso semanal remunerado, vacaciones pagas, licencia por maternidad, transporte público de alta calidad subvencionado (el metro de Moscú se considera una gran obra de arte, única en su tipo), calefacción hogareña subvencionada, vivienda digna asegurada para toda la población, electrificación de todo el país y un enorme parque industrial, granjas agrícolas y ganaderas comunitarias de muy alta productividad, educación gratuita, laica y obligatoria para toda la población, alfabetización del 100 % de sus habitantes, universidades e institutos de investigación del más alto prestigio a nivel mundial, salud de alta calidad gratuita para toda la población, completa erradicación de la desnutrición, plena igualdad de derechos para hombres y mujeres, voto femenino, derecho de aborto (primer país del mundo en tenerlo), divorcio legalizado, derogación de la normativa zarista que prohibía la homosexualidad, avances científico-técnicos portentosos (primer satélite artificial de la historia, primer ser humano en el espacio, desarrollo de la energía nuclear civil, tecnologías metalúrgicas de avanzada, grandes logros en biotecnología, caucho sintético, telefonía móvil), poder popular real a través del desarrollo de la democracia directa con implementación de los soviets (consejos obrero-campesinos y de soldados), fabuloso fomento del arte y la cultura (cine, teatro, música, literatura, *ballet*, arquitectura), derrota de la invasión nazi durante la Segunda Guerra Mundial (avanzada militar azuzada por las potencias capitalistas de la época para destruir la Revolución). La pregunta que se abre es por qué esa experiencia cayó.

De China, el otro gran país que produjo su revolución socialista, también hay logros fundamentales. Es incuestionable que, de ser un país semifeudal en el momento de la revolución en 1949, pudo sacar de la pobreza rural crónica a quinientos millones de personas, constituyéndose en poco tiempo en una superpotencia en todos los órdenes, con un nivel de vida de su población sumamente satisfactorio.

Sin dudas, el socialismo es posible, aunque las fuerzas del capital hagan todo lo imaginable para impedirlo. De todos modos hoy, al momento de escribirse este opúsculo, la marcha del mundo pareciera indicar que la posibilidad de una revolución anticapitalista va saliendo de circulación.

Con razón afirma Claudio Katz, según lo cita Rafael Silva (2016):

El gran problema estratégico radica en que muchos pensadores consideran que la izquierda debe centrarse en la construcción de un modelo de capitalismo posliberal. Esta idea obstruye los procesos de radicalización. Supone que ser de izquierda es ser posliberal, que ser de izquierda es bregar por un capitalismo organizado, humano, productivo. Esta idea socava a la izquierda desde hace varios años, porque ser de izquierda es luchar contra el capitalismo. Me parece que es el abecé. Ser socialista es bregar por un mundo comunista.

Ese mundo comunista ¿por qué no sería posible? No solo es posible, sino imperiosamente necesario. Analizar las experiencias socialistas realmente existentes surgidas en el siglo XX puede darnos pistas de cómo seguir luchando para conseguir ese horizonte poscapitalista. Analizar errores con espíritu autocrítico, formular correcciones de lo que no funciona, tal como se hace en cualquier actividad científica, superar los catecismos y los supuestos libros sagrados como garantía indubitable, atreverse a ser heterodoxos con una abierta actitud crítico-constructiva, solo eso permitirá seguir encaminando

la lucha por un mundo menos desigual e injusto que esta bazofia que nos lega el capitalismo. Estudiemos, entonces, algunos de esos primeros pasos socialistas.

¿ Qué pasó en las primeras experiencias socialistas?

Algunos años atrás, cuando caía el Muro de Berlín, se desintegraba el campo socialista europeo y China abrazaba mecanismos de mercado capitalista, parecía que la propuesta socialista se daba por clausurada. El grito triunfal del capitalismo global, en ese momento montado en la ola neoliberal que barría el mundo, estallaba de gozo. Hoy, incluso ese ícono del discurso triunfalista, Francis Fukuyama, viendo el desastre del preconizado triunfo capitalista, debió rectificarse, moderar su euforia. No había ningún fin de la historia. La historia sigue, y si cada vez el sistema invierte más y más en mecanismos de control (ideológico-culturales y represivo-militares) es porque el motor de esa historia, la lucha de clases, ahí está impertérrita, siempre activa.

Es cierto que el mundo, después de los años 70 y 80 del siglo pasado, no siguió avanzando hacia el socialismo. Siguiendo a Frei Betto podemos decir que, así como

El escándalo de la Inquisición no hizo que los cristianos abandonaran los valores y las propuestas del Evangelio. Del mismo modo, el fracaso del socialismo en el este europeo [pudiéndose agregar: los problemas reales de Cuba, o Nicaragua en su momento] no debe inducir a descartar el socialismo del horizonte de la historia humana.

Incluso habría que cuestionar si, efectivamente, fue fracaso o el análisis nos confronta con panoramas más complejos, donde el término fracaso queda corto, no termina de explicar la complejidad del asunto. En el momento de ese derrumbe, levantar los “viejos, anticuados, antediluvianos” planteos del socialismo, del “defenestrado” marxismo, parecía sacrílego y condenaba al ostracismo. Supuestamente, para la derecha que se frotaba las manos, eran solo quimeras de nostálgicos trasnochados. O, al menos, eso fue el discurso dominante, que buena parte de la izquierda terminó aceptando. A tal grado lo aceptó, que en muy buena medida esa izquierda fue cooptada por la ideología del posibilismo, de la resignación. De ahí que, ante tanto golpe recibido, algunos años después la aparición de izquierdas *light* (encabezadas en buena medida por Hugo Chávez en Venezuela con la propuesta de un renovado socialismo del siglo XXI —finalmente nunca definido en términos conceptuales precisos—, dando lugar a varios procesos progresistas en Latinoamérica) encendieran nuevas esperanzas. Hoy, ya pasadas algunas décadas después de ese despertar renovador, puede verse que o hay socialismo a secas (revolución popular, en otros términos, revolución obrero-campesina con expropiaciones, reforma agraria, milicias populares y dictadura del proletariado en su sentido más prístino), o no se pasa de planteos capitalistas. Capitalismo con rostro humano, capitalismo serio o sin lucha de clases, como algunos de las o los dirigentes de esos procesos pudieron decir, pero siempre capitalismo, no abre las puertas a transformaciones reales en lo profundo. Son cambios

cosméticos, importantes sin dudas, pero que se constituyen en duraderos. Castillos de naipes, se ha dicho. La experiencia muestra que, efectivamente, es así. Si no hay cimientos monolíticos, los edificios se caen.

“Ser de izquierda es luchar contra el capitalismo. Ser socialista es bregar por un mundo comunista”, no lo olvidemos nunca. Los procesos que podemos llamar verdaderamente socialistas —no entran ahí estos progresismos latinoamericanos de inicios del siglo XXI, ni tampoco los procesos de los países de Europa del Este después de la Segunda Guerra Mundial, donde el socialismo llegó en buena medida de la mano del Ejército Rojo soviético— no pudieron afianzarse como se esperaba. El caso de China sigue abriendo interrogantes: ¿Socialismo de mercado? ¿Socialismo híbrido? ¿Paso atrás para tomar impulso y desarrollar el socialismo pleno? ¿Es socialista la Nueva Ruta de la Seda con su planteo de ganar-ganar? De igual modo, el caso del zapatismo en Chiapas, México, nos confronta con interrogantes que abren debate: ¿Gobernar sin tomar el poder? ¿Revolución o travesura?

Analicemos algunas de estas experiencias; pero lo haremos solo con aquellas donde, efectivamente, la población llevó adelante un proceso revolucionario. Otras dinámicas no se pueden llamar revoluciones socialistas en sentido estricto. Como dijimos más arriba, en Europa del Este (Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Alemana Oriental, Rumania, todos países signatarios del Pacto de Varsovia), la llegada del socialismo no tuvo directamente que ver con una movilización popular espontánea; por eso, así como se erigieron, luego se extinguieron, y años después de la desaparición de ese socialismo real impuesto, los Estados pasaron a ser países capitalistas pegados a la OTAN, con la aquiescencia de sus poblaciones. Otro tanto puede decirse con lo que, inaugurado por la Revolución bolivariana en Venezuela a partir de 1998, se dio como progresismos en Latinoamérica en los primeros años del presente siglo: Brasil con

el Partido de los Trabajadores, Argentina con el kirchnerismo, Bolivia con el Movimiento al Socialismo —MAS—, el más a la izquierda de todos estos movimientos, por eso fue quitado con un golpe de Estado en 2019, Ecuador y su Revolución ciudadana, Uruguay con Pepe Mujica, Paraguay con Fernando Lugo, luego México con el Movimiento de Regeneración Nacional —Morena—, Honduras con la presidencia de Xiomara Castro, o Nicaragua con el orteguismo, que no es lo mismo que la Revolución Popular Sandinista de 1979. Todos esos procesos en América Latina no significan un verdadero cambio de raíz en la estructura económico-social; fueron, o son, dinámicas clientelares, a veces con un lenguaje medianamente anticapitalista o antimperialista, no pasando de la pirotecnia verbal, que no tocaron la roca viva de la explotación y mucho menos activaron un verdadero poder popular. De ahí que pueden ser fácilmente removidos, como vemos que ha ocurrido. No solo removidos, sino que pueden dar lugar a procesos de restauración ultrarreaccionarios (Bolsonaro en Brasil, Macri y después Milei en Argentina, Lasso y luego Noboa en Ecuador, por ejemplo).

Al respecto, valen las palabras, con claridad meridiana, de Rosa Luxemburgo:

En realidad, el “justo medio” no es una solución que tenga vigencia en un período revolucionario, cuya ley natural exige una rápida decisión: o la locomotora es lanzada a todo vapor por la pendiente histórica hasta la cumbre, o la fuerza de la gravedad la arrastrará de nuevo hacia abajo y se despeñará en el abismo, con todos aquellos que con sus débiles fuerzas pretendían retenerla a mitad de camino. (2017, p. 35)

Es por eso que nos concentraremos en los procesos socialistas más fecundos, aquellos que sí, efectivamente, produjeron cambios sustanciales en sus sociedades a partir de la movilización de las masas,

y no como desarrollos palaciegos, cupulares, revoluciones que llegaron de arriba, por voto dentro de los marcos de democracia representativa burguesa, no habiendo sido gestadas por las mayorías populares en su acción política transformadora. Analizaremos, muy sucintamente, por cierto, el caso de la Unión Soviética, de China, de Cuba y de ese experimento socialista del zapatismo en el sur de México.

La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas [URSS]

Desde posiciones de izquierda se ha escrito ya copiosamente sobre este tópico. En general no existe la sensación de fracaso en el sentido de que todo salió mal o no sirvió para nada, sino, en todo caso, como decepción, frustración. Se lograron cosas, pero menos de lo esperado. La primera experiencia socialista de la historia, que inobjetablemente alcanzó éxitos inigualables, los comentados más arriba, no se solidificó y aumentó como proyecto transformador. Por diversos motivos fue entrando en una suerte de adormecimiento, de lentificación, y los fabulosos cambios de los inicios, con energía desbordante y bríos renovadores, fueron dando lugar a procesos de acomodamiento, de rutina gris, de empantanamiento.

Los impetuosos ánimos de los primeros tiempos, con Lenin y Trotsky a la cabeza, lentamente devinieron acostumbramiento. El decidido y abierto apoyo para promover la revolución mundial se trocó en coexistencia pacífica con el archirrival Estados Unidos, buscando un equilibrio que permitiera cierta tranquilidad. En ese proceso de fosilización paulatina en que se fue entrando, Stalin llegó a declarar que en la Unión Soviética se había llegado al final de la lucha de clases, pues estas ya no existían. A partir de 1936, paulatinamente se fue abandonando toda labor de edición de los textos inéditos de Marx, con lo que el llamado marxismo soviético se terminó

convirtiendo en un dogma cerrado, refractario a cualquier novedad teórica o cuestionadora, más cercano a una religión que a una actitud crítica, científica. La propuesta marxista de crítica implacable de todo lo existente desapareció, reemplazándose por ortodoxos y tediosos manuales de divulgación, donde la revolución ya estaba preparada, debiendo seguir ciertos pasos, forzosos e inmodificables.

Ese empantanamiento de la dinámica revolucionaria siguió profundizándose y, pese a distintas medidas correctivas que se fueron tomando a lo largo de los años, la savia transformadora de los inicios se esfumó. Una pesada burocracia, la Nomenklatura, terminó constituyéndose en una nueva clase social, una casta acomodada, y como todo proceso que se institucionaliza, se tornó conservador. El socialismo inicial, con Lenin en la conducción del proceso, dio lugar a un capitalismo de Estado crecientemente conservador. O, si se prefiere, cada vez más antisocialista. Tan es así que, para el período final de la URSS, durante la perestroika —que, como se ha dicho, devino *catastroika* en 1989—, tanto Gorbachov como cuadros del Partido Comunista pudieron decir (citamos a Valeri Ivanovich Boldin, un cuadro del PCUS) que “ser un comunista hoy significa, ante todo, ser consistentemente democrático y poner los valores humanos universales por encima de cualquier cosa”, incluso sobre el concepto de lucha de clases.

El deterioro en la construcción del socialismo se fue profundizando, tanto y a tal punto que todo empezó a venirse abajo. La inflación, que desde 1945 no había existido, a partir de 1988 trepó a un 20 % anual. Las raíces marxistas que dirigieron la experiencia revolucionaria de 1917 fueron abandonándose, para terminar buscándose, con la perestroika impulsada por Gorbachov y adláteres, una suerte de socialdemocracia al estilo de los países escandinavos. La situación eclosionó, y en vez de perfeccionarse el socialismo, se dio lugar a un golpe de Estado procapitalista capitaneado por Boris Yeltsin. La economía subterránea con características capitalistas, por fuera de

la planificación estatal, fue tomando cada vez más presencia, y para la era Gorbachov representaba cerca del 20 % del total del país.

Tal como acertadamente lo expresan Roger Keeran y Thomas Kenny, en el libro *Socialismo traicionado. Detrás del colapso de la Unión Soviética 1917-1991* (2013):

El centralismo democrático se había deteriorado. Los lazos entre el Partido y los trabajadores por medio de los sindicatos y de los soviets se habían osificado. La crítica y la autocrítica languidecieron. El liderazgo colectivo se debilitó. La unidad dentro del Partido como expresión de la defensa de la línea de trabajo del líder se convirtió en la virtud principal. El desarrollo ideológico se desvaneció. [...] Todo lo contrario a la idea divulgada ampliamente por los anticomunistas a inicios de los años noventa, el derrumbe de la Unión Soviética no demostró que el socialismo basado sobre un Partido de vanguardia, en la propiedad social y estatal y en la planificación centralizada, estaba condenado al fracaso; sí demostró que tratar de perfeccionar una sociedad socialista mediante una “Tercera Vía” resultaba catastrófico. La “Tercera Vía” puso el socialismo a los pies del capitalismo de los campeones rusos y a la sumisión al imperialismo. La historia de la perestroika entre 1985 y 1991, lejos de impulsar el reformismo social, lo desacreditó. (p. 249)

De esa suerte, luego de bombardear el Kremlin al mejor estilo de cualquier asonada militar latinoamericana o africana, el 6 de noviembre de 1991, Boris Yeltsin prohibió todos los partidos comunistas de la Unión Soviética, ordenando su disolución.

Según afirma Stephen Handelman, estudioso del crimen organizado a nivel mundial, hacia el final de la Unión Soviética “el 60 % de los negocios era trabajado por excriminales o por el crimen organizado”, representando ese mercado negro no menos de un 15 %

del volumen total de la producción de bienes y servicios del país. En ese caldo de cultivo pudieron aparecer luego empresas de contratistas militares (léase, mercenarios), al mejor estilo de las potencias capitalistas donde, por ejemplo, un exreco acusado de asalto a mano armada en 1981 y condenado a trece años de prisión, como Yevgueni Prigozhin, devino un poderoso oligarca ligado al Kremlin, logrando amasar una considerable fortuna con contratos preferenciales. Evidentemente, el tráfico de influencias, la corrupción y la impunidad son constantes que se encuentran, al menos de momento, en todas las latitudes. La esperanza es que, llegado un momento, una nueva sociedad cree nuevos valores y puedan construirse reales alternativas anticapitalistas, una verdadera ética novedosa, donde no nos midamos por la posesión de un Rolls Royce o una marca lujosa.

Ese modelo social de búsqueda de la equidad, iniciado en 1917, que fue un faro para las luchas de los pueblos y de toda la clase trabajadora mundial durante muchos años, pasó a ser luego de esa caída en la década de los 90 del siglo pasado un país capitalista más, con todas las lacras que eso pueda implicar. Es decir, el peso de la historia se dejó sentir. Años después de la eclosión, bajo la presidencia de Vladimir Putin, la Federación Rusa, heredera de la Unión Soviética, presenta un capitalismo mafioso donde el nuevo sector privado está dado por alrededor de ciento veinte millonarios, muchos de ellos antiguos cuadros comunistas, que manejan el 70 % de la economía nacional a partir de concesiones gubernamentales, en general, envueltas de hechos de corrupción, que refuerzan los nexos entre Gobierno y nuevo empresariado (recuérdese el citado Prigozhin, accidentado mortalmente luego cuando se enfrentó a la nueva camarilla gobernante). Este nuevo país, la Rusia capitalista, donde el capitalismo despiadado florece con toda su intensidad, ha revertido logros históricos de la revolución, involucionando hacia posiciones abiertamente conservadoras. Por lo pronto, y solo a título de ejemplo, de un planteo ateo se ha reincorporado a “dios” como

elemento importante en la nueva Constitución nacional, mientras se profundiza la persecución de todo el grupo de diversidad sexual. Un cercano asesor de Putin pide “no volver nunca más a 1917”, mientras el presidente expresa que “no recordar a la Unión Soviética significa no tener corazón; pero querer volver a ella significa no tener cabeza”.

¿Qué pasó para que se revirtiera de este modo un proceso que parecía ser el preámbulo de un mundo socialista? Sin dudas, la agresión externa es lo primero que debe apuntarse. Todos los países que han transitado la senda socialista, indefectiblemente sufrieron el ataque despiadado del mundo capitalista, un ataque criminal, sanguinario, monstruoso. Eso no puede obviarse nunca. La Unión Soviética tuvo, desde sus inicios, el ataque combinado de las potencias capitalistas. La Segunda Guerra Mundial, o más aún, el avance del nazismo sobre su territorio en tanto un elemento básico de este fenomenal conflicto, puede entenderse como una estrategia del mundo del capital (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia) para borrar al primer Estado obrero-campesino, para terminar con ese mal ejemplo. El nazismo alemán, en un inicio, fue apoyado por el Gobierno de Estados Unidos para este cometido. Lo que sucedió luego en la guerra —habiéndose tornado Alemania el polo contra el que las otras potencias capitalistas habrían de accionar— no deja lugar a dudas que un objetivo planteado, era destruir esa primera experiencia socialista. Sus veinticinco millones de muertos y la mayor parte de su infraestructura nacional destruida muestran lo que puede llegar a hacer la democracia de libre mercado para impedir cambios. Lanzadas innecesariamente las dos primeras bombas atómicas por el Gobierno de Washington sobre el ya derrotado Japón —un competidor capitalista en el ruedo internacional, al igual que Alemania, los dos grandes derrotados en esa guerra—, su mensaje real constituía una amenaza para Moscú, habiendo existido, apenas terminada la conflagración bélica en 1945, la hipótesis de ataque nuclear so-

bre la Unión Soviética. Parece más que evidente que la violencia no está del lado del socialismo precisamente.

El historiador norteamericano Herbert Aptheker, miembro del Partido Comunista de Estados Unidos, citado por Keeran y Kenny, describe con lucidez ese cerco total que se le tendió a la primera revolución socialista:

La hostilidad, el boicot, la guerra económica, el sabotaje sistemático, los asaltos militares, el engendro y envalentonamiento de Mussolini, de Hitler y de Franco, lo tardío de los dos frentes de ayuda a la Unión Soviética y después de la victoria, el rechazo de un sistema de relaciones decentes entre la triunfante, pero destruida Unión Soviética y las potencias victoriosas occidentales. Cuando uno escribe destruida Unión Soviética tiene en mente la destrucción de todo su territorio europeo, la pérdida de cerca de veinticinco millones de muertos y unos cuarenta millones de heridos de gravedad entre sus ciudadanos. (2013, p. 267)

De todos modos, el formidable, despiadado ataque exterior no lo explica todo. La Unión Soviética renació de las cenizas luego de la guerra y en poco más de una década (1957) estaba lanzando al espacio el primer satélite de la historia, e inmediatamente después el primer astronauta, Yuri Gagarin. Ese efecto Sputnik, como se le llamó al aturdimiento que produjo en la Casa Blanca ese renacer soviético, dio lugar a la profundización de la Guerra Fría, que por décadas marcó el ritmo de la sociedad global. Tanto por la caliente, ardiente guerra sufrida por la invasión nazi, así como por el posterior enfrentamiento, frío en los acontecimientos bélicos, pero tremendamente destructivo por lo que eso significó en su economía, la URSS se vio siempre, desde su nacimiento, torpedeada, intentándose por todos los medios impedir que se desarrollara. Eso no debe olvidarse.

Ahora bien, en medio de todas esas penurias, que deben ponerse siempre en primer término al analizar las causas de su caída, hay otros elementos que deben considerarse. Ante todo, cosa que se verá en todas las posteriores experiencias socialistas desplegadas en el siglo XX, aparece la terriblemente dificultosa condición de saltar de la cultura capitalista hacia algo nuevo. Hacia el hombre nuevo que pedía el Che, podría decirse. El peso fabuloso de la historia cuenta. No solo cuenta, puede llegar a aplastar. Ese peso agobia. El problema fundamental no es la toma del poder, sin minimizar esto, obviamente, escollo infinitamente complejo, por cierto. El problema básico se plantea en la edificación de ese nuevo mundo, de esa nueva sociedad, una vez tomada la Casa de Gobierno.

Ese peso está siempre presente. De ahí que cuadros formados en la más rancia ortodoxia de los manuales soviéticos, supuestamente marxistas, puedan tan rápidamente tornarse luego empresarios, exhibiendo todas las modalidades de cualquier capitalista, alardeando de un ostentoso lujo despampanante, un abominable desprecio por el otro falta de la más mínima solidaridad, un espíritu tan conservador como el más recalitrante de los *tories* conservadores ingleses.

Qué fue lo que desaceleró y, finalmente, terminó revirtiendo la revolución, ¿la burocracia de Stalin, la obnubilación por Occidente de Gorbachov? Un asesino psicópata como Lavrenti Beria, jefe de la policía secreta rusa (“nuestro Himmler”, como lo llamó Stalin, homologándolo con el jefe de la Gestapo alemana), ¿es posible que aparezca en el socialismo? De hecho, apareció, y ocupó un cargo de la mayor importancia. ¿Qué antídotos hay contra eso? Sin dudas, los estilos de los mandatarios cuentan en los procesos histórico-sociales. Pero si somos consecuentes con el materialismo histórico, los personajes representan momentos de las sociedades, son la expresión encarnada de un sentir de los pueblos. Es decir, las masas en sus movimientos hacen la historia. Las cabezas visibles, los dirigentes, expresan esos movimientos. La Unión Soviética inició un camino novedoso

en la humanidad —que, sin dudas, no está clausurado para siempre, sino en espera de seguir su marcha en el momento oportuno—, pero camino no falto de tropiezos. El tránsito hacia una sociedad sin clases sociales, hacia el estadio de un comunismo científico —todo así lo indica— precisa de un proceso de mundialización que, de momento, está en espera. La globalización de estas últimas décadas es un proceso de acercamiento de toda la población planetaria, pero en los marcos del capitalismo. Más aún, en los marcos del neoliberalismo, que es la expresión más descarnada del capitalismo feroz, sin la anestesia que representa la socialdemocracia. Para muchos Stalin era un dictador asesino (incluso el propio Lenin, en su testamento, recomendó tener mucho cuidado con él, porque veía los peligros en ciernes si se hacía del poder). Pero este georgiano, al igual que su gran amigo y jefe de la policía, el temible Beria, marcaron el paso de la URSS por muchos años. No olvidar que Stalin, cruel autócrata, también era llamado “padrecito adorado” por buena parte de la población. Cambiar el curso de una sociedad partiendo del sujeto que somos, gente como estos personajes los hay por todos lados, es el gran desafío.

Esto fuerza a considerar hasta qué punto es posible la construcción del socialismo en un solo país, más aún en este momento de la historia, cuando la interdependencia de todos los países es casi absoluta, tanto de las potencias como de aquellas naciones más pequeñas y subdesarrolladas.

La burocratización que se inició con Stalin, desarticulando muchos de los logros de los inicios, muestra esa compleja situación. ¿Era necesaria esa centralización tan grande, agobiante incluso, de la formación ideológico-cultural que comenzó a tener lugar bajo su mandato? ¿No se podían desarrollar los valores socialistas si no era en esa forma, casi con la modalidad de iglesia, de un nuevo credo? O, peor aún, con purgas criminales, condenando a los campos de concentración a los disidentes. ¿Dónde fue a parar entonces la

democracia de base de los primeros soviets? El implacable ataque externo obliga a cerrarse, a parapetarse en posiciones que terminan rigidizándose, alejándose totalmente de lo que se concibe como poder asambleario, discusiones abiertas, democracia popular. La dirigencia del partido fue reemplazando a los soviets, y se normalizó una forma de conducción vertical, autoritaria, de carácter jerárquico-militar. Eso fue sucediendo paulatinamente, y los manuales sacralizaron la situación.

“El socialismo clásico fue prepotente y arrogante. Siempre nos enviaba a ver tal página para encontrar verdades y soluciones. Nos dieron catecismos. Y eso es un grave error”, manifestó el ecuatoriano Rafael Correa, refiriéndose a la experiencia estalinista. Por supuesto que en el capitalismo la idea de libertad no pasa de mito (recuérdese lo dicho por Brzezinski, ahondando la máxima del ministro de Propaganda nazi, Joseph Goebbels, de mentir incasablemente, hasta convertir una mentira en una forzada verdad). La cuestión —enorme pregunta abierta— es cómo construir ese nuevo modelo cultural, ese nuevo sujeto de la revolución, ese hombre nuevo desde un planteo socialista. Ante el ataque externo, la sociedad va cerrándose, militarizándose, disciplinándose de un modo rígido. Eso pasó en todas las experiencias socialistas. Las preconizadas libertad y democracia capitalistas son lujos que se pueden permitir, siempre en forma más que limitada, las pocas grandes potencias, donde el sistema se ha afianzado y permite que esté tan sólidamente constituido que se estatuyan espacios para una cierta apertura, los cuales, por supuesto, no cuestionen nada de fondo. Libertad... para elegir qué administrador de turno se sentará por unos años en el sillón presidencial, no más que eso.

El hecho, que le sucede a cualquier país socialista, de convivir como una isla en medio de un mar capitalista, tiene consecuencias. Las poblaciones, siempre subyugadas por el despilfarro capitalista, por los espejitos de colores —el “hombre nuevo” del socialismo es, de

momento, una agenda pendiente y la maquinaria mediático-ideológico-cultural capitalista no se detiene jamás, exacerbando el deseo por esos espejitos— fácilmente pueden caer en esa tentación. No se evidencia allí ninguna secreta esencia diabólica de lo humano, supuestamente refractaria a la solidaridad, a la empatía para con el otro. Resuena, sin dudas, el peso de una milenaria tradición clasi-sista, exacerbada a niveles fabulosos por la invitación al consumo que provee el mercado capitalista, y donde la sensación de poder / tener nos hace sentir dioses intocables. El ansia de lucro personal no desaparece rápidamente. De ahí que, como lo atestigua la historia soviética, la economía subterránea florece. El mercado negro es un hecho, porque esos patrones están muy hondamente arraigados, y sin dudas se necesitarán muchas generaciones con un fuerte trabajo ideológico para poder ser modificados.

No está de más hacer notar también que en muchos pueblos originarios, con economías comunitarias básicamente agrarias (latinoamericanos, africanos), los cuales perviven manteniendo modelos precapitalistas, al chocar con planteos capitalistas impuestos hoy ya en forma casi imposible de evitar, entran en dinámicas culturales donde el individualismo y los juegos de poder salen a relucir con mucha facilidad. Sin idealizaciones que nos descentran de análisis objetivos, las sociedades de clases, tal como son todos los pueblos invadidos y conquistados por el capitalismo occidental, salvando circunstancias culturales, son siempre lo mismo: los dominadores dominan, en cualquier latitud, habiendo injusticias, sacrificios humanos, patriarcado, guerras tribales o cualquier práctica que asegure mantener las diferencias.

En relación con esa economía subterránea mencionada, en otro contexto (el proceso socialista cubano), pero igualmente aleccionador al respecto, valen las palabras de Fidel Castro: “Si la Revolución cubana corre hoy el riesgo de derrumbarse no es por causa de una invasión militar de Estados Unidos, sino por el cáncer de la corrupción”.

Algo similar pasó en la Unión Soviética. El problema no está en Stalin ni en Gorbachov, sin quitarle importancia a esas formas de burocracia antisocialista; radica en una dinámica humana dada por un peso cultural histórico del que no es nada fácil desembarazarse. La cuestión es cómo encontrar los antídotos del caso. ¿Por qué los camaradas dirigentes del Partido pasaron a ser, en una gran cantidad de casos, burócratas, haciendo las veces de una nueva clase social y no revolucionarios de base, tan comprometidos con los cambios como los primeros cuadros de la revolución? He ahí un complejo cuello de botella. El Che Guevara no tomaba café si no alcanzaba para todos, en una demostración de ética solidaria, socialista. La cuestión es, ¿podemos tener todos y todas esa ética inquebrantable, de grafeno indestructible, a prueba de bombas atómicas? Los seres humanos no somos eso.

Por supuesto que la burocratización creciente, la cerrazón que trajo el estalinismo, el alejamiento del más puro ideario marxista que se fue dando con esa Nomenklatura jerárquica, todo ello tuvo sus profundas críticas. Más allá de la idea conspiracionista con que se puedan leer esos acontecimientos, sin negar que la CIA pueda haber influido en ellos, los levantamientos de Berlín (Alemania del Este) en 1953, Budapest (Hungría) en 1956 y Praga (Checoslovaquia) en 1968, muestran que las masas nunca están totalmente dormidas, doblegadas. La gente reacciona. Esa es la historia de la humanidad: el pan y circo, los espejitos de colores, los diversos distractores que implementan las clases dominantes, acallan la protesta, pero no la extinguen. Esas expresiones de varios países del Pacto de Varsovia, que no negaban el socialismo, sino que pretendían profundizarlo, fueron aplastadas en términos militares, pero enarbolaron una bandera que coincidía con la que enarbolara Trotsky en su crítica a la decadencia que abría el estalinismo.

Citando a Keeran y Kenny (2013), valga decir que, en 1986,

el XXVII Congreso del Partido Comunista lanzó el programa de reformas para el Partido. Estas incluían un nuevo reglamento que proponía el enaltecimiento de la crítica y de la autocrítica y una nueva concepción de liderazgo político que reformaba la responsabilidad personal. El Congreso, además, llamaba a una estricta supervisión de la conducta de los líderes del Partido. Gorbachov nunca implementó tales reformas. (pp. 146-147)

¿Por qué? Porque el último presidente soviético era una representación de algo que estaba pasando en la base: la burocratización y el capitalismo de Estado que se había ido construyendo con el tiempo, habían dado lugar a una economía en negro que ya era demasiado grande para ser manejada. La cultura capitalista, que obviamente siete décadas de desarrollo socialista no habían logrado modificar de raíz, volvió a florecer.

El intento de la perestroika fue una jugada para impulsar un avance en la economía soviética que iba quedado retrasada con relación al capitalismo occidental. La apelación a mecanismos de mercado terminó yéndose de las manos, y lo que, en China, algunos años después, permitió un descomunal desarrollo económico, en la Unión Soviética significó su desaparición. Esto lleva a pensar, ¿solo el capitalismo trae progreso o estamos allí ante una falacia?

La economía planificada, sin la más mínima duda, trajo grandes avances a la población soviética. Lo que queda claro es que el proyecto socialista que impulsó el PCUS no pudo desembarazarse de la lógica capitalista, mercantil e individualista. Eso abre el interrogante si es posible construir el socialismo, tránsito hacia la sociedad comunista, en un solo país, en una isla en el medio

del mar capitalista (que es siempre un mar embravecido). El cubano Yassel Padrón se lo cuestiona: “El principal error que se cometió en el socialismo real fue competir con la producción capitalista en su propio terreno”. La consideración es muy válida, y plantea la pregunta: ¿qué se esperaba de una sociedad regida por la clase trabajadora, donde desaparecen los propietarios individuales de los medios de producción? La edificación de una nueva ética socialista es vital. Si ese punto anotado por Padrón podía tener sentido un siglo atrás, hoy día, con una sociedad totalmente globalizada donde todo el mundo está relacionado / en dependencia de todo el mundo, en la actualidad lo tiene mucho más. El ataque impiadoso del capitalismo y la necesidad de sobrevivir llevaron a la Unión Soviética a seguir caminos que no pudieron alejarse de la cultura capitalista. Los oropeles del consumismo siempre siguieron ahí, como tentación latente. ¿Por qué, si no, aparecería una economía subterránea, en negro y muy corrupta, y nuevos oligarcas, los cuales años atrás hablaban un lenguaje marxista (obviamente, sin estar muy convencidos)? El capitalismo de Estado que pudo implementarse no pudo seguir el ritmo de la acumulación capitalista de las potencias occidentales, fundamentalmente de Estados Unidos. La introducción de un socialismo de mercado durante la perestroika de Gorbachov —reedición de la Nueva Política Económica, NEP, de la era leninista—, para impulsar una modernización y un salto cualitativo, terminó llevando el experimento lisa y llanamente hacia el capitalismo. La experiencia china tomó nota de ello y no se repitieron similares errores, por eso siguió otro curso. ¿La milenaria sabiduría y paciencia china hicieron la diferencia?

Repitamos lo expresado por Frei Betto: esa caída no empalidece el ideario socialista de lucha contra el capitalismo. En todo caso, obliga a replanteos con carácter autocrítico y propositivo.

La República Popular China

La Revolución china produjo un cambio fenomenal en la dinámica social de ese legendario país, cuna de una de las civilizaciones más antiguas de la humanidad. Como caracterización objetiva dada por un estudio serio hecho por una instancia del capitalismo, famosa por la calidad de sus productos, la Editorial Salvat, originalmente española, hoy adquirida por el grupo francés Hachette-Matra, puede leerse en su respetada *Enciclopedia*:

Hasta 1949 [año de la revolución] China fue un país atrasado: el problema alimentario no estaba resuelto, y las epidemias (cólera, peste, paludismo, etcétera), eran muy frecuentes. El 75 % de las tierras estaba en manos de una oligarquía de grandes terratenientes, no existían comunicaciones modernas y la subordinación al capital extranjero era absoluta. La base de la economía consistía en una agricultura arcaica, totalmente insuficiente para cubrir las necesidades alimenticias mínimas de la población. Esa era la causa de las frecuentes epidemias y de un malestar que, a veces, se traducían en estallidos revolucionarios. Según cálculos de la ONU, la renta per cápita era 5 % de la de Francia y la mitad de la de la India. La industria concentrada en las grandes ciudades, pesaba muy poco en el conjunto nacional. En las fábricas, en 1941, la jornada laboral era de 12 horas y el trabajo de las mujeres y niños legal. (2017, pp. 3108-3109)

La Larga Marcha, entre 1934 y 1935, que terminaría años después con el triunfo revolucionario de los comunistas chinos apoyados por una amplísima base social, con la conducción de Mao Tse Tung, abrió una perspectiva nueva en el gigante asiático, mostrando que, luego de Rusia, la revolución socialista sí era posible. Un país de enormes dimensiones, con la población más grande de todo el

mundo, igual que la de la Rusia zarista veintiocho años antes, dejaba atrás el capitalismo y el atraso para comenzar a construir una alternativa superadora.

Como se expresó más arriba, el país —parte del mercado capitalista global, pero sumamente atrasado en esa lógica— tenía características más cercanas al feudalismo que a una nación capitalista moderna, con desarrollados procesos industriales. Un campesinado históricamente empobrecido en condiciones de magra subsistencia constituía la amplia mayoría de la población, nunca libre de hambrunas, condenada al analfabetismo y la ignorancia milenaria, cargada de prejuicios y temores. Todo eso empezó a cambiar, y la Revolución de 1949 abrió una nueva sociedad.

Transformar una sociedad como la China en búsqueda de un horizonte socialista, considerando que existía allí una milenaria cultura donde no se podía mirar a los ojos al emperador —eso puede funcionar como ejemplificadora metáfora de cómo funcionaban las relaciones interhumanas—, representaba una tarea ardua, titánica. Sin dudas, no falta de tropiezos, o si se quiere, de enormes tropiezos, tal como fue la Revolución Cultural —proceso que causó más daños que beneficios—, todo lo cual no impidió que, en unos años luego de 1979, se comenzaran a percibir beneficios para las grandes mayorías populares.

“Es mejor ser pobres bajo el socialismo que ricos bajo el capitalismo”, había sentenciado Mao Tse Tung durante la Revolución Cultural. Sin dudas, la revolución triunfante de mediados de siglo, si bien había comenzado a obtener logros en el campo social, no pudo modificar la situación económica estructural de base: la pobreza rural crónica, incluso las hambrunas, subsistían. Para 1976, año de la muerte de Mao, China era aún un país muy pobre, atrasado tecnológicamente, con una economía básicamente agraria, y con el 80 % de su población bajo la línea de pobreza, sobreviviendo con una precaria economía de mantenimiento (arroz y papa eran los principales nutrientes).

En el año 1978, asume la dirección nacional Deng Xiaoping quien, sin renunciar a los principios del socialismo, comenzó a introducir importantes reformas en el ámbito económico: aparición de mecanismos de libre mercado, surgimiento de empresas privadas extranjeras y acumulación capitalista, con la aparición posterior de una clase empresarial nacional con innumerables multimillonarios. “Ser rico es glorioso”, pudo decir Deng años más tarde. Era proverbial su pragmatismo: “No importa si el gato es blanco o negro; lo importante es que cace ratones”. Años después, con el mantenimiento de ese enorme programa de transformaciones económicas, la China cambió profundamente.

Las reformas se han mantenido y profundizado, pero el espíritu socialista, al menos declarado por su dirigencia, no varió. El Partido Comunista Chino, el más grande del planeta, con noventa millones de miembros, sigue conduciendo el país con, aparentemente, un norte bien claro. De hecho, ya hay trazados planes para el siglo XXII, cosa que, seguramente, solo una cultura milenaria como la china —5 000 años de historia— puede hacer, donde el tiempo se mide en ciclos inconmensurables (“¿Qué opina de la Revolución francesa de 1789?”, dicen que le preguntaron a Lin Piao, dirigente maoísta. “Es muy prematuro para opinar todavía”).

Según datos del Banco Mundial, para nada sospechoso de posiciones socialistas, entre 1980 y 2010, la tasa de pobreza (ajustada a inflación y poder de compra) se redujo del 80 % al 10 %, una caída sin precedentes en la historia. Esto significa que quinientos millones de personas salieron de la pobreza histórica, fundamentalmente en áreas rurales, dándose poderosos movimientos de urbanización e industrialización acelerados. Entre 1990 y 2014, el PIB per cápita creció un 730 %, mientras el PIB mundial aumentaba solo un 63 %. Esto redujo notablemente las diferencias entre China y el resto de países del globo. En 1990, el PIB chino era un 83 % más bajo que el PIB mundial (con un ingreso per cápita promedio de 1500 dólares anuales frente a

8 800 dólares), pero en 2014 este diferencial negativo se había reducido al 13 % (12 600 dólares frente a 14 400 dólares). La economía china hoy día está vigorosa como ninguna, y sigue creciendo, no al ritmo vertiginoso de años atrás (10 % anual), pero sí igualmente en forma muy abultada (6 % interanual). De hecho, hoy los cuatro bancos más grandes del mundo son chinos: Industrial and Commercial Bank of China, China Construction Bank, Agricultural Bank of China y Bank of China, tres de ellos de propiedad estatal.

La Organización de Naciones Unidas —ONU—, a través de su secretario general, António Guterres, reconoció los fabulosos logros chinos en cuanto a la reducción / eliminación de la pobreza, elogian-do los caminos seguidos, haciendo ver que los mismos podrían utilizarse en otras latitudes para ayudar a terminar con ese flagelo: “No debemos olvidar que China ha sido la que más ha contribuido durante la última década en la lucha contra la pobreza”, agregando que “a la luz del frágil ambiente internacional, trabajar por el desarrollo es un importante canal para prevenir los conflictos”, afirmó, además, que la República Popular China resolvió el problema alimentario a más de mil trescientos millones de personas, es decir, una reducción del hambre para más del 70 % de la población mundial.

Está claro, aunque el funcionario no lo haya expresado exactamente en esos términos, que fue un planteo socialista, socialismo de mercado, si se quiere, pero socialismo al fin, el que permitió esta transformación. Ningún país capitalista, enfrascado en esa mentira bien planificada que es la democracia burguesa-representativa, ha podido lograr algo así. Valen palabras de Luis Méndez Asensio al analizar estas falacias:

El ejemplo chino nos incita a una de las preguntas clave de nuestro tiempo: ¿es la democracia sinónimo de desarrollo? Mucho me temo que la respuesta habrá que encontrarla en otra galaxia. Porque lo que reflejan los números macroeconómicos, a los que

son tan adictos los neoliberales, es que el gigante asiático ha conseguido abatir los parámetros de pobreza sin recurrir a las urnas, sin hacer gala de las libertades, sin amnistiar al prójimo.

Ese descomunal crecimiento económico de la República Popular China plantea interrogantes al ideario socialista. Contrario a lo dicho por Mao y su casi entronización de la pobreza, Deng dijo que “la pobreza no es socialismo”. Lo cual lleva a preguntarnos: ¿es solo la empresa privada el motor del crecimiento económico?

Xulio Ríos, un agudo analista de todo el proceso chino, nos informa que

[...] el sector privado desempeña actualmente un importante rol en la segunda economía del mundo. Según fuentes oficiales, responde por más del 50 % de los ingresos tributarios, el 60 % del PIB, el 70 % de la innovación tecnológica, el 80 % del empleo urbano y el 90 % de los nuevos trabajos y nuevas empresas. Todo ello con el 40 % de los recursos. Desde 1980, la tasa de crecimiento anual del sector privado ha oscilado entre el 20 y el 30 %, mucho más elevada que el 5-10 % de las empresas de propiedad estatal.

Tal como la dirigencia china viene afirmando desde la década de los 80 del pasado siglo, el socialismo debe repartir riqueza y no pobreza. A la muerte de Mao, el país se encontraba aún con un gran rezago económico comparativamente con Occidente o con la Unión Soviética; por ello surgió esta idea de pegar un salto en ese sentido. La apertura hacia el capitalismo buscaba atraer capitales frescos y nuevas tecnologías. En otros términos, establecer una nueva dinámica que permitiera generar riqueza. Solo repartiendo riqueza, de acuerdo con esta visión de los comunistas chinos, se puede mejorar la calidad de vida de la población.

Esto, secundariamente, abre otro interrogante: ¿cómo construir el socialismo en países pobres? De hecho, las primeras experiencias socialistas del siglo XX, excluyendo Europa Oriental, se dieron en países de base campesina, casi sin industria, con población semianalfabeta, con gran concentración de la riqueza en pocas manos (la Rusia zarista, la China de los mandarines, Cuba como casino y burdel de estadounidenses, países agrarios con arados de bueyes como Vietnam o Nicaragua). Entonces, ¿no es posible construir ahí el socialismo? ¿Qué decir de esos intentos? Lo curioso es que las potencias industriales, donde se podría pensar que iba a estallar primeramente la revolución proletaria, siguieron otro curso, y hoy son los países más conservadores, con burguesías imperialistas y clase trabajadora acomodada que se beneficia en modo indirecto de la posición hegemónica de sus países. Todo esto lleva pensar en la arquitectura actual del mundo, siglo XXI, donde debe revisarse la posibilidad del socialismo en un solo país en el mar (siempre embravecido) de países capitalistas.

Sin dudas, visto ahora luego de varias décadas de implementación, el experimento chino funcionó. Decía Deng Xiaoping:

[Debemos] saber aprovechar la oportunidad para resolver el problema del desarrollo [...]. En lo teórico debemos llegar a comprender que la diferencia entre capitalismo y socialismo no reside en la disyuntiva planificación o mercado. En el socialismo también hay economía de mercado, igual que existe control planificado en el capitalismo. ¿Acaso en las condiciones del capitalismo ya no hay control alguno y uno puede portarse a su libre voluntad? ¡El trato de nación más favorecida no es otra cosa que control! No se crea que practicar cierta economía de mercado es seguir el camino capitalista. ¡Nada de eso! Tanto la planificación como el mercado son necesarios. Sin desarrollar el mercado, uno no tiene acceso ni siquiera a la información mundial, lo que significa resignarse a quedar a la zaga. (1995, pp. 261-265)

A partir de esas consideraciones, el XIII Congreso Nacional del Partido Comunista Chino, que tuvo lugar en octubre de 1987, dispuso que la economía nacional sería planificada y pública para los productos de primera necesidad, en tanto que el Estado, con criterios socialistas, guiaría al mercado, y este, a las empresas, combinando así planificación y mercado en la dinámica general de la sociedad.

¿Por qué este apoyo a la empresa privada que realiza el Partido Comunista de China? ¿Rechazo del socialismo? Según los ideólogos y autoridades que dirigen el país, no. Por el contrario, es el camino correcto que traerá desarrollo y prosperidad para toda la población china y con su proyecto de la Nueva Ruta de la Seda se podrá contribuir a un desarrollo global. ¿Es realmente así?

El gigante asiático hace ya largos años que introdujo estos cambios en el ideario socialista con el que llevó a cabo su revolución en 1949. Desde las reformas impulsadas a fines de los 70 del siglo pasado, se comenzó a construir un modelo que para la izquierda tradicional de Occidente nunca se terminó de entender, o que, por el contrario, se adversó, socialismo de mercado. Lo cierto es que, apelando a la introducción de todo un sector de propiedad privada, el país ha venido produciendo un avance económico fabuloso, sin precedentes en ningún Estado capitalista. Atrayendo inversión externa, permitiendo bajo determinadas condiciones la propiedad privada de los medios de producción, siempre bajo la atenta mirada del Partido Comunista, que es quien fija férreamente las políticas y controla al milímetro su implementación, China pasó a ser una gran economía, disputándole el cetro global a Estados Unidos, y con un superávit comercial impresionante que le permite ser principal acreedor del país norteamericano, a la par que comienza a establecerse como nueva gran potencia que busca destronar el reinado del dólar y, con ello, la hegemonía global de Washington. Ahí están los BRICS como proyecto alternativo al mercado del capitalismo occidental, capitaneados por Pekín, junto con Moscú.

Podemos preguntarnos si hay realmente un milagro económico en China. Según como se lo quiera ver: sí y no. No hay dudas de que con la incorporación de capitales externos y tomando tecnologías provenientes del desarrollo capitalista, el país asiático mantuvo, y mantiene todavía, aunque en un nivel menor, un vertiginoso ritmo de crecimiento económico que nunca se vio en Occidente (ni durante la Revolución Industrial en la Inglaterra dieciochesca ni en Estados Unidos entre fines del siglo XIX y durante el XX). Ello permitió levantar increíblemente el nivel de acceso a la riqueza de grandes masas, sacando de la pobreza rural ancestral a millones de habitantes. Una vez más: si el socialismo debe repartir riqueza y no pobreza, sin dudas esa consigna funcionó. Hoy, China es considerado un país de ingresos medios, donde la totalidad de su población tiene muy bien asegurados los satisfactores básicos —cosa que no sucede en la mayoría de países capitalistas— y con niveles de desarrollo científico-técnico cada vez más altos.

La dirección comunista impidió que China fuera solo una gran maquila, como suele presentársela (quizá maliciosamente), dejando de ser ensambladora de mercaderías de mala calidad, de juguetitos de segunda, el taller del mundo, para ir convirtiéndose en un país altamente industrializado, con tecnologías de punta propias que ya comienzan a sorprender. De hecho, en el momento de escribirse este opúsculo, el país oriental ya descuella por encima de Occidente en muchos rubros sensibles del campo científico-técnico, superando con holgura a muchos de los países otrora llamados centrales. Además, es digno de destacarse, si bien es cierto que esa masiva y monumental industrialización trajo problemas ecológicos graves, la visión comunista a largo plazo del Partido ha llevado a China a ser pionera en el cuidado medioambiental, impulsando energías limpias como nadie en el mundo.

El Partido Comunista dirige efectivamente los destinos del país, reservándose las decisiones básicas en el manejo de la economía,

exigiendo la real y constatable transferencia tecnológica a los capitales externos que se invierten, y teniendo planes concretos de desarrollo nacional a muy largo plazo (en China, hablar de 50 o 100 años no es nada, obviamente, después de 5 000 años de historia. “Siéntate al lado del río a ver pasar el cadáver de tu enemigo”, enseñaba Sun Tzu. La paciencia china es proverbial).

El desarrollo económico es real, y ello permitió un avance científico-técnico portentoso, ubicándose ya hoy como líder en muchos campos del quehacer humano, disputando de igual a igual, o superando, a las potencias capitalistas, y en especial a Estados Unidos: informática, inteligencia artificial, robótica, computación cuántica, investigación aeroespacial, biotecnologías, energías renovables, transportes, semiconductores). De hecho, su acumulación de reservas monetarias es tan grande que, junto con Japón, es quien sostiene al Tesoro de Estados Unidos. Hoy día, China es vital para el mantenimiento del equilibrio económico del planeta (una de las cuatro reservas monetarias más grande del orbe, junto a Suiza, Rusia y Japón).

El costo de este fenomenal salto no es poco: se asiste a una explotación laboral con condiciones que ya no existen en muchos países capitalistas. La fabulosa acumulación originaria que en Europa se hizo masacrando indígenas americanos y población negra africana a la que se utilizó como mano de obra esclava llevada como mercancía en los tristemente célebres barcos negreros, mientras se robaban con avidez los recursos naturales, en la China actual se llevó a cabo a partir de la explotación de sectores campesinos que se reubicaron en los grandes centros industriales de las urbes más desarrolladas, con salarios raquíuticos y extenuantes jornadas laborales. Condiciones que, sin dudas, abren la pregunta respecto al ideario socialista. Más aún, esa acumulación dio lugar a la aparición de millonarios chinos, muchos de los cuales amasaron enormes fortunas, no muy distinto a como sucede en el capitalismo occidental.

Todo esto no tiene secretos: la riqueza la producen siempre los trabajadores con su esfuerzo personal (urbanos-rurales-manuales-intelectuales, más el trabajo doméstico, nunca remunerado), no importando el modelo económico en el que se desenvuelvan. La cuestión es cómo se distribuye esa riqueza socialmente producida. En China, a partir de la existencia de un sector de su economía basada en el modelo capitalista, aunque sea dirigido por directivas que políticamente fija el Partido Comunista, la explotación está presente. Que esa riqueza no sea apropiada enteramente por los inversionistas privados y que el Estado (socialista) se encargue de devolverlo a la población a través de políticas sociales, es otra cosa. Pero la explotación está. Por otro lado, contrariando los principios marxistas clásicos, este nuevo modelo de desarrollo (socialismo a la China) estimula la aparición de propietarios privados, premiando el éxito económico de quienes se transforman en millonarios. El lujo ostentoso está presente en el país al igual que en los más encumbrados centros capitalistas de Occidente: es el lugar del planeta donde existe la mayor cantidad de lujosos vehículos Rolls Royce y Ferrari per cápita. Todo lo cual abre esa pregunta a la construcción socialista: ¿cómo?, ¿socialismo con clases sociales diferenciadas? Sin dudas, la dirección comunista se cuida de la aparición de un nuevo sector propietario con poder político que se constituya en nueva clase dominante (¿la economía subterránea, el mercado negro de la Unión Soviética?), buscando que esas diferencias no crezcan a niveles inmanejables. Cierta nivel de boato y fastuosidad puede ser permitido; la toma de decisiones por parte de los nuevos millonarios, no. Eso sigue estando firmemente en manos del Partido Comunista, que fusila sin miramiento a corruptos y traidores.

Este complejo proceso abre la pregunta sobre cómo construir un auténtico y efectivo poder popular. En un país de las dimensiones gigantescas como China, con una cantidad tan grande de etnias, culturas e idiomas (más de trescientos), es sumamente complicado

en términos prácticos desarrollar una democracia participativa de base; de ahí que el partido, con sus noventa millones de afiliados, cumple la función de vanguardia aglutinante.

Desde fuera de China, y con planteos marxistas clásicos, cuesta entender el proceso. ¿Es capitalismo o es socialismo? ¿Un paso atrás para tomar impulso y seguir avanzando? Lo cierto es que el proyecto chino actual, que en muchos aspectos se comporta como cualquier planteo capitalista, se está extendiendo por el mundo. Donde llega, su impronta no es capitalista rapaz al modo de los imperialismos occidentales, incluso puede condonar deudas, como ha hecho en buena parte del África, pero tampoco tiene un sesgo socialista apoyando procesos revolucionarios, como mal o bien hizo la Unión Soviética en su momento. La presencia china invierte capitales y explota mano de obra. Claro que, fundamental es aclararlo, de momento no se ha mostrado como potencia imperialista invasora apelando a la violencia. Sin disparar un tiro, sin ninguna base militar fuera de sus fronteras, está haciendo algo que el depredador capitalismo estadounidense, o el europeo en su momento, realizaron a base de sanguinaria entrada bélica. El ambicioso proyecto de la Nueva Ruta de la Seda es una iniciativa que posicionará a China como principal potencia mundial, con presencia en más de cien países. Para algunos, es una forma sutil de imperialismo, colocando sus propias mercaderías en los cinco continentes; para otros, los chinos fundamentalmente, una forma de llevar prosperidad a los sectores más deprimidos del globo, con su idea, supuestamente igualitaria, de ganar-ganar. ¿Planteo socialista? El debate para la izquierda está abierto.

El modelo chino, ese raro y complejo socialismo de mercado, permitió generar una acumulación de riqueza espectacular en poco tiempo. El costo es que está basado en la explotación de los trabajadores. ¿Fue necesario eso como un paso atrás para tomar impulso? Todo indicaría que el Partido Comunista Chino tiene puesto ahora sus ojos en la promoción de enormes planes de beneficio social para

las inconmensurables masas de población del país. La riqueza acumulada probablemente lo permita. Debe hacerse notar que en el gigante asiático ya no hay hambre ni analfabetismo, la gran mayoría de la población tiene acceso a tecnologías de avanzada y su educación superior es cada vez de más alto prestigio.

Otros países socialistas como Cuba, Corea del Norte o Vietnam, que sufren continuamente los ataques del mundo capitalista, están preguntándose ahora sobre el modelo chino (dirección política de izquierda con introducción de mecanismos capitalistas). Se abre la pregunta, entonces, sobre si no hay otra forma de incentivar la producción que no sea a través del premio material, el premio al propio esfuerzo, la incentivación de la ganancia (“Ser rico es glorioso”). Las empresas privadas en China sirvieron para aumentar la productividad a un gran superlativo. Y ello, pareciera, es lo que sirvió para generar un nivel de confort para toda su población que una economía rural de subsistencia no podía lograr.

¿Cuál es la clave para fomentar la productividad entonces, si entendemos que ese es el camino para el aumento de la riqueza? En la extinta Unión Soviética, los mecanismos de mercado sirvieron para la explosión del país; se ha dicho que Gorbachov trabajaba para la CIA. Más allá de eso, posible teoría paranoico-conspirativa, es evidente que la introducción de elementos capitalistas terminó sirviendo para destruir al primer Estado obrero-campesino de la historia. En China, que siempre estudió muy meticulosamente el experimento soviético, los resultados son otros. Siguiendo a Sergio Rodríguez Gelfenstein puede decirse que:

Los procesos de reforma en la Unión Soviética y en China se produjeron casi al mismo tiempo, con menos de diez años de distancia, pero la diferencia fundamental para el fracaso de uno y el éxito del otro es que mientras los soviéticos desarrollaron simultáneamente los aspectos económicos y políticos del pro-

ceso, en China comenzaron con la transformación de la economía, desatando una fase de mejoramiento de la situación social, mientras que la agenda política se desarrollaba paulatinamente, pero a un ritmo mucho más pausado a fin de ir midiendo los impactos que iban causando las medidas tomadas y prestando especial atención a que se mantuviera una dialéctica adecuada entre reforma, desarrollo y estabilidad. El PCCh y el Gobierno la llamaron una estrategia de “avance paso a paso de manera ordenada”. (2019, pp. 173-174)

¿Qué pasará en Cuba, por ejemplo, si se permiten abiertamente los mecanismos capitalistas? China logró éxitos incomparables con esa receta, pero no debe dejarse de tener en cuenta que es un país incommensurable grande, con infinitos recursos naturales y, quizá esto sea básico, cinco milenios de historia.

Para quienes no creen que el socialismo sea un artefacto de museo, la experiencia china inaugura un necesario y profundo debate: ¿cómo se construyen las alternativas al capitalismo? Se podría pensar que el aliciente de la empresa privada les ha servido. ¿Qué tiene la empresa privada que fomenta ese crecimiento y que el Estado socialista, con economía planificada, no consigue? ¿Habrá que quedarse con la idea de que “el ojo del amo engorda el ganado”? ¿Es inexorable esa verdad? Por eso decíamos que el fenómeno de la China debe llevarnos a plantear estas cuestiones básicas de todo el andamiaje conceptual socialista.

La idea de “productores libres asociados”, como dijera Marx, estandarte de esa fase superior de desarrollo que sería el comunismo donde regiría la fórmula “De cada quien, según su capacidad; a cada quien, según su necesidad”, dista aún mucho de la realidad actual. Lo que prima dentro de las relaciones capitalistas no es, precisamente, la solidaridad, la fraternidad. El “sálvese quien pueda” individualista es la matriz dominante.

La experiencia china muestra que el incentivo personal cuenta, y cuenta mucho para la generación de riqueza. ¿No era eso lo que buscaba la Perestroika soviética? O, exagerando, ¿no fueron esos mecanismos los introducidos por Lenin al inicio de la revolución bolchevique con la Nueva Política Económica, la NEP, para fomentar la productividad tan dañada por la Primera Guerra Mundial y la guerra interna? ¿Puede ese elemento ser la guía para la construcción de una sociedad nueva? A estar con lo que nos lega la actual República Popular China, estaríamos tentados de responder que sí. Pero ¿solo el látigo del amo permite elevar la productividad? Lo cual lleva a plantearnos, ¿es posible construir el socialismo en países industrialmente no desarrollados? Lo curioso es que las primeras experiencias socialistas vinieron de las zonas menos industrializadas, con situaciones agrarias cuasifeudales (Rusia, China, Cuba, Vietnam, Nicaragua).

Valga una vez más la cita de Deng Xiaoping: “la pobreza no es socialismo”. ¿Se necesita inexorablemente una gran acumulación de riqueza para construir el socialismo? Si es así, pareciera imprescindible elevar la productividad para ello. ¿Sin el látigo patronal no se puede lograr? Esto lleva repensar el tema del hombre nuevo y la construcción de una moral socialista.

La promoción de incentivos individuales para aumentar la producción no es nada nuevo: en la Unión Soviética, durante la década de 1930 tuvo lugar el movimiento stajanovista (impulsado por el minero Alekséi Stajánov), consistente en el pago de bonos extras por el aumento de la productividad. Eso mismo retomó Mijaíl Gorbachov con su intento de reestructuración en la década de los 80, para lo que se introdujeron mecanismos capitalistas. “Bajo el capitalismo, esto es una tortura, o un engaño”, dijo Lenin refiriéndose a los premios que otorgaba a sus trabajadores la industria estadounidense. “Hay elementos de ‘tortura y engaño’ en los récords soviéticos también”, agregó León Sedov (hijo mayor de Trotsky), analizando el stajanovis-

mo, que no es sino una fórmula capitalista de fomento del individualismo, del premio al voluntarismo personal.

Sigue siendo una agenda pendiente para el socialismo cómo lograr un aumento de la riqueza a partir de economías planificadas. Si todos somos propietarios, finalmente nadie es propietario. Eso remite a la pregunta de si es posible establecer una moral socialista que funcione autónomamente (hay que trabajar con excelencia porque esa debería ser la ética humana, podría decirse), o se necesita siempre del látigo, del ojo avizor del patrón para hacernos mover. Disyuntiva que, sin dudas, no está resuelta. La empresa privada, que no se detiene a filosofar sobre estos puntos, se limita a presentar el látigo (y a hacer producir para mantener inalterable su tasa de ganancia). El cuentapropismo, que va desde el motorista que entrega a domicilio al chofer de un Uber, desde el consultor que formula asesorías para un ministerio o un organismo internacional al vendedor informal de baratijas, desde la prostituta que, ahora empoderada, es una trabajadora sexual —en algunos casos sindicalizada— a la mujer que vende comida en las calles, se ha impuesto, y la ilusión de ser microemprendedores, generada por la ideología capitalista, aleja de la posibilidad de sentirse uno más del gremio, con sindicato que defienda. Para quienes trabajan emplanillados hoy, la amenaza de la desocupación es un tirano que asusta, no como la cámara de tortura, pero sí con un efecto igualmente corrosivo. Con ese trabajo de alguien, la clase capitalista acumula riqueza, que es lo que le interesa como clase propietaria; lo demás le sale sobrando. Pragmatismo puro, podría decirse. Deng Xiaoping y sus reformas son un claro ejemplo de ello: con ese pragmatismo y con explotación laboral se consiguió generar mucha riqueza. ¿Qué sigue después?

La cuestión que se plantea para todo el campo marxista del mundo es considerar ese modelo asiático. Está claro que la experiencia china no es replicable en otros países, porque no hay ni puede haber otro gigante como China, con características tan peculiares, esa po-

blación, esa historia. A su modo, Vietnam, también Laos o Corea del Norte, en cierta medida Cuba, han introducido mecanismos capitalistas, capitalismo bajo control estatal, buscando con ello fortalecer la construcción del socialismo. Inmenso debate que se abre con ello.

China, luego de la pandemia de COVID-19, aunque sigue su ascenso, presenta cierto empantanamiento, con una crisis inmobiliaria que no está claro cómo podrá evolucionar. Se está ahí ante problemas de ralentización económica que semejan las crisis que se presentan en cualquier país capitalista. El modelo de socialismo a la China ha resuelto problemas para la población del gigante asiático, pero no es el espejo donde puede reflejarse la clase trabajadora mundial. Las experiencias cubana, vietnamita o laosiana lo muestran, y fuerzan a la discusión (así como la perestroika soviética también o como fue la NEP en su momento) sobre si es posible solidificar el socialismo con mecanismos capitalistas.

La experiencia cubana

Para hablar de la Revolución cubana empecemos con una cita de Fidel Castro que marca el talante de lo que está sucediendo allí desde 1959: “En el mundo hay doscientos millones de niños de la calle. Ninguno de ellos está en Cuba”. Sin el más mínimo lugar a dudas, la revolución socialista que ahí tuvo lugar hace ya más de 60 años, ha mejorado sustancialmente la vida de la población. Eso es innegable. Medida la situación actual de la isla con parámetros de ingreso per cápita, Cuba no aparece como un país rico, de altos ingresos. Pero no debe olvidarse que el socialismo se construye con otros parámetros: lo que falta allí son los oropeles que ofrece, mejor dicho aún: que obliga a consumir, el capitalismo. Si no hay niños en la calle, he ahí un logro fabuloso. Para la corporación mediática capitalista, sin embargo, cuentan más los *shoppings centers*

repletos de mercaderías, aunque muy pocos las puedan comprar, que la calidad de vida de la población.

El proceso revolucionario cubano inició cambios enormes en la sociedad, tal como lo han hecho siempre estos procesos de transformación socialistas. Debe tenerse en cuenta también que Cuba se liberó del yugo imperial estadounidense teniendo como apoyo imprescindible a la Unión Soviética que, para ese entonces, aún con el criticable estalinismo vigente, era una gran potencia en ascenso, disputando su Guerra Fría con el gigante norteamericano. Sin el apoyo de Moscú, la Revolución cubana se hubiera visto en serias dificultades.

De hecho, luego sí se vio en esa situación. Toda su vida estuvo marcada, y sigue estándolo, por la agresión inmisericorde de Washington. Desde el mismo momento de la Revolución, en la Casa Blanca se prendieron las alarmas; ello trajo como una consecuencia inmediata la puesta en marcha de la Alianza para el Progreso, primera iniciativa de cooperación para el desarrollo, por supuesto, ¡con comillas!, porque no existe ninguna cooperación, destinada a Latinoamérica. Claramente, un proyecto que buscaba que no se repitiera ninguna Cuba en el continente, un parche de agua fría sobre la pobreza crónica y exclusión de la zona, buscando evitar nuevos estallidos revolucionarios. “Estrategia contrainsurgente no armada”, como la consideraban los manuales de la CIA de esos años; mecanismos que luego se perpetuarían para todo el sur global, o tercer mundo, como se le designaba anteriormente, dejando remiendos, pequeñas dádivas para calmar dolores puntuales que impidieran la reacción popular generalizada, generando al mismo tiempo una enfermiza cultura de mendicidad por parte de quienes reciben. Estaba clara la iniciativa: mantener tranquila la protesta social. ¡Otra Cuba: jamás!

Además de ello, la reacción del Gobierno estadounidense fue, a partir del 7 de febrero de 1962 y bajo la presidencia de John Kennedy, el establecimiento de un bloqueo total contra la isla. Esa me-

dida, que nunca se levantó, sino que, por el contrario, con diversas acciones posteriores fue ampliándose (Ley Helms-Burton o Ley Torricelli, por ejemplo), marcó la marcha de la Revolución. Dicho bloqueo impide al Gobierno cubano adquirir tecnologías, materias primas e innumerables productos básicos para la sobrevivencia, complicando de un modo mayúsculo el día a día de la vida de la población. De tal modo, andando el tiempo y con la desintegración del campo socialista europeo, los logros de la Revolución, que nunca se quitaron, chocaron con una situación diaria real que comenzó a provocar malestares. Malestares comprensibles, sin duda, pero que afectan profundamente la posibilidad de seguir construyendo el socialismo. Si se hace difícil conseguir los productos básicos, si la vida hay que estar resolviéndola a cada paso con las más infinitas estrategias de sobrevivencia, si los apagones de fluido eléctrico son frecuentes, si las colas para conseguir la comida del día abundan, los logros revolucionarios comienzan a ser cuestionadas. Para nuevas generaciones que ya nacieron en la Cuba socialista, todo ese malestar, que sin dudas creció con el fin del campo socialista europeo y el endurecimiento del bloqueo, la insatisfacción comenzó a pasar factura al proceso revolucionario.

El economista cubano Julio Carranza (2021), en un artículo de opinión, afirma certeramente:

El sistema económico actual es obsoleto, limita las capacidades productivas de la sociedad y debe ser reformado, ya esta es una verdad tan admitida. [...] Es necesario comprender los malestares de la gente, fatigadas por las tremendas dificultades de la vida cotidiana más allá de las causas que las provocan, acentuadas principal y sistemáticamente por una agresión que se hace cada vez más evidente y notoria. Incrementar esos malestares es el eje de esa agresión a la que se somete al país. [...] El bloqueo no es todo, pero el bloqueo afecta todo, tiene un carácter genocida, criminal y oportunista.

El imperialismo inclemente siguió golpeando impiadoso durante décadas, con el objetivo de voltear la Revolución. Como luego de Bahía de Cochinos no intentó nunca más una contrarrevolución militar, la estrategia fue esa: incrementar los malestares de la población, buscando que sea la reacción popular la que desaloje al socialismo.

Esos malestares de la vida cotidiana, realmente existentes y que tornan difícil el día a día del ciudadano medio cubano como problemas de abastecimiento, problemas en el suministro de energía eléctrica, tienen como telón de fondo el ataque sin piedad del imperialismo norteamericano. Un exasesor de la CIA, Fulton Armstrong, en entrevista concedida a la emisora alemana Deutsche Welle (2024, 2m03s), lo dijo sin tapujos:

Los cuatro puntos que tienen a Cuba con tan lamentable economía al día de hoy, con protestas callejeras reactivas a esas carencias, son: 1. La pasada pandemia, que redujo el turismo a cero; 2. La crisis del petróleo, por la falta de suministro a bajo precio que daba Venezuela; 3. errores del mismo Gobierno cubano, que no termina de implementar las medidas de apertura capitalista necesarias, y 4. quizá la más importante, el bloqueo estadounidense durante sesenta y cinco años.

“Los valores [socialistas] sí constituyen la verdadera calidad de vida, la suprema calidad de vida, aún por encima de alimento, techo y ropa”, aseguraba Fidel Castro el 26 de mayo de 2003, después de pasado el fatal período especial en época de paz, que obligó al Gobierno a tomar drásticas acciones económicas de racionamientos, tales como se practican en casos de guerra, para así “salvar la Revolución en Cuba y salvar el socialismo”.

El ideario socialista se mantuvo ante todo, pero el criminal bloqueo desarrollado por años, profundizado a partir de la desaparición del campo socialista europeo (el Consejo de Ayuda Mutua Económica

[CAME]) hizo que la isla tambaleara. El tal período especial profundizó problemas ya históricos que venía provocando la agresión imperialista. La aparición de la República Bolivariana de Venezuela dio un respiro, dada su cuota de apoyo solidario a la Revolución. Pero no más que eso, un pequeño respiro. El ahogamiento que produce esa política genocida de Washington día a día forzó situaciones novedosas, no volvió el capitalismo, pero en la cotidianeidad de la vida de la gente comenzaron a desarrollarse acciones en el mercado negro con un carácter capitalista. Pequeños negocios, arreglos económicos bajo la mesa, pequeños robos de productos de propiedad estatal para venderlos en negro, y un largo etcétera.

Todo ello hace recordar lo que iba pasando en la Unión Soviética unos años antes de su implosión. Desde fuera de la isla, y con la misma euforia que la derecha vio la caída del Muro de Berlín o la incorporación en China de mecanismos de mercado, se pensó que la heroica Revolución cubana daba marcha atrás, que comenzaba la tan esperada, por Washington al menos, vuelta al capitalismo.

En 2011, Ricardo Alarcón, por ese entonces presidente de la Asamblea Nacional, declaró, según lo cita Renaud Lambert (2011):

Deseamos hacer todo lo que se pueda para salvar el socialismo. No el “socialismo perfecto”, con el que todo el mundo sueña. No, el socialismo posible en Cuba, en nuestras condiciones. Además, como usted sabe, los mecanismos de mercado ya existen en la sociedad cubana.

Cuba no volvió al capitalismo, no, al menos, oficialmente y desde una política establecida por el Estado. Pero hay muchos mecanismos en el día a día que muestran prácticas capitalistas, hechas en forma subterránea, de la que todo el mundo sabe, pero que, en buena medida, se silencian. Con un toque crítico, pero sin estar alejado de la realidad, un observador externo de la Revolución y de la situación

diaria actual de la sociedad cubana, el periodista francés Renaud Lambert (2011), pudo expresar:

En el país del “socialismo o muerte”, las langostas están reservadas para el turismo y la exportación. Los pescadores se encargan de vengar esta injusticia, por la vía del mercado negro, asegurándose así ingresos cercanos a los 700 dólares mensuales. Los universitarios, por su parte, que disponen de un acceso a internet, alquilan sus códigos por la noche, después de sus horas de trabajo; los docentes dan clases en sus casas; las enfermeras prodigan cuidados a domicilio; los choferes de autobuses o de camiones se quedan con combustible. Para muchos cubanos, trabajar para el Estado socialista ofrece la posibilidad... de alimentar el mercado negro: lapiceras, cajas, útiles, materiales de construcción. Algunos se prostituyen. [...] Doble moneda, vivienda y alimentación: desde hace años los cubanos han aprendido a transigir con los “mecanismos de mercado” que orquestan su vida cotidiana.

En todo caso, si en la población hay malestar, si más de alguien sale de la isla, no es porque huye de la dictadura comunista, sino porque en las condiciones de vida abundan demasiadas dificultades. De ahí que hayan aparecido y florezcan todas esas formas de arreglárselas, de resolver.

Por supuesto que el bloqueo no explica todo, también, dentro de la isla hay problemas que no se pueden negar: burocracia excesiva, hechos de corrupción, falta de misticismo y compromiso con la Revolución en muchos jóvenes, un cierto clima de militarización de la vida social, autoritarismo, racismo, machismo. El mismo presidente y líder de la revolución, Fidel Castro, lo dijo claro en algún momento: “El enemigo que puede vencernos no es el imperialismo. Es la corrupción”. Todo eso no contribuye a la construcción del socialismo, del preconizado hombre nuevo que se buscaba en los primeros años

de la Revolución. De hecho, existe hoy una suerte de clase social, de nuevos propietarios que, en más de algún caso —y esto en forma clandestina—, explotan mano de obra. De todos modos, el Estado revolucionario continúa manteniendo su ideario socialista.

Ante las dificultades para atender las necesidades básicas con que se encuentra a diario la población, pareciera que, como una respuesta automática —lo mismo sucedió en la Unión Soviética—, la propia gente busca alternativas, siendo estas la repetición de modelos capitalistas. Ello pareciera que sucede contraviniendo los nuevos valores que el socialismo intenta desplegar, porque el peso de la tradición se hace sentir. El hombre nuevo y todos sus valores, por lo que vemos, sigue siendo una agenda pendiente.

Esto abre la pregunta de hasta dónde es posible, en términos reales, construir una cultura socialista en el mar capitalista. Si en Cuba se repite lo mismo, salvando las distancias, que aconteció en el primer Estado obrero y campesino, aunque el Gobierno revolucionario de La Habana intente marcar otro rumbo, la fuerza de la historia —la propiedad privada, el individualismo y la ética del sálvese quien pueda— aún persiste. Cuba no se hizo capitalista, pero los mecanismos capitalistas han reaparecido.

De todos modos, Cuba sigue siendo un faro para los pueblos del mundo en su búsqueda de justicia. Aunque el inmoral bloqueo trata de ahogar la Revolución, cubanos y cubanas siguen adelante, con su Gobierno, en la construcción del proyecto socialista. Pese a ese inmisericorde mecanismo del bloqueo, la isla revolucionaria sigue enviando misiones médicas solidarias a alrededor de sesenta países en el mundo, y es el único punto del sur global que pudo producir una vacuna efectiva contra el COVID-19. Con todas las dificultades del caso, Cuba sigue siendo socialista, y allí nadie pasa hambre, es analfabeta, carece de casa o servicios básicos o tiene miedo a caminar por la calle debido a la delincuencia común, tal como sucede en cualquiera de sus hermanos países de Latinoamérica. La isla no

es un paraíso, por supuesto, lo fue, en el peor sentido de la palabra, para los turistas estadounidenses antes de 1959, cuando llegaban ahí a disfrutar su posición de líder mundial, llevándose el mundo por delante. No debemos olvidar que el único paraíso es el paraíso perdido, por siempre irrecuperable. O está dado por las mentirosas películas de Hollywood. Parafraseando lo dicho por Fidel Castro respecto a los niños de la calle, UNICEF —organización de Naciones Unidas dedicada a la infancia—, refiriéndose a la desnutrición infantil que campea en el mundo, pudo decir en referencia a Cuba socialista: “Ninguno de los ciento cuarenta y seis millones de niños menores de cinco años bajos de peso que viven hoy en el mundo es cubano”.

Frank Solar Cabrales (2024) reflexiona, muy acertadamente:

La hazaña extraordinaria que escribió Cuba frente a la pandemia, por ejemplo, fue posible por haber realizado una revolución socialista y contar con una economía nacionalizada y planificada. Lo que hizo Cuba en ese período es una prueba más de la superioridad del socialismo. Es una auténtica locura que un país atrasado como Cuba, con una economía asfixiada, haya sido capaz de desarrollar vacunas contra el coronavirus. Todo el potencial científico y la infraestructura que lo hizo posible se debe a las inversiones en desarrollo científico y biotecnológico que realizó Fidel en los peores momentos del período especial, cuando otras urgencias y criterios más economicistas y guiados por el mercado quizás las habrían desaconsejado. Una economía planificada permite poner los recursos donde la voluntad política decide que es más importante para la protección y el desarrollo pleno de los seres humanos.

Si algo puede rescatarse sin la más mínima duda del proceso cubano, es la solidaridad que se forjó en su pueblo. Las relaciones interhumanas que marcan el día a día en la isla llevan esa marca, producto de

años de educación socialista. Hay problemas, muchos, enormes sin duda, pero también hay la voluntad de seguir por la senda socialista, que es la senda solidaria.

Cuba no es un paraíso, pero es un ejemplo a seguir observando. Es, en todo caso, un país que defiende su dignidad, que, altivo, sigue defendiendo el socialismo.

La experiencia zapatista

El 1 de enero de 1994, el mismo día que entraba en vigencia el Tratado de Libre Comercio de América del Norte [TLCAN], hizo su aparición pública el Ejército Zapatista de Liberación Nacional [EZLN]. Con armas en la mano y bajo la conducción del subcomandante Marcos —“Tomamos las armas para construir un mundo donde ya no sean necesarios los ejércitos”, sentenció—, el movimiento insurgente exigía la reivindicación de propiedad sobre las tierras ancestrales arrebatadas a las comunidades indígenas, un más equitativo reparto de la riqueza y la participación de las diferentes etnias, tanto en la organización del estado de Chiapas como en el resto del país mexicano.

Desintegrado el campo socialista europeo apenas unos años atrás, con la plena vigencia de las políticas neoliberales que iban haciendo retroceder conquistas históricas de la clase trabajadora y la desazón que cundía en el campo popular y en las izquierdas de todo el mundo por la desaparición de referentes revolucionarios, ante esta avanzada criminal de la derecha, la aparición del zapatismo fue una bocanada de aire fresco. Se despertaron grandes expectativas sobre su accionar y las fuerzas progresistas de todo el planeta lo vieron con interés. El socialismo no estaba muerto.

El Gobierno mexicano, en ese entonces con la presidencia de Carlos Salinas de Gortari, en un primer momento dio una respuesta militar al alzamiento. Así, por doce días, se produjeron enfrentamien-

tos armados, con muertos, heridos y prisioneros, pero rápidamente comenzaron las negociaciones entre ambas partes. Tales conversaciones, que se prolongaron por espacio de más de dos años, dieron por resultado, en 1996, la firma de los acuerdos de San Andrés concernientes al derecho y cultura indígena, los cuales comprometían al Estado mexicano a reconocer constitucionalmente a los pueblos indígenas, permitiéndoles gozar de autonomía. Dichos diálogos dieron pie, en octubre de 1996, a la fundación del Congreso Nacional Indígena [CNI].

Años después, bajo la presidencia de Vicente Fox, el Gobierno federal incumplió lo pactado, por lo que el movimiento zapatista, siempre enclavado en Chiapas, optó por generar su autogobierno en forma unilateral, mediante la puesta en marcha de Los Caracoles y las Juntas de Buen Gobierno, que reforzaron el principio del “mandar obedeciendo”, siguiendo los planteamientos del irlandés John Holloway y su idea de “cambiar el mundo sin tomar el poder”. Debe hacerse notar que el académico europeo no es exactamente el ideólogo del pueblo zapatista, aquel cuyas ideas marcan e iluminan la acción de la población movilizada, pero sus planteos pudieron articularse bien con lo que los mayas de Chiapas venían levantando. El movimiento zapatista rechaza la idea de un sujeto revolucionario homogéneo y puro, tal como ha sido el planteamiento marxista clásico, porque una tal pureza y homogeneidad enmascaran una voluntad de dominación que niega el proceso de autodeterminación.

El surgimiento de esta alternativa en un momento en que parecían abandonadas las ideas de transformación revolucionaria de la sociedad, insufló esperanzas. El poder popular que se comenzó a construir mostró que la democracia de base, la participación directa de la población en los asuntos que le conciernen, es decir, en el diseño de su vida, sí es posible. En esta novedosa perspectiva, el ejercicio del poder es repartido por todos, todas y cada uno de los miembros de la comunidad, con la capacidad de influir en las decisiones que se

toman dentro de la misma. Sucede, sin embargo, que el experimento zapatista —porque el Gobierno central lo aisló y porque su posición principista contribuyó igualmente a reforzar ese aislamiento— andando el tiempo, más allá de una muy bella figura revolucionaria como opción novedosa luego de la caída de los socialismos reales, no cundió. Nunca pudo salir, o nunca le permitieron salir, que no es lo mismo, de la selva lacandona, en Chiapas, y su modelo no ha servido, al menos hasta ahora, para construir alternativas anticapitalistas válidas en otras latitudes del planeta. Pero sin dudas debe ser estudiado en profundidad, más allá de la versión oficial de la prensa capitalista que suele presentarlo como un movimiento trasnochado, casi romántico, pues anida allí un germen de democracia de base muy interesante, que puede servir para insuflar ánimo en las izquierdas de todas partes del mundo. La democracia socialista o es realmente de base, popular, participativa, o no es socialista.

Acertadamente afirma Gerardo de la Fuente, luego de años de existencia de esta iniciativa, que:

Es difícil justipreciar la importancia y trascendencia históricas del movimiento zapatista, a partir de su alzamiento armado de 1994: su aportación a la resistencia internacional, su renovación del pensamiento político en un momento en que la caída del socialismo real había devastado al pensamiento político de izquierda, especialmente al marxismo; su renovación del discurso político; la aparición de los pueblos indios como sujeto político de transformación —ellos, pero también todos los pueblos indios del mundo; el impulso a la sociedad civil como protagonista del devenir mundial; la reivindicación del anticapitalismo como una postura política no solo válida, sino urgente; en fin, incluso, la posibilidad de reivindicar la acción armada de los de abajo como recurso aún vigente, todo esto y muchísimas cosas más son aportaciones innegables, extraordinarias, del movimiento encabezado por el EZLN. (1999, p. 150)

Sin dudas, como experiencia de poder popular real, desde abajo, en construcción colectiva, el zapatismo es válido y deja un robusto mensaje para las izquierdas y para todo el campo popular. En tal sentido, como lo expresa Gilberto López y Rivas:

El estudio de los Gobiernos indígenas contemporáneos en América Latina, particularmente en México, desde una perspectiva integral y comparativa, muestra la naturaleza transformadora de estos procesos no solo en su articulación, las más de las veces contradictoria con los estados nacionales existentes, sino también en el interior de los sujetos autonómicos. Así, no se trata solo de la existencia de autogobiernos tradicionales indígenas que se desarrollan de diversas formas a lo largo de la colonia (la República de indios) y la vida independiente, y que perduran hasta nuestros días en numerosas comunidades de la geografía latinoamericana. Tampoco se trata de competencias y atribuciones establecidas desde arriba, administrativamente o por modificaciones constitucionales, pisos y techos de modelos que no corresponden a realidades concretas y que denotan los límites de una ciencia social a la zaga de los procesos socio-étnicos. (2021, p. 27)

Pero su aislamiento, no solo el sufrido por las iniciativas gubernamentales sino el que él mismo decidió o que fue conducido a decidir, le quitan posibilidades de constituirse en un referente revolucionario para otros pueblos del mundo, por la soledad en que fue quedando. Mandar sin tener el poder del Estado, la experiencia lo atestigua, abre un interrogante. El Estado, a estar con la definición leninista clásica: “Violencia de clase organizada”, es el instrumento con que un sector de la población, la clase dominante, conduce el movimiento de la sociedad. La experiencia lo demuestra, no se puede estar por fuera del Estado. La idea de revolución socialista pasa por tomar ese aparato de conducción para transformarlo radicalmente. El Estado

burgués, erigido para mantener la propiedad privada de los medios de producción, no puede servir para impulsar un proyecto anticapitalista. Debe destruirse para erigir una nueva maquinaria estatal, en la que la nueva clase dominante, el proletariado podríamos decir, o todos los sectores subalternos, empobrecidos varios del sistema, ahora sí pueda edificar una nueva sociedad con los valores socialistas. La experiencia chiapaneca ayudaría a visualizar esto.

A veinticinco años del comienzo de la experiencia zapatista, el ahora comandante Moisés, en el discurso de conmemoración de ese aniversario, expresó reiteradamente que “estamos solos”. Esto debe abrir una reflexión sobre cómo, entonces, se construye una verdadera opción anticapitalista, poderosa y sostenible, que sirva fehacientemente para construir una nueva sociedad. Sin el poder central no parece posible construir algo nuevo.

El mensaje y la enseñanza que nos lega el zapatismo, posible de ser incorporado por todas las izquierdas para continuar su lucha en pos de un mundo poscapitalista, inclusivo y genuinamente democrático, permite ver que su proceso autonómico constituye una estrategia de resistencia pacífica contra la guerra de contrainsurgencia y contra la invasión corporativa de los territorios con el capitalismo extractivista que viene imponiéndose estas últimas décadas, depredando naturaleza y pueblos. Las experiencias de democracia popular de base, no muy distinta a como fueron los primeros soviets en la revolución rusa en sus orígenes, promueven la más amplia y abierta participación de toda la población: mujeres, jóvenes, gente diversa, ancianos, todos y todas por igual, fomentando la permanente concientización política, el debate político-ideológico y el cuestionamiento a las jerarquías y la burocratización.

Es cierto que el movimiento zapatista no prosperó como revolución socialista para todo México, sin la fuerza de aquellos años dorados de inicios del siglo XX, con Francisco Villa y Emiliano Zapata conduciendo el descontento popular hacia una radical transforma-

ción política y social (reforma agraria, nacionalización del petróleo). Pero si bien el proceso actual del zapatismo ha quedado obstruido por los diversos Gobiernos centrales —es decir, por la oligarquía nacional y por el imperialismo estadounidense—, deja el mensaje de que sí es posible, antes bien: imprescindible, una nueva forma de concebir el ejercicio del poder. En tal sentido, es un muy fecundo aporte a la causa del socialismo.

¿Cómo lograr el socialismo en la actualidad?

Como se dijo anteriormente, hay quien cree que es más fácil que termine el planeta a que termine el capitalismo. Sin dudas, este modo de producción ha crecido de una manera increíble, y el poder tecnológico alcanzado empalidece a todos los estadios de desarrollo anteriores en la historia. En la actualidad su capacidad para mantenerse vivo como modelo es infinitamente superior a cualquier momento anterior en la larga marcha de la humanidad. Nunca antes como hoy una construcción social había desarrollado tantos antídotos ante el cambio como el capitalismo. Su productividad y eficiencia se amplió en forma descomunal no solo en el ámbito de las cosas materiales sino, quizá especialmente, en los mecanismos psicológico-culturales para manejar grandes masas poblacionales, motivarlas a consumir y silenciarlas en la protesta.

El pan y circo, los espejitos de colores, o si se quiere también las religiones (“conjunto de supersticiones útiles para mantener bajo

control a los pueblos ignorantes”, según dijera el teólogo Giordano Bruno, lo cual le valió la pira inquisitorial), las diversas formas de distractores y control social que las clases dominantes se han dado a través de la historia, nunca habían llegado a un grado de profundidad y efectividad como las modernas técnicas de manipulación que fue creando el capitalismo. A partir de la máxima del ministro de Propaganda nazi Joseph Goebbels, aquella de mentir infinitamente hasta que la mentira se convierta en una verdad, esta ingeniería humana a la que asistimos en forma creciente en la actualidad, fundamentalmente de cuño estadounidense, ha llegado a un grado de perfeccionamiento realmente sorprendente. El mundo capitalista globalizado se maneja crecientemente con estos criterios de guerra psicológica-mediático-cultural, a tal punto que la manipulación ni siquiera se vive como imposición, sino que, por el contrario, es esperada y festejada. Es por eso que consumimos lo que la machacona publicidad nos dice —obliga— que consumamos, y pensamos políticamente lo que la corporación mediática comercial nos dice que pensemos.

Uno de los más conspicuos ideólogos de esta derecha radical: el polaco-estadounidense Zbigniew Brzezinsky, miembro de poderosos tanques de pensamiento y asesor del Gobierno, siempre con posiciones de ultraderecha, expresó con absoluta claridad:

En la sociedad tecnocrónica el rumbo lo marcará la suma de apoyo individual de millones de ciudadanos incoordinados que caerán fácilmente en el radio de acción de personalidades magnéticas y atractivas, quienes explotarán de modo efectivo las técnicas más eficientes para manipular las emociones y controlar la razón. (1979, p. 38)

Si lo comparamos con los primeros tanteos balbuceantes del socialismo, que nunca pasaron de un siglo de duración hasta ahora, el

capitalismo muestra una mucha mayor solidez. Pero no debe olvidarse que este sistema puso sus primeras semillas en el siglo XIII a partir de los primeros comerciantes acaudalados en el norte de Europa. Necesitó crecer, ampliarse, y después de cuatro o cinco siglos comienzan sus primeras revoluciones para establecerse como modelo dominante (Inglaterra, Francia, Estados Unidos), aplastando a la nobleza medieval en el Viejo Mundo, cortándole la cabeza en algún caso, para que no queden dudas de quién manda, o creando un mundo nuevo sobre la sangrienta masacre de pueblos originarios en América del Norte. Más de dos siglos después de esa mayoría de edad en términos políticos, desde el siglo XVIII a la fecha, recién ahora, con la caída del bloque soviético, puede decirse que se siente ampliamente triunfador (con su grito triunfal de “la historia ha terminado”), aunque viendo con mucho recelo a China, su modelo alternativo, y siempre continuándose cuidando de la sublevación popular. Si bien todavía pueden sobrevivir por allí rémoras feudales, medievales, milenarias incluso —las aristocracias y las casas reales europeas o medio orientales, la Iglesia católica, el islam, formas primitivas de gobierno y el patriarcado sangriento en el mundo árabe, y quizá no tan sangriento en Occidente, pero igualmente injusto y pernicioso, derecho de pernada (*ius primae noctis*) en la profundidad rural de algún país centroamericano remedando al señor feudal con las doncellas, hasta incluso esclavismo moderno (treinta millones de personas esclavizadas, según la Organización Internacional del Trabajo [OIT]), reminiscencia milenaria de prácticas anteriores al feudalismo, y algún que otro etcétera—, el mundo está totalmente marcado por los valores capitalistas, salvo algún minúsculo grupo humano en ciertos parajes selváticos, viviendo aún en situación preagraria, en el estadio neolítico. Desde los albores del capitalismo hasta el grito triunfal de Fukuyama debieron pasar setecientos años. Eso significa mucha, muchísima acumulación de infinita cantidad de cosas: riquezas materiales, poder, mañas varias para saber defen-

derse y perpetuarse. El sistema, o mejor dicho su clase dominante, hoy convertida en una pequeñísima élite global, no está dispuesta a perder ni un milímetro de todo esto que ha conseguido. Por supuesto que, en la comparación con sus propios parámetros en relación con el socialismo, sale ganador. Pero repitémoslo, en los países donde triunfó la revolución obrero-campesina el éxito no se mide por el automóvil Ferrari sino por un transporte público de calidad (el metro de Moscú, verdadera obra de arte digna del más afamado museo, bautizado palacio subterráneo, mantuvo el precio de un viaje desde 1917 hasta la caída de la URSS en 1991, siendo el sistema de transporte subterráneo que más pasajeros transporta en el mundo).

En el capitalismo, asumiendo su ideología y todos sus valores, digamos desde el Renacimiento europeo a la fecha, han pasado al menos veinticinco generaciones, o quizá treinta —y así todo, aún persisten resabios feudales: véanse las parásitas monarquías europeas, por ejemplo—; en los países socialistas con mayor antigüedad no han transcurrido siquiera tres generaciones. Las ideas de igualdad entre todos los seres humanos no son nuevas, en China, por ejemplo, en el siglo V a. C., el filósofo Mozi ya hablaba de ello. Pero debieron pasar más de dos milenios para que esa perspectiva tomara cuerpo con la formulación conceptual del socialismo científico por Marx y Engels, recién en el siglo XIX. Implementar un mundo donde eso sea una realidad incontrastable, por lo que vemos, es aún un camino a recorrer, largo y tortuoso camino, plagado de numerosos inconvenientes. El individualismo y la noción de poder ligado a la tenencia de bienes materiales lleva existiendo muchas generaciones; lo contrario, el esperado hombre nuevo (hombre como sinónimo de humanidad, ¿no se filtra allí un prejuicio machista-patriarcal?), es una agenda pendiente, muy balbuceante aún, que dio unos primeros tímidos pasos, pero a la que se le pusieron muchos obstáculos para que siguiera avanzando.

Como se viene diciendo en páginas anteriores, no hay nada que impida concebir conceptualmente un mundo de justicia, horizontal, con nuevos valores centrados en la solidaridad, digamos el transporte público de excelencia, tomando el ejemplo anterior, y no en la tenencia de un automóvil de super lujo como marca de distinción superior. Alguna vez, Lenin definió el socialismo, definición que puede entenderse como una consigna política, básicamente, dicha en el fragor de la lucha, como “el sistema donde el primer ministro puede ser cocinero y el cocinero puede ser primer ministro”. Eso, la experiencia lo demuestra, no es imposible. El verdadero obstáculo para conseguirlo es el propio sistema capitalista.

La élite planetaria que maneja a buena parte de la humanidad después de estos largos siglos de acumulación —“El 0,000001 % aparece en nuestras listas. El resto nos lee. *Revista Forbes*”, dice una repulsiva publicidad donde no se esconde esa injusta, terriblemente asimétrica arquitectura global— ha atesorado enorme poder, riqueza y dominio en esta historia de desarrollo capitalista. Definitivamente está dispuesta a hacer cualquier cosa para no perder ese sitio. Incluso la guerra nuclear limitada, locura extravagante, es una de sus estrategias, tal como se filtró de la agenda que trataría el Grupo Bilderberg en el 2022, reunido en Washington en esa ocasión, poniendo la “governabilidad pos guerra nuclear” como un escenario posible. La historia, ese continuo “altar sacrificial”, siguiendo a Hegel, por cierto, siempre anegado de sangre, se escribe en términos de esta lucha a muerte, lucha de clases, guerra de clases más correctamente dicho, donde quien detenta el poder prefiere inmolarse antes que perderlo. Esa clase dominante, la élite mundial financiera, industrial, terrateniente, es la que intenta impedir el socialismo. Y por lo visto, sabe cómo hacerlo.

Si la primera mitad del siglo XX mostraba ese avance popular, con las primeras revoluciones socialistas y todas las luchas más arriba mencionadas, con un movimiento sindical vigoroso y un idea-

rio socialista que barría buena parte del mundo, sus últimas décadas mostraron una reacción fenomenal del sistema, que al día de hoy ha logrado retrasar de un modo terrible la perspectiva de una transformación radical. De trabajadores nos ha convertido en colaboradores. La protesta social queda criminalizada, y la organización popular de base, aunque se hable ostentosamente de derechos humanos, queda virtualmente neutralizada. Es ahí donde puede verse que esa idea occidental de derechos humanos se puede usar bastante antojadizamente, siendo un barniz que vino a introducirse sin que con ello se aporte algo realmente nuevo y transformador, porque se consagran por igual tanto el derecho a la vida como a la propiedad privada. El supuesto paladín mundial defensor de estos sacrosantos derechos, es uno de sus principales violadores (posiciones racistas extremas con un supremacismo blanco indefendible —80 % de la población carcelaria es negra—, prohibición del derecho de aborto, tortura a mansalva en las cárceles que mantiene fuera de su territorio, como la base de Guantánamo en Cuba, o centros clandestinos de detención y tortura de la CIA en Europa, Polonia y Rumania como mínimo- grupos de civiles armados avalados por los Gobiernos para cazar inmigrantes ilegales en la frontera sur, brutalidad policial en las detenciones única en el mundo). Los preconizados derechos humanos, al igual que las tan manoseadas libertad y democracia, no pasan de ser términos vacíos, utilizados en forma perversa en la lucha contra cualquier ataque antisistémico.

El modo de producción capitalista, que sigue basándose en la extracción de plusvalía a la clase trabajadora, eso no ha variado, la cual se realiza luego en el circuito de la circulación transformándose en dinero, y que sigue acumulando capital habiéndose transformado ya desde hace mucho tiempo en capitalismo monopolista e imperialista, la libre competencia quedó en la historia, se ha reciclado y ha desarrollado nuevas formas, novedosas variantes desconocidas

en épocas de los clásicos fundadores del socialismo científico, que fuerzan a reposicionar las luchas.

Hoy, un sinnúmero de novedades puebla la vida de la humanidad, cosas impensables algunas décadas atrás, elementos de una envergadura notable, que cambian lo hasta ahora tenido por normal cotidianeidad abriendo interrogantes a futuro. Novedades que inauguran nuevos escenarios, complejos, muy complicados, donde la clase trabajadora mundial y las izquierdas no tienen claro aún cómo moverse. O, en todo caso, donde se mueven en forma reactiva, pero sin un definido proyecto transformador como sí pudo existir décadas atrás. Para enumerar algunos de esos nuevos elementos:

robótica e inteligencia artificial, que van haciendo a un lado al trabajador/a de carne y hueso, desarrollando procesos de control social que asustan (desde satélites geoestacionarios que orbitan nuestro planeta saben a cada instante qué hacemos, dónde estamos y, aunque parezca ciencia ficción, qué pensamos). Ante ese avance arrollador de la ultramecanización de los procesos productivos, el capitalismo dominante ya ve que se perderán numerosos puestos de trabajo. Ante tanta desocupación y el potencial peligro que ello encarna, crece la idea de una renta básica universal, un subsidio a cargo de los Estados nacionales para tanta gente que será desplazada del mercado laboral. De esa cuenta, la clase trabajadora se adelgaza a tal punto que no se ve cómo sería el fermento revolucionario de cambios. Los robots no protestan, no hacen huelga, no piden aumento de salarios ni se organizan en sindicatos.

Algoritmos que nos conocen hasta el más mínimo detalle a nivel subjetivo y deciden / imponen por dónde tenemos que seguir caminando. Mundo virtual, teletrabajo, metaverso, todo lo cual nos va alejando crecientemente de la posibilidad de contacto humano cara a cara. ¿Cómo armar sindicatos así? Todo es a distancia, todo es virtual: trabajo, estudio, compras, contactos, diversión. Hasta incluso un sexo virtual, cibernético, aplaudido en más de un sentido, porque

asegura la asepsia, la imposibilidad de enfermedades de transmisión sexual y los embarazos no deseados, pero que podría tornar la relación cuerpo a cuerpo como algo en vías de extinción. ¿Cómo será en un futuro la reproducción de la especie? La demografía dice que la humanidad seguirá creciendo hasta el 2050 (cuatro nacimientos por segundo, trescientos cuarenta y cinco mil por día actualmente) para llegar a diez mil millones de habitantes, momento en que luego comenzará a descender. ¿Humanoides clonados a la vista?

Del mismo modo, como algo novedoso, pero que ya se ha impuesto sin miras de cambio: primado de lo superficial, de la inmediatez banal, con noticias que no son noticias, sino *fake news*, habiéndose llegado a hablar de posverdad —¿ya no hay criterio de veracidad?, ¿todo puede ser un holograma, una mentira bien empaquetada?—. En esa lógica se inscribe la apología de la imagen, siempre retocada, falseada; ahí están las redes sociales que permiten la tergiversación de lo que se ve llevado a un grado máximo con filtros y triquiñuelas varias: un obeso puede parecer delgado, una anciana puede parecer una quinceañera, etcétera. Aparece ahí, por ejemplo, la queratopigmentación, el procedimiento quirúrgico para el cambio de color de ojos, o toda la parafernalia cosmética que transforma cuerpos para mostrarnos perfectos, implantes de silicona, bótox y ácido hialurónico mediante. ¿No se puede creer ya en nada? ¿Habitamos en una nube digital donde los poderes dominantes nos viven confundiendo, el feo parece hermoso y las asimetrías socioeconómicas se presentan como inexorables y naturales? “No hay alternativa”, vociferaba la Dama de Hierro. Ahí están los *netcenters*, creadores de opinión pública a partir de viles mentiras (recuérdese la cita de Brzezinsky). Las redes sociales, de las que cada vez pareciera que se puede prescindir menos, pues cada vez más se vive conectado, han pasado a ser la nueva biblia social... montando mentira tras mentira, banalidad tras banalidad. Todo está en la red, y san Google, ahora también san ChatGPT, pasaron a ser la nueva deidad. No debe olvidarse, no obs-

tante, que buena parte de la humanidad no tiene de momento acceso a estas tecnologías (muchos, incluso, ni siquiera acceden a energía eléctrica). ¿Poblaciones sobrantes, entonces? Gente que no consume productos elaborados tecnológicamente, pero que roba oxígeno y agua dulce. ¿Hay que eliminarles según la lógica del capital? La aparición del VIH en África fue denunciada por la ecologista keniana Wangari Muta Maathai, premio nobel de la paz 2001, como un arma bacteriológica desarrollada por las potencias occidentales para despoblar el continente africano y quedarse con sus recursos naturales. Aunque suene difícil de creer, los manejos que hace el gran capital para seguir manteniendo su tasa de ganancia autorizan a concebir barbaridades de ese tenor.

Como otros elementos novedosos que marcan el capitalismo hipertecnológico actual, que prescinde de la gente y de las verdades, ahí están las y los *influencers* vendiendo ilusiones, así como el aumento exponencial de las llamadas drogas ilegales (el alcohol sigue siendo legal), con una narcoeconomía que ya se ubica como uno de los principales negocios del mundo, abriendo nuevas relaciones políticas y sociales, actuando sobre las juventudes adormeciéndolas, separándolas de cualquier planteamiento crítico y permitiendo la militarización de los países descertificados por Washington en su lucha contra el narcotráfico, por ser ellos la manzana podrida que hay que atacar. Dicho sea de paso, quemar sembradíos en el tercer mundo no reduce el problema del consumo, pero permite al norte vender muchas armas, e instalar, por ejemplo, siete bases militares en Colombia, o militarizar Ecuador, para desarrollar una guerra contra un flagelo que no se detiene, cuando la verdadera piedra angular del asunto pasa por trabajar la demanda. El mundo de las drogas ilegales es un problema nuevo que complejiza el panorama para la revolución socialista. Buena parte de la juventud actual las tiene ya como una mercadería más a consumir. ¿Sutil mecanismo de control social?

E, igualmente, surgen otros nuevos paisajes sociales, que tornan más enrevesada, de un modo mayúsculo, la realidad sociopolítica: migraciones masivas (más de tres mil personas diarias que se mueven desde el sur global hacia las supuestas islas de esplendor: Estados Unidos y Europa Occidental), creando dinámicas deformadas, difíciles de abordar —¿dónde quedó el internacionalismo proletario?—, con una actitud de rechazo de parte de los trabajadores del norte hacia los invasores de los países pobres (los “países de mierda”, según Donald Trump). Se ha denunciado que en el Río Grande o Río Bravo, que forma frontera entre México y Estados Unidos, la guardia fronteriza de este último país echó cocodrilos al agua para atemorizar y evitar así el paso de migrantes. Parece que la caridad cristiana, aquello de poner la otra mejilla si nos pegaron en la primera, queda solo para el *show* religioso.

Algo también nuevo en estas dinámicas es la creciente inseguridad ciudadana por la delincuencia cotidiana, esto es más característico del sur, lo que lleva al endurecimiento policial, el gatillo fácil y el pedido de mano dura, constantes que complejizan aún más el panorama. La lucha de clases queda opacada, o al menos eso quiere hacernos creer la corporación mediática capitalista, por el problema del narcotráfico o por las migraciones o por la delincuencia callejera desatada. ¿No hay posibilidades de revolución entonces? Eso pareciera ser el mensaje, transformando en nuevos monstruos a vencer lo arriba mencionado, o incluso la corrupción, todo lo cual sirve para olvidar la verdadera cara del capitalismo, haciendo pasar por los principales problemas del mundo asuntos que son derivados de la propia estructura del sistema.

El mundo contemporáneo, marcado a sangre y fuego por una cultura capitalista, consumista, casi hedonista, pretende ya no hablar de lucha contra las injusticias sino de lucha contra la pobreza. Y ahí están a la orden la cooperación internacional y ese cáncer reciente que son las organizaciones no gubernamentales [ONG], que sirven

para dividir esfuerzos en el campo popular, propiciando agendas tan hiperespecializadas que no permiten luchas integradas: por un lado la lucha contra el patriarcado, por otro la reivindicación de la diversidad sexual, más allá las reivindicaciones étnicas, más acá la preocupación por la degradación ambiental, todas luchas decididamente importantes, pero que, así fragmentadas, contribuyen a la parálisis —divide y reinarás—, faltando el elemento aglutinador de la lucha de clases. La lucha no puede ser contra la pobreza, sino contra las causas que la crean, ¡lucha contra las injusticias estructurales!

Esos mecanismos, que en buena medida funcionan como distractores pensados desde la lógica de dominación de la clase dominante, se encargan de aguar las luchas, enfriarlas, desviarlas. Para muchas de las reivindicaciones arriba mencionadas, por supuesto, muy necesarias todas, se depende de fondos donados por las potencias capitalistas o por fundaciones que funcionan como mecenas. Por supuesto, es radicalmente imposible cambiar algo de raíz si el esfuerzo comprometido en ello está financiado por fundaciones como la Ford, Rockefeller, Melinda y Bill Gates o Soros, que son la representación por antonomasia del sistema, instancias para evadir impuestos y dar una cara de solidaridad y altruista preocupación social, realmente inexistente.

La derecha, hoy día triunfante, hasta se permite tomar prestada de la izquierda cierta impostura, cierto discurso pretendidamente con preocupación social. El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, expresiones máximas de la banca capitalista privada de Occidente, se golpean el pecho hablando de la pobreza en el mundo, ofreciendo datos elocuentes de la situación de asimetría. Su lucha, de todos modos, es contra la pobreza, pero no contra las causas que la originan. En ese discurso engañoso, un funcionario del sistema como Christopher Ailmanel, director de inversiones de la empresa Calstrs, la mayor compañía de capital de riesgo en el mundo (trescientos mil millones de dólares en inversiones), pudo decir que: “Los

ejecutivos de capital privado necesitan compartir la riqueza que crean con los trabajadores de las empresas que compran. [...] El capital privado no ha compartido suficientes ingresos. Hay que repartir la riqueza con los trabajadores”, según lo cita Noelia Tabanera (2024).

¿El mundo al revés o la derecha que sabe acoplarse a los tiempos anticipándose a la izquierda (obviamente no para impulsar la revolución, sino todo lo contrario, ¡para impedirlo!)?

Como otro ingrediente de esos bien montados distractores que pueblan nuestra vida actual —sin negar en lo más mínimo la pertinencia de esas luchas, pero cuestionando la forma en que se impulsan—, aparece el actual combate contra la corrupción. Estrategia muy bien montada que sirve para movilizar ciudadanos, que no es lo mismo que movilización popular de obreros y campesinos. Con un sutil trabajo mediático, la corrupción ha venido entronizándose como el enemigo a vencer, y nadie, ni explotadores ni explotados, puede estar a favor de ella. En tal sentido, tocando fibras morales de la población, se pone este problema —que sin dudas lo es— como el núcleo de las penurias del mundo, con lo que se escamotea la verdadera causa: la injusticia estructural.

En este capitalismo que sabe ir buscando los antídotos para alejar la revolución social, han aparecido estas últimas décadas, magistralmente implementadas, las religiones fundamentalistas: las sectas neoevangélicas en Latinoamérica y las escuelas coránicas en Medio Oriente. Con ello, manipulado por las agencias de seguridad de Estados Unidos, se descentra el problema terrenal llevándolo a cuestiones teológicas, supraterrrenales, dejando para el más allá la superación de los problemas que nos aquejan aquí y ahora.

No hay dudas que el sistema sabe muy bien lo que hace. Su preocupación máxima, en lo que pone todo su empeño, es lograr que nada cambie. Puede permitirse cambios cosméticos, superficiales; gatopardismo en definitiva: cambiar algo prescindible para que no

cambie nada en las raíces. En ese sentido, con varios siglos de acumulación —de riquezas y de sabiduría— sabe cómo seguir saliendo airoso y resistir revoluciones y todo tipo de intento de transformación. Si nosotros, campo popular e izquierdas varias, no sabemos bien qué hacer en este momento, no es porque seamos simplemente tontos. “Nuestra ignorancia está planificada por una gran sabiduría”, dijo muy acertadamente Raúl Scalabrini Ortiz. Los manejos ideológico-culturales están hechos a la alta escuela. ¿Qué otra cosa son, si no, las llamadas neurociencias? ¿Cómo es posible que la gente, las grandes masas populares, siempre sojuzgadas por el sistema, no piensen en cambiar el estado de cosas sino en divertirse viendo alguna simpleza en televisión (“La televisión es muy instructiva, porque cada vez que la prenden me voy al cuarto contiguo a leer un libro”, dijo sarcástico Groucho Marx), o en las redes sociales? La guerra ideológico-cultural no da tregua: maneja muy bien las mentes y los corazones. “El mal gusto está de moda”, pudo decir agudo Pablo Milanés. Un miembro de la contra nicaragüense, preguntado sobre por qué se integró a esa fuerza, respondió: “Porque vienen los piricuacos [sandinistas] y te ponen una inyección que te vuelve ateo y comunista”. La guerra ideológica da esto como resultado. Decididamente, saben hacerla.

Pero, además, cuando se trata de reprimir la protesta con violencia, el sistema también lo sabe hacer, cada vez con mayor eficiencia. Las armas antimanifestaciones con las que hoy cuentan las fuerzas represivas verdaderamente nos sorprenden, asustan. Y logran paralizarnos, sin dudas.

La clase trabajadora mundial, ante el panorama que abrieron los planteamientos neoliberales de las décadas de los 70 y 80 del siglo XX en adelante, queda cada vez más atada de pies y manos, desorganizada, sin referentes creíbles para la lucha emancipadora. Tener un puesto de trabajo es hoy ya un lujo, que debe ser cuidado como el mejor tesoro. Si el fantasma del comunismo recorría Europa a me-

diados del siglo XIX, el fantasma de la desocupación es el monstruo que asola a trabajadoras y trabajadores hoy.

El brasileño Henrique Canary (2024) describe el panorama actual muy acertadamente:

La clase trabajadora “clásica” (fabril) se descompone, se desestructura, se vuelca en las apps, las bicicletas Glovo y los coches Uber. La economía— y con ella la clase trabajadora— se plataformiza. El movimiento sindical está en crisis y tiene enormes dificultades para organizar a la gente. Las desafiliaciones son masivas. Los sindicatos se vuelven ajenos a la clase trabajadora y a su vida cotidiana. Pocos responden a sus convocatorias. La propaganda neoliberal enfrenta a unos trabajadores con otros. Los huelguistas son “vagos”, sobre todo los empleados públicos, que son “privilegiados” y no quieren trabajar”

En este capitalismo crecientemente salvaje, explotador, que busca optimizar a un grado sumo su ganancia llevándose por delante población humana y naturaleza, sintiéndose triunfador en este inicio de siglo XXI luego de la reversión de las primeras experiencias socialistas, las luchas revolucionarias actuales no encuentran exactamente su camino. Una vez más la pregunta entonces: ¿cuál es el sujeto de la revolución hoy: la clase obrera industrial urbana? Esa parece ser una especie en extinción, dada la creciente automatización y robotización. Con la deslocalización —eufemismo perverso por decir traslado del proceso productivo fuera de las metrópolis a países llamados periféricos, donde se ensamblan piezas siempre en una situación de dependencia de los centros imperiales, y donde a la clase trabajadora se la super hiper explota, sin mayores beneficios ni posibilidades de sindicalizarse, en general sin pagar impuestos y sin ningún control para el cuidado medioambiental— el proletariado industrial de las potencias capitalistas se adelgaza. ¿Es el sujeto revolucionario el

gran campesinado de los países agrarios empobrecidos? O, tomando lo expuesto más arriba con el concepto de pobretariado ¿es esa masa de subocupados que va encontrando, como puede, estrategias de sobrevivencia —la uberización de los trabajadores, como se ha dicho— la llamada a constituirse en el fermento anticapitalista? La pregunta está abierta, y es una imperiosa necesidad reformular con precisión eso en el momento actual, dado que pareciera ir triunfando en el mundo la egocéntrica máxima de sálvese quien pueda. La oenegización actual, aunque se presente con una máscara de progresismo, abona esa tendencia (en muchas de ellas, o la mayoría, se incumplen los derechos laborales históricos, apelando a la paparruchada de trabajar con mística, similar a la milla extra que hoy exigen las patronales en la peor versión del capitalismo depredador).

Ante este panorama, bastante desolador, por cierto, con riguroso espíritu autocrítico y constructivo, vale preguntarse entonces: ¿cómo caminamos hacia el socialismo? La lucha armada, valga decirlo, vemos que no prospera hoy. Si dio resultado varias décadas atrás en países agrarios donde una guerrilla rural podía moverse con facilidad acumulando fuerzas en el movimiento campesino (Cuba, Vietnam, Nicaragua), en la actualidad está descartada. Por otro lado, las guerrillas urbanas (habidas en varios países europeos y sudamericanos) fueron totalmente barridas, y nadie querría repetir ese fracaso, que dejó un tan mal sabor de boca. El poderío militar del sistema creció de tal manera que en estos momentos es imposible plantearse una lucha en relativa igualdad de condiciones en el plano bélico. Desde satélites geoestacionarios volando en órbita baja y con inteligencia artificial los poderes dominantes detectan y neutralizan el más mínimo movimiento sospechoso. El camino sigue siendo la organización popular. Pero ¿cómo? Los planteos socialdemócratas han quedado siendo una opción partidista más dentro del marco de las democracias burguesas, donde es radicalmente imposible cambiar las relaciones de fuerza con la emisión de un sufragio. Los par-

tidos de la socialdemocracia —capitalismo con rostro humano— ya no son hoy, en absoluto, una opción para la revolución. Nunca lo fueron en realidad, pero a principios del siglo XX se presentaban como una importante fuerza popular, al menos en Europa, pudiendo obtener / arrancar algunas mejoras a los capitales. La historia ha enseñado, lamentablemente, que no pasan de constituirse, en el mejor de los casos, en reformistas tibios del sistema, sin atacar sus cimientos. La participación en la arena de la política profesional burguesa, la llamada democracia representativa, no puede ir más allá de ser un engaño bien pergeñado —difundido hoy de manera global con la mayor fuerza por la clase dominante—. Esa política “Es el arte de impedir que la gente se entrometa en lo que realmente le atañe”, tal como mordazmente dijo Paul Valéry. Deberíamos agregar: “haciéndole creer que sí decide algo”. La política en manos de una casta profesional de políticos termina siendo una perversa expresión de manipulación hecha por los grupos de poder a través de esos operadores, los políticos de profesión —los muñecos del ventrílocuo—, lo cual no tiene absolutamente nada que ver con la repetida idea de democracia como gobierno del pueblo. Aunque votemos cada cierto tiempo haciéndonos creer que así decidimos algo, las reales relaciones de poder van por otro lado, no se deciden ni remotamente en una urna. Que quede claro: esa práctica política de técnicos profesionales acostumbrados a la mentira, a la manipulación y a la pirotecnia verbal, que pasan buena parte de su vida ocupando cargos públicos, está absolutamente reñida con la verdad, con una actitud crítica, acuciosa o epistemológicamente seria. Son los espejitos de colores con que se maquilla el ejercicio de poder de la clase dominante; de ahí que los políticos, quienes dirigen las palancas de los Estados capitalistas, puedan proferir sin vergüenza las tonteras más grandes: “La guerra a veces está justificada para mantener la paz” (Barack Obama, Estados Unidos), o “Sí, robé; pero poquito. Lo que con esta mano me robaba, con la otra se lo daba a los pobres”

(Hilario Ramírez, México), “Las leyes son como las mujeres, están para violarlas” (José Manuel Castelao, España), “La democracia es el caldo de cultivo del comunismo” (Augusto Pinochet, Chile), “La oposición dice que me vaya a mi casa: ¿a cuál?, tengo veinte” (Silvio Berlusconi, Italia), “El indio ha cambiado, está evolucionando y convirtiéndose cada vez más en un ser humano como nosotros” (Jair Bolsonaro, Brasil), y otras preciosuras por el estilo.

Vivimos en un mundo complicado donde cuesta muchísimo ver por dónde buscarle las grietas al capitalismo. Obviamente las tiene; más aún: está montado sobre una colosal grieta, una falla tectónica horrorosamente terrible, porque mientras sobra comida, mucha gente padece hambre. La cuestión es cómo transformar esa injusticia —y todas las otras conexas que se anudan intrincadamente: racismo, patriarcado, imperialismo, homofobia, adultocentrismo, verticalismo autoritario—, porque los hambrientos —dado el fabuloso juego de complejos algoritmos con que la humanidad es manipulada— es más probable que salgan a la calle a festejar el triunfo por un partido de fútbol, o asistan a una iglesia neoevangélica —al menos en Latinoamérica— a que se movilicen en pos de una transformación revolucionaria. Ahí radica otro problema capital: si la gente sale a la calle o toma los caminos rurales protestando por las penurias en que vive —tal como pasa a menudo a lo largo y ancho del mundo—, no hay fuerza política de izquierda organizada hoy que esté en condiciones de transformar ese enorme potencial de cólera y frustración en una propuesta sólida de cambio. Recuérdese el caso del movimiento zapatista, por ejemplo. No se le permitió pasar de ser un gesto heroico, romántico si se quiere, pero sin posibilidades de crecer constituyéndose en un proceso sostenible a nivel nacional que pudiera construir una propuesta anticapitalista válida, sostenible, haciendo colapsar al Gobierno central. Si Cuba socialista es una isla, la región de Chiapas lo es infinitamente más; si no la aplastan las fuerzas militares mexicanas es porque la

apuesta es dejar a que muera sola esa iniciativa, como pareciera que ya está sucediendo.

Los proyectos anticapitalistas deben hacer colapsar al sistema, destruir el aparato de dominación de clase que es el Estado, mostrar un verdadero poder popular que no negocia migajas. Si no, indefectiblemente será fagocitado por el mismo sistema. Tomando un ejemplo aleccionador: el movimiento hippie de los años 60 del siglo pasado hacía un llamado definitivamente anticapitalista. Propiciaba una crítica al consumismo en el país capitalista más consumista de la Tierra llamando a un estilo de vida más frugal, sin tantas compras superfluas. Surge entonces la Operación CHAOS, mecanismo encubierto de la CIA para neutralizar al movimiento hippie y a toda protesta juvenil. Y la aparición masiva de drogas es un hecho. Se cambia un consumo por otro; el sistema, definitivamente, sabe lo que hace. Hasta The Beatles, icónica banda británica lanzada como punta de lanza por Londres para recuperar cierto terreno perdido en la arena mundial ganado por su excolonia, ahora gigante mundial, establecen un encomio de las sustancias psicoactivas con su canción *Lucy en el cielo con diamantes* (*Lucy in the Sky with Diamonds*), mensaje apologético del ácido lisérgico, LSD-25. La orientación es: “hay que consumir drogas. Eso sirve para desconectar”. Como dice Charles Bergquist —citado por Noam Chomsky (2004)— en su obra *Violence in Colombia 1990-2000*:

la política antidrogas de Estados Unidos contribuye de manera efectiva al control de un sustrato social étnicamente definido y económicamente desposeído dentro de la nación [población negra, y luego la juventud en su conjunto], a la par que sirve a sus intereses económicos y de seguridad en el exterior.

En esa sintonía agrega Isaac Enríquez Pérez (2021):

Es conveniente para las mismas estructuras de poder y riqueza que los jóvenes vivan presa de las adicciones y permanentemente drogados a que se despojen de su social-conformismo y muestren su inconformidad ciudadana por los cauces de la praxis política y la organización comunitaria.

En otros términos: o la propuesta anticapitalista va a los cimientos, o no prospera. La droga —que hoy pasó a ser sinónimo de moda “progresista” en las juventudes, algo *cool*— es otra estrategia más de control que implementa el capitalismo desarrollado.

Las juventudes —innegable fermento de rebeldía, de lucha y de acción crítica en todo momento histórico— han sido domesticadas, amansadas y despolitizadas en estas últimas décadas. “Los jóvenes que en el pasado lucharon por cambiar su país, ahora luchan por cambiar de país”, expresó con amargura Fabio Barbosa Dos Santos. Una vez más: el sistema sabe lo que hace, y tiene mucho, demasiado que perder.

Hoy el espejo donde la clase trabajadora mundial, el pobrerió generalizado que es mayoría, podía mirarse, ya no existe. La derecha le ha robado la iniciativa a la izquierda. El puro espontaneísmo no lleva muy lejos. Se puede incendiar un país, se puede apedrear hasta el cansancio la Casa de Gobierno, pero eso solo, esa reacción visceral de gente enardecida —por el hambre, por penurias varias, por todos los innumerables malestares que atraviesan la vida cotidiana— no alcanza para transformar la sociedad si no se cuenta con un proyecto vertebrado, orgánico, y una fuerza capaz de liderar esa energía.

Oleg Yasinsky afirma categóricamente:

La historia nos grita que para lograr cualquier cambio profundo y positivo no basta ni con las buenas intenciones, ni con creativas consignas, y ni siquiera con una gran vocación de sacrificio personal. Sin una organización ciudadana, real e independiente de

los poderes oligárquicos y corporativos, las más sinceras y genuinas luchas de la gente fácilmente se convertirán en un material para la manipulación mediática y política, que es cada vez más profesional y eficiente.

Está más que claro que por vía electoral es radicalmente imposible llegar a construir el socialismo. Sobran los ejemplos que demuestran que cualquier Gobierno progresista arribado al poder a través de esa vía, si intenta ir algo más allá de lo que los límites de esa democracia representativa le permiten, es sacado a las patadas, con golpes de Estado cruentos, sangrientos, con los tanques de guerra en la calle. O ahora, con esta nueva modalidad que el capitalismo global, capitaneado por Estados Unidos, ha diseñado: con los golpes de Estado suaves.

Últimamente la Casa Blanca, después de haber impulsado durante casi todo el siglo XX esas criminales dictaduras en Latinoamérica, África y Asia dócilmente favorables a su hegemonía planetaria (“Somoza es un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta”, dijo el presidente Roosevelt), ha ideado nuevas formas de lucha política, supuestamente no violentas, tendientes a revertir procesos que no son de su conveniencia. Se abandonaron aquellos procesos militares porque les resultaban muy caros a Washington, económica y políticamente:

“Invertimos en los ejércitos de Latinoamérica, y aunque sabemos que ese dinero en términos militares está tirado a la basura, esos ejércitos son nuestro mejor aliado político”, dijo John Kennedy siendo senador, en 1959. Hoy día, la estrategia ha variado. Se prefieren los golpes suaves, disfrazados de explosiones cívico-democráticas a los tanques en las calles.

El ideólogo que le dio forma a este nuevo tipo de intervenciones es Gene Sharp, escritor estadounidense visceralmente anticomunista, autor de los libros *La política de la acción no violenta* y *De la dictadura a la democracia*, quien fuera nominado en el 2015 al Premio

Nobel de la Paz. Paradojas del destino: inspirándose en los métodos de lucha no violenta de Mahatma Ghandi, este intelectual orgánico al *statu quo* estadounidense sentó las bases para que la CIA y otras agencias estatales norteamericanas (USAID, NED, algunas fundaciones de fachada) desarrollen sus intervenciones en distintas partes del mundo, siempre en función de la geoestrategia de dominación de Washington (¡en modo alguno alejada de la violencia!). Estas, según Sharp, deben seguir este patrón: generación de protestas, manifestaciones y piquetes, persuadiendo a la población (léase: manipulándola) sobre la ilegitimidad del poder constituido, buscando la formación de un movimiento antigubernamental no violento. Así, un cambio de gobierno se enmascararía como resultado de una protesta popular espontánea.

Eso se complementa, como parte de estos golpes de Estado “suaves”, con el trabajo disuasivo realizado por la corporación mediática comercial, siempre alineada con los grandes capitales y posiciones conservadoras pro sistema. Trabajar sobre la corrupción, denunciando y magnificando hasta el hartazgo hechos corruptos por parte de los funcionarios díscolos, consigue resultados: dado que es un tema sensible, o incluso sensiblero, las poblaciones responden siempre visceralmente cuando se azuza el tema. Eso se probó en Guatemala en el 2015, lográndose sacar de en medio al por entonces binomio presidencial de Otto Pérez Molina y Roxana Baldetti (Pérez Molina, general de ejército, importante pieza en la lucha contraguerrillera del país en la década de 1980, era cuadro de la CIA, pero el poder no dudó en desecharlo cuando ya no le servía), implementándose luego en Brasil (mandando a la cárcel a Lula y a Dilma Rousseff por presuntos hechos de corrupción), en Argentina (magnificando exponencialmente malos manejos del kirchnerismo propiciando así el triunfo del neoliberal Mauricio Macri), al igual que en Ecuador, donde se montó una fenomenal campaña contra el presidente Rafael Co-

rea, cuyo progresismo fue posteriormente aplastado por el retorno de políticas ultraliberales.

En esa lógica de golpes blandos, supuestamente amparados en una defensa de la democracia (democracia de mercado, por supuesto, donde interesa solo el mercado y no la democracia), también se puede apelar a perversos mecanismos como el decretar un gobierno paralelo a la administración vigente. Eso es lo que, por ejemplo, se hizo en Venezuela, desconociendo al legítimo presidente Nicolás Maduro, reconociendo en su lugar a ese engendro impresentable de un presidente alterno como Juan Guaidó (luego también desechado). O lo que se intentó en Rusia, propiciando la candidatura de un agente de la CIA como Alexei Navalny, disfrazado de oposición democrática al legítimo mandatorio del Kremlin.

Esas estrategias, que dieron lugar a las llamadas revoluciones de colores en las exrepúblicas soviéticas y también en otros países, se intentan repetir en cualquier nación que resulta un estorbo para el proyecto geohegemónico de Estados Unidos. Esas revoluciones de colores (Revolución de las Rosas en Georgia, Revolución Naranja en Ucrania, Revolución de los Tulipanes en Kirguistán, Revolución Blanca en Bielorrusia, Revolución Verde en Irán, Revolución Twitter en Moldavia, Revolución Azafrán en Birmania, Revolución del Cedro en Líbano, Revolución de los Jazmines en Túnez, así como los movimientos de estudiantes democráticos antichavistas en la República Bolivariana de Venezuela, o las Damas de Blanco en Cuba) están impulsadas por fuerzas aparentemente espontáneas, que tienen siempre como objeto principal oponerse a un Gobierno o proyecto contrario a los intereses de la clase dominante de Estados Unidos. Su discurso —guion ya muy estudiado y manoseado por la Casa Blanca hasta el hartazgo— se basa en repetir altisonantes palabras como democracia y libertad. Pero sabemos que esas palabras se tornan vacías: Ronald Reagan en su momento —cuando la lucha antisoviética en Afganistán— recibió a los talibanes en la casa presidencial tra-

tándolos de “luchadores por la libertad”, así como a la Contra nicaragüense que accionaba contra la Revolución Sandinista.

Del mismo modo, dentro de este nuevo esquema de apoyo a las ¿democracias?, se ha pergeñado el mecanismo de guerra jurídica (*lawfare*). De esta manera —y aquí aparece nuevamente la sacrosanta cruzada contra la corrupción— se impulsan dinámicas que funcionan como distractores, que sirven para ocultar el verdadero motor de la historia. La corrupción es una conducta humana posible de ser encontrada en cualquier contexto; es una forma de transgresión, la cual hace parte de nuestra humana condición, de nuestra normalidad. La corrupción es como las cucarachas: en tanto haya seres humanos, las habrá, porque viven de nuestros desperdicios; y el ser humano siempre, al vivir, genera basura. Es inevitable. Dicho de otra manera: la transgresión es el precio de humanizarnos, de vivir en el medio de códigos que nos construyen: los respetamos, pero siempre existe la tentación de violarlos. Y, de hecho, en mayor o menor medida, lo hacemos. Aunque se terminaran las prácticas corruptas por parte de los gobernantes, la situación socioeconómica de base no varía. Dar la lucha dentro de los marcos de esa democracia, en definitiva, no puede ser nunca un camino revolucionario. Quizá, a un nivel micro —alcaldías municipales, por ejemplo— puede ser importante presentar batalla, como una forma de acumular fuerzas en lo local, lo que serviría para la organización política comunitaria para un posterior proyecto anticapitalista más general. Pero no más que eso. La democracia burguesa no puede pasar de ser una mentira bien empaquetada.

Para demostrarlo, véase este patético recuerdo: durante su campaña proselitista en 1983 el entonces candidato, luego presidente argentino, Raúl Alfonsín, anunciaba pletórico: “Con la democracia se come, se cura y se educa”. Años después, constatando el desastre económico que cundía en su país a partir de los planes neoliberales que se habían introducido —con gente saqueando zoológicos para

comer un poco de carne en el otrora “país de las vacas”—, aún con esa democracia que lo llevó a la Casa de Gobierno, en 1992 rectificó aquella frase, para agregar: “Creo que con la democracia se come, se cura y se educa, pero no se hacen milagros”. Por supuesto que no se hacen milagros. Las penurias de las poblaciones —que llevaron a robarse una jirafa o una cebra para comer, dado el precio prohibitivo de la carne vacuna— no se arreglan con un sufragio. La hipocresía del discurso de la derecha es proverbial.

Sergio Rodríguez Gelfensein expresa con total acierto:

Las elecciones abiertas y competitivas son consideradas la forma institucional de la democracia; sin embargo, lo que ocurre en realidad es el control de la misma por el capital, de manera que quienes disponen de mayor cantidad de recursos tendrán más opciones de hacerse con el poder, con lo cual en realidad este tipo de sistema debería llamarse “democracia del dinero”. [...] La realidad del mundo muestra con extrema crudeza esta aseveración: hambre, miseria, represión, desigualdad y guerra son expresiones claras de lo que la democracia electoral ofrece. (2019, p 35).

Como dicen Marx y Engels, el Estado y las formas jurídicas de esta democracia burguesa no constituyen más que “el consejo de administración de la clase propietaria”.

Como el capitalismo llamado “occidental” se impuso en el mundo en estos dos últimos siglos, obligando a la prácticamente totalidad de la humanidad a mirar ese modelo como el único viable y exitoso, la democracia formal pasó a ser, supuestamente, el comodín, el instrumento clave para llegar a la prosperidad. Quienes no siguen ese modelo son —para este discurso de derecha— atrasados, bestiales, autoritarios. Las experiencias socialistas, por supuesto, reciben todos esos epítetos, y otros más, menos suaves. Lo curioso es que solo en esas iniciativas popu-

lares se pudo acercar a procesos genuinamente democráticos, de base, donde la población realmente tomó decisiones (los consejos obrero-campesinos, la democracia de base, las asambleas populares y cabildos abiertos). El capitalismo no puede pasar de ese montaje que es llamado, en forma altisonante, el gobierno del pueblo... ¡pero solo a través de sus representantes! Si el pueblo se dice que es el soberano, eso no pasa de humor negro, mordaz y perverso. ¿Cuándo la gente decide algo importante para sus vidas? Con el capitalismo: ¡jamás!

En el vocabulario político actual democracia es, sin lugar a dudas, la palabra más utilizada. En su nombre puede hacerse cualquier cosa (invadir un país, por ejemplo, o torturar, o mentir descaradamente, o llegar a dar un golpe de Estado); es un término elástico, engañoso en cierta forma. Pero lo que menos sucede, lo que más remotamente alejado de la realidad se da como experiencia constatable, es precisamente un ejercicio democrático, es decir: un genuino y verdadero “gobierno del pueblo”. Esto de la democracia es algo muy complejo, complicado, enrevesado. Es, en otros términos, sinónimo de la reflexión sobre el poder y el ejercicio de la política. Para ser cautos no podríamos, en términos rigurosos, ponderarla como lo bueno sin más, contrapuesta —maniqueamente— a lo malo. Siendo prudentes en esta afirmación puede citarse a un erudito en estos estudios, el italiano Norberto Bobbio, que con objetividad dirá que

[...] el problema de la democracia, de sus características y de su prestigio (o de la falta de prestigio) es, como se ve, tan antiguo como la propia reflexión sobre las cosas de la política, y ha sido repropuesto y reformulado en todas las épocas. (2007, p. 99)

Es obvio que, si democracia se opone a autoritarismo, la vida en regímenes dictatoriales torna la cotidianeidad mucho más dura. En ese

sentido, sin lugar a dudas vivir bajo una dictadura donde no existen garantías constitucionales mínimas, donde cualquiera puede ser secuestrado por las fuerzas de seguridad del Estado, torturado, asesinado con la más completa impunidad, es un atropello flagrante, un calvario. Las penurias económicas son terribles; pero por supuesto una dictadura antidemocrática es peor: morir de hambre, aunque sea escandaloso, no es lo mismo que morir en una cárcel clandestina de una dictadura.

Sin embargo, en ese sentido no está de más recordar una muy pormenorizada investigación desarrollada por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD] en el 2004 en países de Latinoamérica donde se destacaba que el 54,7 % de la población estudiada apoyaría de buen grado un gobierno dictatorial si eso le resolviera los problemas de índole económica. Aunque eso conllevó la consternación de más de algún politólogo, incluido el por ese entonces secretario general de Naciones Unidas, el ghanés Kofi Annan (“La solución para sus problemas no radica en una vuelta al autoritarismo sino en una sólida y profundamente enraizada democracia”), ello debe abrir un debate genuino sobre el porqué la gente lo expresa así. Democracia formal sin soluciones económicas no sirve; la inversa, si faltan las libertades civiles mínimas, tampoco es el camino. Años después, en el 2022, la encuestadora CID-Gallup realizó una investigación similar en doce países de la región, encontrando resultados análogos: la media de conformidad con la democracia como solución a los problemas cotidianos no supera el 50 %. Debe entenderse en ese contexto que ahí democracia es sinónimo de acto electoral, y no más que eso. Por eso a las poblaciones, ese ritual repetido cada tanto tiempo no le soluciona sus problemas más acuciantes; de ahí estos resultados.

Por otro lado —y esto es toral—, las democracias de mercado, más allá de pregonarlo, no fomentan ninguna libertad genuina. La observación de la sistemática violación de derechos humanos en

cualquier potencia capitalista que se autoproclama democrática lo evidencia de modo palmario: baste ver cómo se trata allí a los inmigrantes irregulares, a sus colonias (¿colonias en el siglo XXI?), manteniendo parasitarias casas reales en algunos casos, mintiendo descaradamente sobre la ideología, torturando también cuando tienen que torturar. Pero peor aún es la sensación —engañosa— de libertad que se transmite, mientras dirigen la conducta de las grandes masas, tanto para hacerla consumir productos industriales como para hacerla pensar en un modo determinado (recuérdese una vez más la cita de Brzezinsky). A decir verdad, la tan preconizada libertad no pasa de ser una gigantesca estatua a la entrada del puerto de Nueva York obsequiada por el Gobierno francés, y no más que eso. Si algo enseñan las actuales ciencias sociales, en cuenta el materialismo histórico —así como también la sociología, el psicoanálisis, la semiótica, la economía política, la antropología— es la situación de enajenación elemental y fundante del sujeto: no decidimos consciente, voluntaria y racionalmente nuestra vida, sino que ella depende de un cúmulo de factores que se nos escapan, que nos deciden en lo que somos —macros en cuanto a mi posición social-ideológico-económica, y subjetivos-familiares en cuanto a mi estructura de personalidad, a mi carácter—.

La tan cacareada libertad que entroniza el capitalismo —herencia directa del individualismo posesivo dieciochesco— no es más que la contracara de la filosofía del “yo como propietario”, “yo autor de mi propio destino”.

Macpherson afirma:

Según la concepción del individualismo posesivo, el individuo no accedería a su libertad más que en la medida en que se comprende a sí mismo como propietario de su persona y de sus propias capacidades, antes que como un todo moral o como una parte del todo social. Esta visión, estrechamente vinculada al desarro-

llo de las relaciones de mercado, queda expuesta en las grandes teorías sistemáticas de la obligación política (Hobbes y Locke). (2005, p. 87)

En ese caldo de cultivo intelectual que marca el surgimiento de la modernidad capitalista (eurocéntrica, luego globalizada), es capital la idea de “yo” como dueño de la situación, un yo absolutamente libre, dueño de su propia vida, de su destino. La ilusión es que ese yo —“todo depende de usted, de su propio esfuerzo”, dirá la ideología concomitante— sería absolutamente libre y decide lo que será su vida. De esa cuenta, la libertad pasa a ser un bien supremo. Pero como dijimos, la misma es exactamente eso: ilusión. “Nadie es dueño en su propia casa”, sentenciará Freud, derrumbando estrepitosamente ese espejismo. Se esfuma así la quimera de un libre albedrío. En síntesis: eso es lo que vinieron a demostrar las actuales ciencias sociales con su carácter crítico: la enajenación del sujeto. Ahí se encuentran y entrecruzan, justo en ese punto, el materialismo histórico, el psicoanálisis y la semiótica.

Algo que parece cómico, o mejor dicho absurdo, es que desde muchas potencias capitalistas europeas, que formalmente son monarquías, donde parásitas familias reales que consumen millonadas pagadas por sus súbditos se llenan la boca hablando de democracia, división de poderes y alternancia en el gobierno —los dictadores comunistas se eternizan en el poder, según esta sesgada visión— algunos de estas/os monarcas, nunca elegidas por sufragio universal (¿por voluntad divina será entonces?), pasan décadas en sus tronos: cincuenta y dos años la reina Margarita II de Dinamarca, setenta años la reina Isabel II del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte. Es algo similar al papa en el Vaticano: la demostración más palmaria de falta de democracia (¿será porque lo elige Jehová a su representante terrestre, y el Sumo Hacedor no se equivoca?). Nunca queda claro por qué hay mandatarios buenos y democráti-

cos —aunque estén décadas en el poder, como Netanyahu en Israel: catorce años; Yoweri Museveni, en Uganda: treinta y siete años; Omar Bongo en Gabón: cuarenta y dos años; la dinastía Somoza en Nicaragua: cuarenta y cinco años—, siempre con el aval del Occidente capitalista, porque no atentan contra sus intereses, mientras existen mandatarios malos: Vladimir Putin en Rusia, por ejemplo, hombre fuerte de la política del Kremlin durante más de veinte años, o líderes autocráticos, como son —según esta ideología conservadora— todos los dirigentes de las revoluciones socialistas: Stalin, Mao Tse Tung, Castro, ahora el presidente chino Xi Jinping, el “dictador” norcoreano Kim Jong-un. Sin dudas la idea de democracia que imponen las potencias capitalistas es definitivamente insostenible. Como dijera el escritor argentino Jorge Luis Borges, para nada sospechoso de comunista, en una lúcida interpretación del campo político: “la democracia es una superstición basada en la estadística”. Sin dudas: superstición, presunta magia que todo lo arreglaría. Para el discurso oficial del capitalismo occidental —ya planetariamente triunfante— la democracia es la panacea que trae prosperidad y desarrollo. No hay que olvidar, sin embargo, que en todos, absolutamente todos los países que presentan esta configuración política, en general vota alrededor de la mitad del padrón electoral, no más. Dicho de otro modo: suele ganar la abstención. En otros términos: a la gente parece que no le preocupa tanto esto del voto, sino el poder comer todos los días. Recuérdese al respecto las dos investigaciones sobre democracia (entendida como elecciones periódicas realizadas en Latinoamérica antes citadas). Si se quisiera extender el concepto de democracia a libertad de expresión, la cosa tampoco es muy promisoría ahí. Se puede decir todo lo que uno quiera, pero siempre hasta cierto punto. La libertad siempre tiene algo de engañoso.

Con esa sensación de poder que otorga el capitalismo desarrollado a las pocas potencias que, con arrogancia, se arrojan el derecho de decidir los destinos de la humanidad, desde los centros imperia-

les se establece —con la mayor de las hipocresías— cuáles son las democracias buenas y cuáles las cuestionables. Hugo Chávez, por ejemplo, ganó limpiamente todas las elecciones a las que se presentó; el pueblo venezolano mayoritariamente lo eligió una y otra vez. Pero como resultó un nacionalista demasiado antimperialista, su democracia, según el amañado discurso de la derecha global, no era tan democrática. O lo mismo pasó con el presidente Nayib Bukele en El Salvador, que ganó las elecciones con un porcentaje de votos nunca visto en ningún país. Como es un gobernante díscolo para la visión de la Casa Blanca, su democracia es autoritaria. La hipocresía no tiene límites: la democracia, el gobierno del pueblo, solo es posible dentro de los cánones de lo que el capitalismo occidental desea. Si algo se transforma en democracia real: poder popular, con todas las experiencias que sí, de verdad existen (soviets en un primer momento de la revolución bolchevique, asambleas comunitarias en muchos puntos de Latinoamérica o del África, ejemplos del movimiento zapatista en México, etcétera), eso no es la auténtica democracia que exigen los amos del mundo.

Es como con los misiles nucleares: los de Estados Unidos o los de las potencias capitalistas son buenos; los de Corea del Norte, o los que está desarrollando Irán, son atentados a la libertad. El capitalismo, además de explotador y chupasangre en lo económico-social, es sádico en su faceta ideológico-cultural, es mentiroso, arrogante, psicópata.

Para muestra —una más de tantas—: lo que ha pergeñado con el tema de la corrupción, por ejemplo. Según su prefabricado discurso, en Latinoamérica el tráfico de influencias —siempre ligado a la corrupción gubernamental— contribuiría a mantener las impresionantes diferencias económico-sociales, la pobreza generalizada (eso no es cierto: la pobreza depende de los factores estructurales). En Estados Unidos, por el contrario, existen empresas de *lobby* (cabildeo) totalmente legales (son lo mismo: una suerte de conspiración

a espaldas de la población). En todo caso, el tráfico de influencias, el cabildeo, los grupos de presión que logran establecer las leyes buscadas por las empresas, son tan corruptas como el funcionario venal que recibe un soborno para otorgar un contrato. ¿Por qué en la salvaje Latinoamérica eso sería corrupto, y en Estados Unidos algo legal, moviendo enormes millonadas cada año? Otro tanto puede decirse de los llamados paraísos fiscales. Para la visión imperial, Estados llamados fallidos se nutren de fondos de dudosa proveniencia que prácticamente no pagan impuestos y donde rige el más absoluto secreto bancario; estos deplorables sitios donde se lavan activos se encuentran generalmente en islas, lugares que no caen bajo el foco de la prensa, muchas veces maquilladas como paraísos turísticos de alta gama: Barbados, Islas Caimán, Islas Salomón, Trinidad y Tobago, Fiji, Guam, etcétera. Lo curioso es que los mayores paraísos donde no hay mayores regulaciones tributarias y donde todo dinero, no importando su procedencia, es bienvenido, se encuentran en el mismo Estados Unidos: Alaska, Florida, Nevada, New Hampshire, Dakota del Sur, Tennessee, Texas, Washington y Wyoming.

Otro ejemplo más de esta psicopática hipocresía: la reunificación de las dos Alemanias luego de la caída del Muro de Berlín fue un acto de libertad. La reunificación de las dos Chinas que pide Pekín —la República Popular, continental, y su provincia rebelde, la isla de Taiwán— es una muestra de autoritarismo guerrerista, una invasión injustificable.

Es más que evidente que esto de democracia, libertad, derechos humanos e inventos por el estilo (se habló de bombardeos humanitarios de la OTAN en la antigua Yugoslavia para salvar la paz, y a Kissinger, el principal factótum del imperialismo guerrerista norteamericano en el siglo XX se le otorgó el Premio Nobel de la Paz), no puede pasar de un horrible chiste de humor negro, del peor y más ácido humor.

Lo que queda diametralmente claro es que por la vía de elecciones en el marco de las democracias burguesas no es posible construir alternativas socialistas reales, en absoluto. La socialdemocracia —con políticos profesionales de saco y corbata— no es una opción revolucionaria. No puede serlo nunca. Al socialismo se podrá llegar solo destruyendo el aparato de dominación de la actual clase dominante: la burguesía. Ahí no cuenta el saco y corbata, aunque se la use (alguna vez preguntaron a Lenin por qué siempre vestía tan elegantemente, traje y rigurosa corbata, con camisas de seda, a lo que respondió: “Luchó para que todo el mundo pueda vestirse así, si lo desea”). Pero debe tenerse mucho cuidado de caer en la trampa de identificar socialismo con violencia. La violencia es lo que hace andar la historia, aunque dicho así puede repeler. ¿Cómo lograr cambios reales en la dinámica política, en el ejercicio de los poderes? En mesas de negociaciones está visto que no, porque siempre se negocia en desigualdad de condiciones: la clase dominante se impone, económicamente o por la fuerza. La revolución, como cambio radical que pone patas arriba la sociedad, es imperativa; si no, seguiremos con planteos capitalistas, aunque disfrazados de progresismos. Los que, lamentablemente, pueden servir a la derecha para mostrar que esos “regímenes populistas” no logran nada. Lo cual es cierto —recuérdese lo dicho por Rosa Luxemburgo con su metáfora de la locomotora—. Estos mandatarios progresistas han dicho cosas que, desde una lectura marxista, deberían hacer reír... o llorar. Pero la derecha no deja de verlos como peligrosos, solo con el hecho de tener un discurso popular. “En mi país no hay lucha de clases” o “Vamos a desarrollar un capitalismo serio”, expresaron algunos de los más representativos exponentes del progresismo latinoamericano de inicios del siglo XXI. Sin dudas, esas posiciones tibias no favorecen la organización popular para la revolución.

Llegar al socialismo significa comenzar a edificar una nueva sociedad con nuevas relaciones de propiedad y una nueva cultura. Es

decir: medios de producción en manos de la clase trabajadora quien, por medio de un real poder popular, se hace cargo de la conducción de la sociedad (“dictadura del proletariado”, llamó Marx, inspirándose en la Comuna de París de 1871). Todo ello con miras a enfilarse hacia una sociedad sin clases, el comunismo.

El mundo ha cambiado mucho a partir de las políticas neoliberales; el campo popular ha sido domesticado, y la izquierda —o buena parte de ella, las guerrillas desmovilizadas, por ejemplo— que antes atacaba a la democracia representativa, ahora la busca, o incluso la defiende. Sin dudas, desde la caída del Muro de Berlín no está nada claro cómo llegar al socialismo.

No hay que olvidar que socialismo no son programas asistenciales, clientelares, parches puestos sobre las penurias del capitalismo con negociaciones de las cúpulas a espaldas de los pueblos. “No miren lo que digo sino lo que hago”, pudo manifestar el entonces presidente argentino Néstor Kirchner —¿de izquierda?— en una conferencia con empresarios españoles, invitándolos a la inversión en Argentina. ¿Doble discurso de un revolucionario montonero? (en su tiempo juvenil, claro. No cuando fue presidente). ¿Qué negoció el presidente nicaragüense Daniel Ortega —¿de izquierda ahora, después de pasado el volcán revolucionario del sandinismo de la década de los 80 del siglo pasado?— con el cardenal Miguel Obando y Bravo: complicidad y silencio mutuos (los supuestos ocho hijos del prelado y las empresas del ex comandante guerrillero, adueñadas durante la tristemente famosa piñata)? Pactos en secretividad a espaldas de las clases populares no tienen nada que ver con el socialismo. Ni tampoco los capitalisms con rostro humano. Esto último ya lo propugnaba hace décadas John Keynes como salvataje del capitalismo ante un período de crisis. ¡Y Keynes no era socialista precisamente!

La economía nicaragüense, hoy en esta era orteguista, no va mal en términos macros, según las mediciones de los organismos del Consenso de Washington: Banco Mundial y Fondo Monetario Inter-

nacional. En el período 2010-2017 creció en promedio un 5,2 % anual. Valga apuntar que actualmente el 96 % del PIB del país proviene del sector privado. Repartir esa riqueza con algún criterio social benefactor no está mal, pero la izquierda no puede quedarse en eso. En definitiva, un país gobernado por el capital —con el modelo de alianza público-privado que aplauden la derecha mundial y los organismos crediticios— puede alivianar las penurias, pero no las termina. ¿Nos quedamos resignadamente con ese discurso del posibilismo? ¿Eso debe ser la izquierda?

Es perentorio terminar con el capitalismo, antes que él termine con la humanidad y con el planeta Tierra. A propósito de esto, valga aclarar muy enfáticamente que no somos nosotras y nosotros, habitantes del globo, los causantes del desastre ecológico que vivimos: es el modo de producción y consumo que el capitalismo ha desarrollado, consistente en obtener la mayor ganancia empresarial posible, no importando el costo para ello. De ahí que, ante tamaño ataque a la naturaleza, puede decirse que habitamos hoy un nuevo período geológico: Antropoceno, o mejor aún, Capitaloceno. Quien destruye los recursos y agota el agua dulce no es la población, tal como nos dice la prédica mediática —que, de ese modo, quedaría como “el villano de la película”— sino la gran empresa en su insaciable búsqueda de lucro. La obsolescencia programada —producir productos con una fecha de caducidad ya estipulada para que se arruinen rápidamente y haya que cambiarlos alimentando así en forma infinita el círculo de producción-consumo-más producción— es la elocuencia de este modelo despilfarrador y enajenante que no tiene futuro. El reciclaje de basura que se nos obliga a hacer —por cierto muy válido, muy responsable— reduce la polución ambiental solo en un 1 a 2 %. Debemos tener cuidado con la manipulación sentimentaloides que se hace de esto; para muestra, la reciente denuncia que acaba de hacer el informe “El fraude del reciclaje del plástico”, realizado por el Center for Climate Integrity [CCI], donde se hace evidente

“una campaña de engaño y desinformación sobre la reciclabilidad de los residuos plásticos” orquestada por las grandes empresas petroleras (ExxonMobil Corporation, Chevron Corporation, Dow Chemical Company, DuPont Corporation y sus grupos de presión y organizaciones comerciales), las que, desde hace treinta años, saben perfectamente que el reciclaje de plásticos “no es ni técnica ni económicamente viable”.

Otro tanto sucede con el vital líquido, indispensable para la vida. El 90 % de agua dulce que se consume lo hace la industria, no la gente en sus hogares. “Gota a gota el agua se agota”, es la publicidad culpabilizadora que nos llega. No es así exactamente: no es la población consumiendo irresponsablemente lo que el sistema nos ofrece la verdadera causa de la catástrofe ambiental, sino el capitalismo. La cuestión que se nos plantea es ¿cómo cambiarlo?

Hace ya más de un siglo, en 1902, Vladimir Lenin se preguntaba cómo enfocar la lucha revolucionaria; así, parafraseando el título de la novela del ruso Nikolai Chernishevski, de 1862, igualmente se interrogaba ¿qué hacer? La pregunta quedó como título de la que sería una de las más connotadas obras del conductor de la revolución bolchevique. Hoy, más de cien años después, la misma pregunta sigue vigente: ¿qué hacer? ¿Cómo hacer colapsar al sistema capitalista para construir la alternativa socialista? Las primeras experiencias nos marcan el camino: indican lo que sí podemos hacer y lo que no hay que repetir. Pero la cuestión sigue estando en la pregunta: ¿qué hacer, por dónde ir?

¿Repetir la toma del Palacio de Invierno de los zares? ¿Una nueva Larga Marcha que atravesase todo el país juntando fuerzas? ¿Barbudos que bajen de la sierra para correr a una guardia asesina con el apoyo del pueblo humilde? Pero no todos los países del mundo tienen zares, ni doce mil kilómetros de distancia cruzando desiertos y montañas ni sierras tropicales. Además, cada lugar tiene una historia y una dinámica propia tan distinta una de otra que no puede haber recetas generales.

“Hoy por hoy, nadie sabe exactamente qué es realmente una estrategia anticapitalista. La vieja fórmula de la toma del poder y la socialización de los medios de producción volviéndolos propiedad del Estado, no funciona más”, comenta con amargura Gerardo de la Fuente. En cierta forma, es así, los caminos parecen cerrados. La lucha sindical hoy no se muestra fecunda; muchos sindicatos, producto del trabajo de cooptación muy bien realizado por las clases dominantes, terminaron siendo aristocracias obreras, absolutamente alejadas de las necesidades populares, trabajando solo para mantener sus cuotas de beneficios, haciéndoles el juego a sus patronales, defendiendo finalmente a ellas y no a la clase de donde provienen. Las luchas armadas —aunque persisten algunas fuerzas guerrillas en el mundo (el Ejército de Liberación Nacional [ELN] en Colombia, el Movimiento Naxalita en la India, algunos grupos armados de ideología de izquierda en África)— no se ven como camino fértil. “Antes había muchísimos jóvenes que se incorporaban a la guerrilla para irse a luchar a la montaña. Sobraban voluntarios y faltaban fusiles. Hoy... ni montaña hay”, se quejaba apesadumbrado un excomandante guerrillero en Centroamérica. La búsqueda parlamentaria es bastante estéril por todo lo ya arriba expuesto. Los actuales progresismos latinoamericanos lo demuestran, con el agravante que, muchas veces, luego de esos procesos de tibia centro-izquierda, como revancha política vuelven con fuerza las posiciones más ultraderechistas (Mauricio Macri, Jair Bolsonaro, Javier Milei). Una vez más, vale la metáfora de la revolucionaria polaco-alemana. Ante toda esa cerrazón, ¿habrá que recorrer otros caminos?

Ahí aparecen los *hackers*. El manifiesto fundacional de un movimiento *hacker* reza así:

Construís bombas atómicas, hacéis la guerra, asesináis, estafáis al país y nos mentís tratando de hacernos creer que sois buenos, y aún nos tratáis de delincuentes. Sí, soy un delincuente. Mi de-

lito es la curiosidad. Mi delito es juzgar a la gente por lo que dice y por lo que piensa, no por lo que parece. Mi delito es ser más inteligente que vosotros, algo que nunca me perdonaréis. Soy un hacker, y este es mi manifiesto. Podéis eliminar a algunos de nosotros, pero no a todos... después de todo, somos todos iguales.

Quizá los ataques informáticos al corazón del sistema capitalista constituyan una afrenta importante, tanto que quizá logren abrir brechas. No lo estamos afirmando. Es más: no lo sabemos ni hay razonablemente modo de saberlo. ¿Cómo podría colapsar al sistema global hiper poderoso el hecho de que a una de sus grandes corporaciones multinacionales se le paralicen los sistemas informáticos por unos días? ¿Sirve realmente como una propuesta de transformación social que, por ejemplo, se conozcan secretos del Pentágono? En todo caso podemos decir que algunos *hackers*, o algunos movimientos de *hackers*, promueven una justicia social y un acceso libre al conocimiento universal que, así considerado, conlleva un enorme potencial transformador. Hoy día el sistema global se centra cada vez más en las tecnologías digitales, en la inteligencia artificial. Golpear allí puede llegar a ser de importancia capital. De todos modos, esto solo lo dejamos dicho como comentario marginal, más que nada para hacer evidente que, en este momento de la historia, el capitalismo —aunque sigue y seguirá siendo un desastre en términos humanos— no está dando muestras de caer. Propuestas como el aceleracionismo, con la muy discutible idea que la aceleración sin límites de las tecnologías de punta actuales puede conducir a un estadio poscapitalista, parecen sueños afiebrados, quizá no muy distintos a los del socialismo utópico de inicios del siglo XIX.

Hoy día, viendo que la revolución socialista es algo en entredicho, que las primeras experiencias no han dado todo el resultado esperando, comienza a perfilarse un pensamiento novedoso: la multipolaridad. En resumidas cuentas, así lo puede expresar un analista

político como Antonio Castronovi (2024): “El multipolarismo es más bien la verdadera revolución en curso de nuestra era que marcará el destino del mundo venidero, y de cuyo resultado dependerá la posibilidad de que se reabra una nueva perspectiva socialista”.

Caído el campo socialista europeo y desintegrada la Unión Soviética, Estados Unidos quedó como la potencia dominante del mundo. Se entró de ese modo en una fase de unilateralismo, de unipolaridad donde Washington se erigió como dominador absoluto. Por varios años, poniendo tras de sí a la Organización de Naciones Unidas, a la Unión Europea y la OTAN, la Casa Blanca dictó los caminos a seguir, sin sombras ni obstáculo alguno delante. Pero las cosas fueron cambiando bastante rápidamente.

Ya entrado el siglo XXI, la República Popular China, con un vertiginoso ascenso económico, desde fines del siglo pasado, y mucho más en el presente, se constituyó en un formidable competidor de Estados Unidos. Según cómo se lo mida, su PBI casi iguala al del país americano, o lo supera. Junto a ello, renaciendo como país capitalista, la Federación Rusa salió del colapso que significara la desintegración de la URSS, y apareció nuevamente en el ruedo internacional como potencia político-militar. Varias guerras victoriosas donde exhibió su renovado músculo militar —Chechenia, Crimea, Siria, Ucrania—, más una demostración de fuerza bélica de la más alta tecnología que reproduce para Washington el momento Sputnik de 1957, evidenciaron que Moscú seguía siendo un rival de igual a igual. Estados Unidos, sintiendo que va perdiendo lentamente la hegemonía global, reaccionó de manera bélica, militarizando más aún el panorama internacional (la guerra de Ucrania, la carnicería israelí en Palestina y la tensión al rojo vivo en Taiwán lo evidencian). En esa nueva coyuntura que comienza a darse abiertamente a partir de la tercera década del siglo XXI, el eje Moscú-Pekín se alza como referente de un anticapitalismo occidental, básicamente

del anglosajón, que es quien viene tomando la delantera en la modernidad eurocéntrica.

Pero ninguno de los dos países euroasiáticos levanta las banderas del socialismo y la revolución como consignas para el mundo. Rusia pasó a ser una nación ganada por el capitalismo más voraz y mafioso, donde unos pocos multimillonarios manejan el grueso de su economía, y China propicia un particular socialismo de mercado que puede dar excelentes resultados para su propia población, pero sin constituirse en referente para los pobres y oprimidos de todo el orbe. Ambas naciones, en un gran esfuerzo conjunto, están intentando edificar un mundo por fuera del dominio del dólar. Surge así la propuesta de los llamados BRICS. Estos (en el momento de redactar este texto son diez países), con economías dispares, todos capitalistas, salvo China, con muy distantes visiones político-filosóficas de la sociedad, se presentan como un bloque alternativo al capitalismo basado en la divisa estadounidense. El mundo dejó de ser unipolar, pasando a tener varias cabezas; multipolaridad digamos: China, Rusia, y varios países no alineados con el dólar. En principio, no puede decirse que esto constituya una perspectiva poscapitalista; es una nueva arquitectura global descentralizada de Washington. Eso, por sí solo, no trae reales beneficios a las grandes mayorías planetarias. La idea de un comercio donde todos ganen (¿será una quimera eso?, el ganar-ganar) no es el ideario socialista. ¿O habrá que pensar que la idea de cambio revolucionario quedó obsoleta? La Nueva Ruta de la Seda que impulsa hoy Pekín, ambicioso proyecto que posicionará a China como principal potencia mundial, con presencia en más de cien países, para algunos es una forma sutil de imperialismo, colocando sus propias mercaderías en los cinco continentes; para otros, los chinos fundamentalmente, una forma de llevar prosperidad a los sectores más deprimidos del globo. ¿Planteo socialista?

El debate está abierto, pero no queda claro cómo ese mecanismo comercial beneficiaría a los desamparados de la Tierra, pues la acu-

mulación capitalista no termina, ni tampoco la lucha de clases, ni la explotación, ni las jerarquías sociales. Así como tampoco queda claro de qué manera esa propuesta soluciona la depredación monumental del medio ambiente, pues se sigue apostando por un consumismo voraz. El socialismo, hasta donde se sabe, intenta ser un proyecto alternativo a todo eso.

Entre algunas de las propuestas para crear mejores condiciones de vida para las grandes mayorías paupérrimas se ha comenzado a hablar recientemente de refundación del Estado. Ante todo, como punto mínimo, partamos por definir qué es eso del Estado. Ahí sigue siendo absolutamente válida la definición dada por Lenin en 1917 en su texto *El Estado y la revolución*: “Producto y manifestación del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase”. En otros términos: es el aparato que sirve para mantener la dominación de clase. En cualquier parte del mundo, en cualquier país capitalista, podrá discutirse mucho sobre el carácter del Estado imperante, pero en cualquier parte se repite siempre la misma función: es el garante de la explotación de una clase sobre otra. Para eso está, no para otra cosa. La provisión de servicios básicos es su responsabilidad, y a veces (en el Norte próspero) eso se cumple. En el sur eso es una quimera. En el norte los Estados tienen hasta un 60 % de recaudación fiscal sobre el producto interno bruto. En el sur global, la raquíta carga impositiva a veces no pasa del 10 %. Entonces cabe la pregunta: ¿refundarlo? ¿Cómo? ¿Para qué?

Refundarlo significaría algo así como empezarlo de nuevo. Pero ello no es posible, a no ser que haya un verdadero cambio en las relaciones de fuerzas de las clases sociales que caen bajo el paraguas de ese Estado, cosa que no ha sucedido si no es con un franco proceso revolucionario. ¿Con qué fuerza real cuentan el campo popular y las propuestas de izquierda para imponer una nueva agenda al Estado tradicional? Si se quiere cambiar algo en términos político-sociales, habrá que pensar en transformaciones reales en la correlación de

fuerzas, en las relaciones de poder. Para instaurar el actual sistema capitalista liderado por la burguesía, en 1789 Francia destruyó sin apelaciones la cabeza del feudalismo, en sentido propio y figurado: se hizo una revolución y se instauró algo nuevo. Para cambiar algo realmente hay que hacer eso: destruir lo viejo y construir algo nuevo. Para ir más allá del capitalismo, ¿habrá que refundar o habrá que cortar de cuajo algo para que empiece una sociedad nueva? Vale aquí aquel refrán de “para hacer un *omelette* hay que romper algunos huevos”.

¿Cómo cambiar el sistema actual y construir una alternativa posible? Esa sigue siendo la pregunta. Recordemos una vez más con Lenin que “El capitalismo no caerá si no existen las fuerzas sociales y políticas que lo hagan caer”. No hay, ni puede haber, una evolución natural hacia el socialismo. La superabundancia económica no significa, en modo alguno, que quienes dirigen la sociedad tengan el buen corazón, el altruismo espontáneo de querer compartir lo que les sobra. El sujeto actual es —producto del modo de humanización que existe— bastante egoísta. Sobran los ejemplos que lo evidencian: en la pasada epidemia de COVID-19 algunas potencias capitalistas llegaron a almacenar hasta cinco veces más de la cantidad necesaria de vacunas contra el virus, mientras que en el sur global mucha gente apenas recibió una dosis. Más allá del canto de sirena de la ayuda y la cacareada solidaridad de la cooperación internacional, la descarnada realidad nos muestra que aún rige el *homo homini lupus* (el hombre es un lobo para el hombre). El socialismo, con todas las lacras que pueda haber mostrado la experiencia real, la que existió hasta ahora, felizmente al menos abre la esperanza de algo nuevo, renovador.

Colateralmente esto lleva a pensar que un cambio real en la sociedad dirigiéndose hacia el socialismo —preámbulo de la futura sociedad sin clases— sería más posible en los países más empobrecidos —tal como ha sucedido—, porque allí existirían redes solidarias

en la población más fuertes que en el individualismo hedonista que fomenta el capitalismo desarrollado con su prédica del consumo y el centrarse en el propio metro cuadrado. De todos modos, quede esta idea como una glosa marginal.

La organización popular, la organización de eso que llamamos masa humana, ya sea en el centro de trabajo, fábrica, oficina, plantación, de estudio, en la comunidad en que se habita, o en todo espacio donde haya grupos humanos que se sientan dañados / aplastados / sojuzgados por el sistema, continúa siendo el camino para preparar el cambio hacia una perspectiva poscapitalista. Recorrer ese camino parece lógico, y debería ser sencillo: los explotados y sojuzgados deberían reaccionar contra su opresor. Aunque eso pareciera lo más lógico, la realidad muestra otra cosa, y la posibilidad de un cambio profundo se dificulta hoy en un grado sumo. Ganan más seguidores las iglesias fundamentalistas o las propuestas neofascistas —en el norte y en el sur— que un discurso socialista, un discurso que enfatice la contradicción de clases. *Influencers* con mensajes banales, individualistas y apologizando el consumo hedonista tienen más impacto que llamado a la organización popular y revolucionaria. El miedo visceral al comunismo que se implantó en los pueblos no es fácil —quizá imposible— de revertir. Pero ahí, en ese escenario adverso, es que las fuerzas de izquierda deben actuar.

Se dice que las izquierdas viven dividiéndose, fragmentándose. En la derecha —aunque es muy amplio, demasiado quizá, decir la derecha, pero dejémoslo así de momento— también sucede, en cuanto a sutilezas ideológicas o posicionamientos político-partidarios. En realidad, sucede en todo grupo humano. Son tan de derecha, es decir: defensores de las democracias de mercado, o del capitalismo a secas, mejor dicho, tanto los neonazis de cualquier parte del mundo como los jeques árabes, los terratenientes centroamericanos como los escandinavos socialcristianos, o los industriales japoneses de partidos que apoyan al emperador como los partidos políticos europeos que

adversan a las monarquías medievales. Medianos productores del agro o banqueros dueños de fabulosos fondos de inversión pueden tener proyectos distintos. Claro que existen diferencias entre todos estos estamentos, sin dudas, matices, muy importantes a veces. Pero, sin embargo, como clase social, eso que llamamos derecha, en momentos críticos se une monolíticamente. Y momentos críticos significa toda afrenta que se le pueda hacer a su situación de privilegio. Cuando siente que los de abajo reaccionan y protestan, se convierte en un solo cuerpo, más allá de diferencias circunstanciales. Sin dudas, la clase poseedora tiene mucho, muchísimo que perder. El pobrerío, la clase trabajadora mundial, los oprimidos históricamente “no tienen nada que perder, más que sus cadenas”, como cierra el Manifiesto Comunista de 1848, completamente vigente al día de hoy.

Si es cierto, entonces, que en la izquierda aparecen con mucha (demasiada) frecuencia peleas y divisiones, grupos militantes que se fraccionan, se fragmentan evidenciando luchas de egos, de personalidades, debe enfocarse la cuestión con una óptica que vaya más allá del enojo, la consternación o el regaño respecto a ese proceder. Si tanto sucede, en la izquierda como en la derecha, en las cámaras empresariales o en los grupos revolucionarios armados, en el Vaticano o el consejo barrial, la reflexión obligada nos muestra que ahí encontramos una condición humana. Recuérdense lo que decíamos sobre la construcción del sujeto humano, sobre la agresividad constitutiva: “Basta decirle a alguien que no tiene razón, que no es quien cree, mostrarle un punto donde se limita la aseveración de sí [en otros términos: indicarle que no es la cosita más linda del mundo, porque no hay tal cosita máxima, salvo para su madre] para que surja la agresividad” (Bleichmar y Leiberman-Bleichmar, 2017, pp. 149-150). Quizá empezando a construir ese sujeto de otra forma —esa es la esperanza que abre el socialismo— se llegue a algo nuevo. La petición de un hombre nuevo como hecho voluntario, como gesto de abnegación —la experiencia lo muestra palmariamente— no llega muy lejos.

Esas continuas luchas de poder y demostraciones de egos inflados no son patrimonio ni de derechas ni de izquierdas: son expresión de la forma en que se desenvuelve lo humano. O, más exactamente dicho, del humano que conocemos hoy. Podemos esperar algo distinto en un futuro, si se supera de una buena vez aquello de “tanto tienes, tanto vales”, donde el tener no es solo posesiones materiales, sino sabiduría, coraje, posición política correcta. Los empresarios compiten para ver quién tiene más dinero acumulado; ¿los comunistas para ver quién es más comunista, más revolucionario?

Lo patético hoy día, en esta coyuntura que abarca a la totalidad del planeta, es que ese pensamiento de derecha, conservador, defensor acérrimo del sistema, puede encontrárselo no solo en quien detenta una gran propiedad (empresario, banquero, hacendado) sino en alguien del llano, oprimido por el sistema y no propietario de nada, salvo de su fuerza de trabajo: la señora de barrio, el capo de una banda de narcotráfico —empresario al fin, aunque sea un delincuente dadas las reglas de juego actuales—, el ranflero de una clicca (jefe de una célula de una temible pandilla juvenil, o mara), el honesto ciudadano que apoya al presidente Nayib Bukele en El Salvador porque terminó con las pandillas (85 % de aceptación con el voto popular en las elecciones), el sindicalista corrupto cooptado por la patronal, Homero Simpson —representante por antonomasia del trabajador medio de Estados Unidos, despreocupado del mundo e interesado solo en el partido de baseball y en tener cerveza en la refrigeradora—. Recordemos lo dicho por Scalabrini Ortiz: la ignorancia de Homero, supina e inocente ignorancia, está planificada por fuerzas nada ignorantes. Como dijera mordazmente el cineasta español Pedro Almodóvar: “Nueve de cada diez estrellas son de derecha”. El pensamiento dominante es de derecha, preparado por la fenomenal y muy bien estructurada parafernalia mediática del sistema. “La ideología dominante es la ideología de la clase dominante”, alertaban ya hace casi dos siglos Marx y Engels.

Eso no ha cambiado un ápice; por el contrario, se ha fortalecido a niveles impresionantes.

Entrado el siglo XXI, luego de la reversión, o al menos congelamiento, empantanamiento de los procesos socialistas, puede verse, no sin estupor, que el pensamiento de derecha, conservador, anti-comunista, va ganando lugar en muchos puntos del planeta. Ya no son las élites las que lo levantan sino grandes masas populares. Equivocados, manipulados o asustados, lo cierto es que son los mismos pueblos los que eligen a conservadores ultraderechosos como Silvio Berlusconi, Donald Trump, Giorgia Meloni, Jair Bolsonaro, Mauricio Macri, Sebastián Piñera, Iván Duque, Viktor Orbán, casi a Marie Le Pen, o le dan su apoyo a Javier Milei, alguien más cercano a un payaso de circo que a un presidente. Lo que parecía un cercano horizonte socialista hacia los 70 del siglo XX, en el inicio del XXI muestra, en todo caso, una involución hacia posiciones neofascistas. Las posiciones antiaborto, homofóbicas y racistas se afianzan. Un espíritu neonazi recorre Europa, donde en el momento de escribir este panfletito solo cinco países presentan gobiernos libres de partidos de ultraderecha: Irlanda, Malta, Luxemburgo, Croacia y Rumania. En todos los otros, cultos y desarrollados exponentes del jardín florido, como decía algún presuntuoso funcionario, numerosos grupos neofascistas ocupan escaños en los Congresos, creciendo siempre. En Chile la población, después de multitudinarias movilizaciones que hicieron tambalear al presidente de turno demandando terminar la vieja Constitución pinochetista, en el referéndum *ad hoc* vota contra las reformas introducidas. ¿Es tonta la gente que, gustosamente pareciera, le abre las puertas de par en par a su verdugo? ¿Qué pasó que el comunismo es la peor mala palabra que se pueda concebir? La derecha sabe hacer muy bien su trabajo.

No hay ninguna duda que la dificultad de cambiar las cosas no está solo en la represión policíaco-militar, los guardianes armados del sistema (trabajadores pobres uniformados —muy bien traba-

gados ideológicamente— que atacan a pobres sin uniforme y con hambre para defender a ricos que miran satisfechos la escena, sin uniforme y sin hambre, o más aún: desperdiciando comida). Eso, lo sabemos en forma creciente, es la forma en que el sistema se resguarda. Ahí están siempre a la orden y bien dispuestos los agentes antidisturbios, policías antimotines siempre listos para contener manifestaciones haciendo uso de un arsenal especialmente preparado para estos casos, como los gases lacrimógenos o el gas pimienta, cañones de agua, armas caloríferas que no dañan la piel, pero producen terribles dolores con lesiones en los órganos internos, técnicas de amedrantamiento como el disparo de balas de goma hacia los ojos, y un largo etcétera que el desarrollo científico-técnico pone a disposición del mantenimiento del sistema (de la libertad y la democracia, dirá el cínico discurso dominante).

“América del Sur se nos puede embrollar de modo incontrolable si no tenemos siempre a la mano un líder militar, y en el caso de Chile, esto reclama un jefe de la calidad solidaria del general Augusto Pinochet”, pudo decir sin ambages el por entonces secretario de Estado de Estados Unidos, Mike Pompeo, en una Comisión de Urgencia de la Cámara de Representantes, ante “la preocupante situación de Chile” del 2019 con masivas protestas populares. Y si la protesta sube de intensidad, siguen estando vigentes las técnicas más horribles que se usaron años atrás para detener el ataque comunista, tales como la desaparición forzada de personas, las torturas, las cárceles clandestinas, los asesinatos selectivos, los grupos paramilitares (escuadrones de la muerte), las masacres siempre silenciadas por la prensa, el terror como arma de contención. El sistema se defiende a cualquier costo, siendo esos momentos sangrientos los que permiten ver que el discurso de defensa de los derechos humanos no es más que una acomodación política circunstancial. La dificultad en cambiar las cosas está en las cabezas, en la ideología, en la despolitización y el giro hacia la derecha que se ha venido dando en estos últimos años.

Suele decirse que la izquierda no sabe bien qué hacer ante esto, luego del golpe fabuloso que resultó la desaparición de los socialismos reales, achacándole a su mal accionar la pauperización y derechización que vivimos. Decir eso es darle demasiada, excesiva importancia a lo que pueden hacer las fuerzas de izquierda. Si el mundo está como está, ello se debe no a que las izquierdas no saben reaccionar ante tanta adversidad —lo cual es cierto— sino a que los poderes supranacionales que dirigen los destinos de la humanidad han decidido evitar cualquier avance hacia el socialismo, hacia escenarios que le cercenen sus prerrogativas como clase dominante. Si quizá con aire altanero se puede decir que “la izquierda está desconcertada y no sabe qué hacer”, habría que preguntarle a quien lo formula qué propone entonces. Los planes neoliberales que vivimos hoy son una clara demostración de esa avanzada, habiendo hecho perder numerosas conquistas históricas, quitándole la iniciativa a las propuestas transformadoras. Como válvula de escape, permite ciertas reivindicaciones, sin la menor duda importantes —como dijimos, lucha contra el patriarcado, contra cualquier tipo de discriminación, en defensa del medio ambiente sano—, pero siempre separadas una de otra, con lo que no tocan al sistema en su conjunto, y dejando el factor de explotación económica siempre de lado. A lo sumo, como discurso políticamente correcto —lo que se dice en el marco de la cooperación internacional y las tecnoburocracias que la sustentan— se debe luchar contra la pobreza, pero no contra las causas que la provocan.

Llegados a este punto, seguramente el lector esperará una respuesta concisa de cómo lograr caminar hacia el socialismo. Lamentablemente, no hay respuesta precisa, exacta. No hay manual. Al menos este modesto escrito, como ya se anticipó, no da esas pistas, porque reconocemos que no las tenemos. Podríamos atrevernos a decir que no hay ni puede haber manual. Si este texto sirve como llamado esperanzado a seguir buscando esas pistas, si contribuye, en el

mejor de los casos, como aliento para esa tarea, nos damos por satisfechos. Aunque en verdad “Hoy por hoy, nadie sabe exactamente qué es realmente una estrategia anticapitalista”, no podemos quedarnos en la lamentación. Marx y Engels tampoco lo sabían. Marx pudo hipotetizar la dictadura del proletariado a partir de la experiencia concreta de poder popular (democracia de base, directa, participativa) de un acontecimiento tan fabuloso como fue el primer gobierno obrero de la historia en la capital francesa en 1871, rápidamente barrido a sangre y fuego por la clase dominante. También pudo hipotetizar que no solo el proletariado industrial urbano puede ser un fermento revolucionario, sino también el campesinado, tal como lo vio posible en la Rusia zarista, intuición que quedó validada con la posterior revolución de 1917. Con esto queremos significar que no hay nada escrito con seguridad, no existen protocolos que aseguren cómo hacer la revolución. Lo que sucedió en Nicaragua, por ejemplo, donde la población en la calle con palos y machetes, más la conducción del Frente Sandinista, desalojó a la guardia somocista, no es lo mismo que lo que aconteció en China, con una larga marcha que duró años, interrumpida por la Segunda Guerra Mundial, y que posicionó al Partido Comunista como la innegable vanguardia política de los millones de oprimidos del país. No hay manual ni puede haberlo, pero sí hay conceptos básicos con los que intentar trazar la ruta:

• **Necesidad de una conducción en las luchas.** Aunque le tengamos miedo a la palabra vanguardia, es evidente que la explosión popular espontánea no llega lejos. Es gloriosa, heroica, marca el camino, pero por sí sola no puede transformar la sociedad. Solo un grupo que se pone a la cabeza de ese monumental descontento popular puede encauzar la lucha para llegar a lo que se busca: la revolución anticapitalista. Una vanguardia —intelectual o guerrillera— sin

conexión con las masas movilizadas, no es revolución socialista. Lenin, en 1920, en un discurso sobre el papel del Partido Comunista, afirmaba:

¿Qué representa una minoría organizada? Si esta minoría es realmente consciente, si sabe llevar tras de sí a las masas, si es capaz de dar respuesta a cada una de las cuestiones planteada en el orden del día, entonces esa minoría es, en esencia, el partido [revolucionario].

Ahora bien: ¿quién forma ese partido, vanguardia, elemento de conducción o como quiera llamársele? Gente que tiene una firme convicción en el ideario socialista, gente con sólida preparación ideológico-política y con una ética de la solidaridad a toda prueba. Obviamente, ningún político de cualquier partido de la democracia restringida que presenta el capitalismo cumple con estos requisitos. Ellos son simples operadores del capital, sus gerentes, sus administradores, o capataces de finca, en general con apetencias personales de egolatría y de enriquecimiento, que repiten —¿por qué no habrían de hacerlo?— todos los valores de la sociedad capitalista: autoritarismo, jerarquización, patriarcado, racismo, individualismo.

• **Necesidad de un proyecto claro y definido.** La lucha debe tener necesariamente claridad de hacia dónde debe dirigirse, con instrumentos conceptuales fuertes que orienten con exactitud. Con todas las revisiones necesarias de las pasadas experiencias socialistas habidas, el materialismo histórico sigue siendo el faro que permite orientar ese potencial transformador. No debe olvidarse nunca que el materialismo histórico es una ciencia, y, por tanto, como toda actividad científica, debe seguir obligadamente desarrollándose, cuestionándose, ampliándose. Solo el estudio minucioso y acucioso de las nuevas realidades que fueron abriéndose en los siglos XX y XXI,

desconocidas por los clásicos del siglo XIX, puede ayudar a abrir los caminos del cambio. Repetir dogmas no sirve; eso es un credo religioso. Un proyecto transformador debe adecuarse a las realidades concretas, las cuales están siempre en evolución; por tanto, los proyectos revolucionarios imponen un continuo estudio de la situación, apelando a todos los saberes de que se pueda disponer. La pirotecnia verbal con aire revolucionario no pasa de politiquería, de charlatanería. La política comunista se debe basar en una actitud científica, autocrítica y continuamente sopesada.

• **Trabajo de organización en las bases.** La revolución socialista es producto del movimiento de las masas populares; de ahí que acuerdos cupulares, aunque suenen progresistas, o procesos de democracia burguesa, no pueden transformar las cosas a profundidad. El problema es que las masas habitualmente están desorganizadas, siguen su vida cotidiana en la pura lucha por la sobrevivencia, manipuladas en forma creciente por el aparato ideológico-cultural del sistema que trabaja para adormecerles su potencial transformador. Ante eso, el trabajo de organización popular es enorme, y ahí valen infinidad de abordajes: trabajo sindical, formación política continua con miembros de las organizaciones populares y con toda la población que se pueda, información y divulgación por todos los medios posibles, trabajo político con jóvenes, organización barrial, trabajo de penetración en las fuerzas armadas, y todo un largo etcétera que dependerá de cada circunstancia particular. Si los grupos neoevangélicos lo pueden hacer —en pocos años en Latinoamérica, a partir de la estrategia estadounidense del Documento de Santa Fe II igualaron la cantidad de fieles que tiene la Iglesia católica— ¿por qué no puede hacer ese trabajo de hormiga la izquierda? Por supuesto, no para lograr feligreses para la iglesia sino para evidenciar lo que la ideología capitalista oculta. Desenmascarar lo enmascarado, fomentar una nueva visión de la realidad social en las bases, denunciar las

injusticias. Solo los pueblos organizados podrán avanzar hacia nuevos modelos de sociedad. Desorganizados como nos tiene el sistema, seguiremos siendo eternamente presas fáciles de la manipulación.

• **Trabajo en lo presencial abandonando la virtualidad.** En los últimos tiempos, potenciado ello en forma exponencial a partir de los encierros a que forzó la pandemia de COVID-19, el mundo de lo virtual se fue imponiendo. Ello, sin dudas, trae beneficios en innumerables campos, pero también dificulta el contacto social, el vínculo humano directo. En concreto, y en lo que a nosotros respecta: en la organización popular. La revolución no se puede hacer desde la pantalla de un teléfono o de una computadora. Hay que retomar lo humano directo; la gente en la calle es imprescindible para que la calle no calle en su clamor y avance hasta tomar el poder, pudiendo transformar así la sociedad. La virtualidad puede ser un poderoso instrumento, un aliado en la lucha; de eso no cabe la más mínima duda, debe ser utilizada de la manera más inteligente posible. Pero no es la realidad a la que se debe apuntar. Aunque el mundo que el capitalismo va delineando en forma acelerada con robótica e inteligencia artificial se impone, sigue siendo lo más importante la gente de carne y hueso, con sus deseos, temores, apetencias y ansiedades.

• **Alianzas inteligentes.** La búsqueda de caminos para lograr una ruptura con el capitalismo impone un arduo trabajo de fina orfebrería. Ningún grupo político, por más preparado que esté, puede erigirse en vanguardia única que conduzca un proceso revolucionario. En el camino deben establecerse contactos, alianzas, encuentros con diversos sectores que pueden ir abriendo brecha. La presunción de ser la fuerza esclarecida no lleva muy lejos, porque abre la posibilidad de interminables peleas con similares grupos convencidos también de ser la verdadera fuerza que empuja el cambio. En paralelo, esa actitud no prepara el camino para una ética solidaria, abierta

a la confraternización, tal como preconiza el ideario socialista. La humildad en ese sentido debe ser un elemento capital que permita el crecimiento de fuerzas que propiciarán la insurrección popular.

Conclusiones

Desde que la humanidad salió de su estadio primigenio de cazadora y recolectora, al haber un excedente social en la producción, se generaron las tensiones que llamamos luchas de clases: unos pocos son propietarios y las grandes mayorías trabajan para beneficio de esos pequeños grupos. Así, desde la aparición de la agricultura, y posteriormente la ganadería, cuando los pueblos se volvieron sedentarios —no más allá de ocho mil años atrás—, la historia de los seres humanos está marcada por esas luchas sangrientas en torno a la apropiación de ese plusproducto. Esto es lo que enseña el materialismo histórico como ciencia social, rigurosa y acuciosa. Partir de ese concepto toral puede llevar a una praxis transformadora que las ciencias sociales del capitalismo no permiten, porque están para legitimarlo, normalizando las diferencias y la explotación, justificándolas con las más extravagantes explicaciones.

Las diversas modalidades que tomaron esas luchas fueron marcando la historia, siempre con enfrentamientos sangrientos, con represiones de la clase dominante sobre la gran masa de explotados. Por qué pequeños, pequeñísimos grupos tomaron la supremacía sobre grandes colectivos es un interrogante muy difícil —quizá imposible— de dilucidar. Lo cierto es que la marcha de los acontecimientos en el mundo, en todas sus latitudes, nos muestra siempre esa confrontación: amos explotadores versus mayorías explotadas (modo de producción despótico-tributario o asiático, esclavismo, feudalismo, capitalismo, muchas veces coexistiendo coetáneamente más de alguno de ellos en una misma formación económico-social). Hasta ahora, es la historia de la humanidad: amos y esclavos. La apuesta es cambiar esa dinámica a partir del estadio de desarrollo económico-social en que estamos: un capitalismo ultra desarrollado que abre las posibilidades de transitar hacia una sociedad distinta, poscapitalista. Haciéndonos cargo de la Tesis XI de Marx sobre Ludwig Feuerbach, podemos decir que ahora ya no se trata solo de “interpretar el mundo” sino, con una activa práctica revolucionaria, de “transformarlo”.

Afirmar categóricamente que los seres humanos presentan una tendencia natural al ejercicio del poder de unos sobre otros —darwinismo social— es, como mínimo, indemostrable, además de criticable en términos ideológicos, ayudándonos en esa crítica por los modernos desarrollos de las diversas ciencias. La historia de estos últimos milenios, o lo que puede observarse hoy día —por ejemplo, la forma tan repulsivamente insolidaria en que se repartieron las vacunas contra el SARS-CoV-2, guardándose el norte la casi totalidad en detrimento del sur— podría servir para sacar esa conclusión (quizá apresurada). No debe olvidarse que la especie humana tiene dos millones y medio de años de antigüedad conviviendo en una suerte de comunismo primitivo, tal como puede verse hoy en los pocos grupos preagrarios que existen en algunos pocos puntos del

mapa, sin diferencias de clases sociales (sin amos y esclavos). Lo más importante en esta consideración es no olvidar que en el seno del capitalismo surgieron formulaciones para ir más allá de la cultura individualista-hedonista centrada en el ejercicio de poder —un rico vale más que un pobre, un blanco más que un negro—, fomentando una nueva ética: la ética socialista de la solidaridad. Cuba socialista repartió de otro modo, distinto a las grandes potencias norteamericanas, la vacuna anti-COVID-19 que pudo fabricar, único país del tercer mundo en alcanzar ese logro. El socialismo abre la esperanza de un mundo distinto y, por tanto, también un sujeto distinto. Como dijera la camarada Alejandra Kollontai en los albores de la revolución rusa:

El hombre nuevo de nuestra nueva sociedad será moldeado por las organizaciones socialistas, jardines infantiles, residencias, guarderías de niños, etcétera, y muchas otras instituciones de este tipo, en las que el niño pasará la mayor parte del día y en las que educadores inteligentes le convertirán en un comunista consciente de la magnitud de esta inviolable divisa: solidaridad, camaradería, ayuda mutua y devoción a la vida colectiva. (2020, p. 63)

El capitalismo es el modo de producción más reciente en la historia, surgido en Europa algo antes del Renacimiento (Liga de Hansen en el norte del continente, siglos XIII y XIV), hoy expandido globalmente. Sus ya alrededor de siete siglos le permiten una acumulación de riquezas fabulosa, como nunca antes se había dado en la historia. El desarrollo de la ciencia y la tecnología que alcanzó le permitieron un alcance mundial desconocido anteriormente, incluso saliendo ya del planeta. Como modo de producción, sin dudas alteró en profundidad las relaciones de todo el orbe, globalizando su estructura, transformando absolutamente todo lo humano en mercancías destinadas al mercado. Ayudó a superar muchos de los ancestrales problemas de

la humanidad, pero no terminó en absoluto con las diferencias económico-sociales. Por el contrario, les dio una vuelta de tuerca. Hoy día los amos no utilizan látigos ni sacrificios humanos, pero siguen siendo tan despiadados como otrora, o quizá más, dado el grado de refinamiento que permitió el desarrollo de las fuerzas productivas. La esclavitud asalariada, por ejemplo, tiene como contraparte la desocupación, que termina siendo un chantaje para quien trabaja con tanta o mayor presión perniciosa que la explotación brutal a base de castigos corporales. No se puede afirmar en forma terminante que algún modo de producción sea mejor o peor que otro; todos se basan en lo mismo: en la cosificación del otro, a quien se le utiliza solo como instrumento de trabajo por la clase dominante. El capitalismo pueda dar la sensación —por cierto, engañosa— de mayores cuotas de libertad que otras formaciones económico-sociales, pero en definitiva es igual de pernicioso y atentatorio contra el ser humano. Su búsqueda insaciable de ganancia ha llevado a la actual catástrofe ecológica que vivimos, cosa que ningún sistema anterior había producido. Es, como toda forma de explotación, injusta. Por tanto, es una necesidad histórica impostergable terminar con él.

En su desarrollo el sistema capitalista, a diferencia de otros modos de producción existentes previamente en la historia, ha logrado adelantos portentosos, descomunales; el avance y crecimiento de las fuerzas productivas llegó a límites inimaginables, donde ya va siendo posible generar vida artificial, o terminar con toda forma de vida del planeta (por la catástrofe ecológica que vivimos, o por la posibilidad de una guerra nuclear que acabe con todo). En esa línea, hoy el término “tecnología” ha pasado a ser casi mágico. Incluso mutó su carga semántica: ya no es el conjunto de prácticas que posibilita la elaboración de un producto (etimológicamente, del griego *techné*, significa “tarea”, “realización”). Por el contrario, pasó a ser sinónimo de ciencia, de saber, de avance. Por cuestiones histórico-sociales determinadas, el mundo capitalista moderno la ha entronizado,

pudiendo decirse que vivimos una cultura de veneración de la tecnología, con la ilusión de que es ella, en su desarrollo y continua ampliación, la que puede resolver los problemas de la humanidad. Craso error, por cierto. La tecnología, la capacidad de trabajo humana, depende del proyecto político-social, ético e histórico, en que se enmarca. Por sí sola, más allá de ese mito moderno que fue entronizándose con la cultura capitalista, no resuelve nada. “Este país se desarrollará el día en que cada indio [sic] tenga un teléfono celular”, dijo altanero Manuel Ayau, acaudalado empresario guatemalteco, en un país con una macroeconomía próspera —décima economía en Latinoamérica—, pero donde la mitad de su población es indígena y está sumamente empobrecida —la mitad de sus niñas y niños con desnutrición crónica, segundo país en Latinoamérica con ese flagelo, según informa UNICEF—, haciendo un endiosamiento de ese aparato de alta tecnología. Lo cierto es que, veinte años después de esa peligrosa y racista afirmación, en el país hay 1,4 teléfonos móviles por persona, y la nación guatemalteca sigue postrada, salvo para el grupo al que el empresario de marras pertenece. El instrumento, la máquina, la herramienta con que trabajamos y nos movemos en nuestra cotidianeidad, hoy día tiene un valor de divinidad. “El ser humano creó a Dios y luego se arrodilló frente a él. Quién sabe si también se inclinará en breve frente a la máquina, frente al ‘robot’”, dijo el anarquista ruso Mijaíl Bakunin a fines del siglo XIX. Desarrollo tecnológico pasó a ser sinónimo de progreso en el conocimiento. Casi como respuesta condicionada a un estímulo, decir tecnología evoca avance triunfal de la ciencia, del poder humano, de la capacidad de las fuerzas productivas. Pero la tecnología sola, desgajada de un proyecto de transformación social, solo sirve a los intereses de la clase dominante. El socialismo, dado su ideario humanista, apunta a otra cosa: el desarrollo de las fuerzas productivas debe estar al servicio del ser humano, servir para su liberación y no para su sometimiento.

El modo de producción capitalista ya ha dado innumerables muestras de no poder resolver los acuciantes problemas de la humanidad. Más que no querer hacerlo, no puede. En su estructura fundacional, en su ADN constitutivo podría decirse, lo único que se encuentra es el afán de lucro, de ganancia. En función de ello puede hacer cualquier cosa; de hecho, lo hace a diario, explotando el trabajo de las grandes mayorías planetarias y atentando contra la naturaleza con su despreocupación por el futuro. Solo le interesa el presente, obtener ganancia y hacer lo imposible para que eso no cambie. El capitalismo es dañino, perverso, dispuesto a todo para impedir cambios. De él no se puede esperar ningún gesto que lleve a la terminación de las injusticias; la idea de un socialismo utópico por el abuenamiento de la clase explotadora, es un imposible radical. Por el contrario, está montado sobre las injusticias —la explotación económica de las mayorías por una élite privilegiada—, a partir de lo cual se articulan otras inequidades: patriarcado, racismo, colonialismo, heteronormatividad. El socialismo, aún con todas las enormes imperfecciones que pueda haber presentado en sus balbuceantes primeros pasos durante el siglo XX, es una esperanza abierta. No debe quedar la estrecha idea que es “lo menos malo”; es —reiteremos esto con todas las fuerzas— aún con las grandes limitaciones que ha demostrado de momento, una fuente de esperanza superadora de las injusticias actuales.

Como todo modo de producción basado en la propiedad privada de los medios productivos, el capitalismo reprime con violencia cualquier intento de transformación de su estructura. Desde los inicios de la revolución industrial, ya en el siglo XVIII, comenzaron a aparecer propuestas anticapitalistas, vislumbrando un mundo donde la abundancia generada por la industria moderna sirviera para crear un comunismo ya no primitivo, sino muy elaborado, basado en la consigna de “De cada quien según su capacidad, a cada quien según su necesidad”. De las primeras reacciones anticapitalistas que

condujeron a planteos de un primer y muy primario socialismo utópico (ensoñación bienintencionada inconducente en la práctica) se llegó a la formulación de un socialismo científico con Marx y Engels, teoría rigurosamente articulada que da cuenta de cómo es el mundo social y qué pasos se pueden dar para transformar la actual realidad capitalista. Así, a lo largo del siglo XX, inspiradas en ese marco conceptual, aparecieron las primeras revoluciones socialistas, que se instalaron con fuerza comenzando a edificar una nueva sociedad, basada en la búsqueda de igualdad.

Esas primeras experiencias socialistas crearon realidades superadoras de la histórica explotación de las sociedades clasistas. En todas ellas (Rusia, China, Cuba, Vietnam, Corea del Norte, Nicaragua), asumiendo que hubo errores que deben ser corregidos, lacras humanas que perviven (patriarcado, racismo, egoísmo, autoritarismo y burocratización, juegos de poder, verticalismo, incluso surgimiento de nuevas modalidades de clases sociales: la Nomenklatura, por ejemplo, las burocracias centralizadas omnipoderosas), las condiciones de las grandes mayorías se modificaron positivamente en forma exponencial: se trabajó muy fuertemente contra la desnutrición (pese a lo cual, como herencia secular, en algunos casos siguió habiendo hambrunas, pero lentamente el hambre fue extinguiéndose —recordemos que hoy, tercera década del siglo XXI, veinte mil personas mueren a diario por falta de nutrientes en el ámbito capitalista—), todo el mundo tuvo acceso a salud, educación, vivienda, infraestructura básica, transporte público, seguridad social, arte y cultura de calidad, todos servicios gratuitos de acceso universal, y se dispararon los avances científico-tecnológicos en forma fabulosa. Algo pasó, sin embargo, que después de décadas, el socialismo no siguió avanzando. Por el contrario, a partir de la fenomenal embestida que la derecha global ha tenido estas últimas décadas, el ideario socialista parece hacerse detenido.

Quedarse con la ideologizada idea que los proyectos socialistas fracasaron es, cuanto menos, incorrecto, por no decir miope, o muy peligroso. Si las poblaciones tuvieron todo lo que el capitalismo niega al 85 % de la humanidad, es incongruente ver un fracaso en el socialismo. La pregunta fundamental en juego es: ¿qué se esperaba de los primeros pasos del socialismo, la entrada en el paraíso? Las experiencias de socialismo real muestran que sí es posible ir más allá del capitalismo aunque, la historia lo demuestra, tal como están las cosas, con proyectos de socialismo en un solo país sobreviviendo en medio de la monumental propaganda anticomunista que barre el mundo y el ataque despiadado de los grandes capitales que manejan a la humanidad, los tradicionales valores capitalistas —nunca olvidar: siete siglos de existencia, montados a su vez en otras herencias ideológico-culturales milenarias, como la propiedad privada, el patriarcado, el autoritarismo, las jerarquías— retornan muy fácilmente. O, mejor dicho aún, nunca terminan de retirarse. Definitivamente habrá mucho que rectificar en futuras experiencias socialistas, pero sin duda lograron cosas que el sistema capitalista no puede ofrecer.

En realidad, esos valores ligados a la propiedad privada —que van de la mano de la familia, el egoísmo, el autoritarismo, el Estado— nunca se fueron en realidad. El capitalismo, como modo de producción que se globalizó en estos últimos siglos, se difundió con fuerza brutal por todos los rincones del planeta, aniquilando sangrientamente otros valores y sojuzgando a las poblaciones que los detentaban.

“La tarea específica de la sociedad burguesa es el establecimiento del mercado mundial [...] y de la producción basada en ese mercado. Como el mundo es redondo, esto parece tener ya pleno sentido [por lo que ahora estamos presenciando]”, anunciaba Marx en 1858. Hablar de globalización hoy día intenta decir, casi como grito triunfal, que el socialismo fue derrotado y que no hay alternativa: o capitalismo... ¡o capitalismo! Esto de globalización se popularizó luego de la caída

del Muro de Berlín, pero el proceso de planetarización, sin embargo, va estrechamente asociado al sistema mismo; de ahí que los clásicos podían afirmar un siglo y medio atrás que “el capital no tiene patria”. En esa lógica, la idea de Estado-nación de la modernidad eurocéntrica va desapareciendo, dando lugar a globalizaciones de todos los ámbitos humanos: la economía, la tecnología, los valores culturales, el ecocidio en curso. Los Estados modernos se reconfiguran y ceden su lugar a capitales de alcance planetario, que son los que realmente marcan el pulso de la historia. Si en algo persisten los Estados nacionales es en su tarea de reprimir la protesta, en cuidar los sacrosantos intereses de la clase dominante. En eso, sin dudas, no fallan. Por eso no existen los Estados fallidos, noción que últimamente la potencia estadounidense comenzó a circular en los ámbitos mediáticos y académicos. Fallan, esto se da más en el tercer mundo, en todo caso, en la provisión de servicios básicos para sus poblaciones; pero no fallan a la hora de reprimirlas.

Derrotar esos valores, esa cultura consumista y esa apología sin par del individualismo que trajo este sistema (recuérdese esa fantasía de “todo depende de mi propio esfuerzo”, “soy libre y decido mi vida”, “el que quiere, puede”) fueron ganando terreno en estos últimos dos siglos, y el espíritu capitalista es hoy ampliamente dominante en todo el mundo. De hecho, la Psicología hegemónica en el mundo capitalista apuesta por esa forma de tratar lo humano: todo depende del esfuerzo personal, con lo que se afirma una presunta libertad originaria de cada individuo que, según esa visión, sería inalienable, pretendido valor supremo. Desde una mirada más realista, o, mejor aún, crítica, puede observarse que el sujeto humano no es espontáneamente un heroico revolucionario que lo quiere cambiar todo, comprometido a toda hora con la transformación social, sino un ser adaptado, más bien conservador, que vive básicamente en rutinas que le permiten su sobrevivencia. En otros términos: uno más del rebaño. Homero Simpson puede ser su ícono representativo. “Los

pueblos no son revolucionarios, pero a veces se ponen revolucionarios”, pudo leerse en una pintada callejera durante la Guerra Civil de España en la década de 1930. La idea de hombre nuevo que comenzó a impulsarse con el socialismo, en los albores de la revolución rusa y luego con los aportes de Ernesto Che Guevara en Cuba, fomentando una nueva ética basada en la solidaridad, la abnegación total y el internacionalismo, de momento no parece prosperar. La observación objetiva del actual desempeño humano está más cerca de lo descrito por Voltaire, uno de los principales ideólogos de la burguesía revolucionaria de su momento, mentor principal del Iluminismo dieciochesco, quien reflexionaba en su obra magna *Cándido o el optimismo*:

¿Creéis que en todo tiempo los hombres se han matado unos a otros como lo hacen actualmente? ¿Que siempre han sido mentirosos, bellacos, pérfidos, ingratos, ladrones, débiles, cobardes, envidiosos, glotones, borrachos, avaros, ambiciosos, sanguinarios, calumniadores, desenfrenados, fanáticos, hipócritas y necios? (2021, p. 215)

Sin dudas, la puntualización hecha por este autor parece no alejarse mucho de la realidad. Las sociedades clasistas, por lo que puede constatarse, generan eso: masas que pueden ser manipuladas con bastante facilidad, donde esa descripción de cada individuo parece bastante acertada. El socialismo aspira a algo distinto.

No debemos olvidar nunca que el ideario socialista, los nuevos valores que pretende crear esta novedosa cultura revolucionaria, o dicho de otra manera: los cuadros encargados de conducir ese cambio y los pueblos que serían los realizadores del mismo en tanto masas en movimiento que aportan esa energía decisiva para la transformación, provienen en todos los casos de este mundo, de esta realidad social, de esta historia. Nadie está exento de ello. Nadie puede, bajo ningún punto de vista, estar exento. Por tanto,

todo el mundo adolece de estas formas a las que, con criterio objetivo y riguroso, no se le podría llamar simplemente lacras, sino elementos de nuestra actual condición humana. Más que adolecer, debería decirse somos producto de ellas. Sin repetir exactamente lo apuntado por Voltaire, quizá algo exagerado en su descripción, o quizá no, pero sin negar que también existen a veces fabulosas expresiones de solidaridad, de comunitarismo espontáneo de la más profunda honestidad, no puede menos que reconocerse que en todos los habitantes del planeta —hoy día, salvo los pequeños grupos neolíticos con sociedades no estratificadas en clases sociales que por allí persisten— se dan estas formaciones civilizatorias de individualismo, patriarcado, desconfianza / discriminación de lo distinto, autoritarismo, homofobia, espíritu conservador y algún otro etcétera no muy encomiable. No existen los superhombres que hayan superado todo esto. Los revolucionarios —categoría difícil de definir, ¿quiénes son en realidad?, ¿los hay?— no están al margen de todo esto. Incluso se ha dicho que Marx (el joven Marx al menos) pecaba de eurocéntrico, pues veía como países civilizados solo a las potencias industriales de Europa; sin dudas, así fue, aunque posteriormente amplió su mirada colonial. La cuestión a no olvidar nunca es que los sujetos, todos y todas por igual, somos irremediablemente hijos de nuestro tiempo, es decir: de nuestro ambiente cultural, civilizatorio. ¿Cómo escapar a eso? Es imposible. Las luchas de poder y esas lacras mencionadas están en los humanos. Es con esa madera, con esa materia prima, y no con otra, con lo que podrá emprenderse la construcción de la nueva sociedad. Por tanto, en esa construcción se repetirán indefectiblemente esos patrones. Eso es lo que vemos en las primeras, balbuceantes, muy tímidas, primerizas experiencias del siglo XX, con sus temerosos pasos, abriendo un camino nuevo, inventando sin un bagaje previo, como sí tiene hoy el capitalismo: siete siglos. La historia, definitivamente, pesa mucho. Una vez más entonces, y sin el más mínimo ánimo de

justificar sus tropiezos: qué se esperaba de este socialismo inicial, ¿la perfección, el paraíso terrenal?

Hoy es imperioso revisar en detalle, con un ánimo profundamente autocrítico, lo que sucedió —o está sucediendo— en estas primeras experiencias socialistas. Comparar los dos modelos con la misma vara es imposible. El capitalismo se siente exitoso si genera mucha ganancia para las empresas privadas; ello se traduce en un mercado cada vez más grande y voraz. El socialismo, medido con esa vara, no es exitoso, por supuesto ni le interesa serlo. Ahora bien: anidan allí dos visiones contrapuestas, absolutamente antitéticas, por lo que para medirlos hay que utilizar diferentes parámetros. El socialismo triunfa si puede distribuir la riqueza social con criterios igualitarios; no se mide por el lujo, la ostentación ni los oropeles deslumbrantes. De todos modos, si bien las primeras experiencias socialistas muestran fenomenales logros humanos, sociales —no mercantiles, no de centros comerciales abarrotados de mercancías y ostentosos carros de lujo corriendo por las calles como sí reclama la ideología capitalista—, hay elementos a revisar, no con la vara de este último sistema, sino con una auténtica visión revolucionaria y autocrítica, con patrones del materialismo histórico. Tomando lo dicho por un comunista español como el *youtuber* Jon Illescas (2013):

No debemos seguir adelante como si nada hubiera pasado. No podemos continuar como si no tuviéramos constatadas varias pruebas que nos dijeran lo contrario sobre el fracaso de la Dictadura del Partido único, (criminalización de la disidencia, ortodoxia del pensamiento, dogmas ideológicos, etcétera); del mismo modo que la medicina contemporánea rechazó la validez de las sangrías como método de curación para las enfermedades infecciosas.

Siempre en esa línea de crítica constructiva, y a partir de experiencias de democracia de base reales que existen en el mundo, por

ejemplo, las Juntas de Gobierno del movimiento zapatista en Chiapas, puede (debe) reclamarse la pérdida de poder popular que se fue dando en algunas de las experiencias socialistas, lo cual debe llevar a repensar el asunto. Como dice Gilberto López y Rivas:

Las formas de organización política de la democracia directa y de los autogobiernos surgidas de los procesos autonómicos indígenas no pueden ser aplicadas como una fórmula que organice la sociedad nacional y el Estado en sus múltiples ámbitos y complejidades. Sin embargo, ha sido precisamente la ausencia de participación de la sociedad y de los trabajadores en el ejercicio del poder y el control estatal, lo que caracterizó y —en parte— dio al traste con la experiencia del socialismo real. (2020, p. 150)

Definitivamente hay temas pendientes de profundo estudio y reconsideración en lo que hemos conocido como socialismo real. Siguiendo a Henrique Canary (2024), puede afirmarse de la Unión Soviética que:

Una dirección que representaba los intereses de una burocracia naciente había tomado el poder, eliminado físicamente a la vieja guardia bolchevique e implantado un régimen contrarrevolucionario basado en la teoría del socialismo en un solo país. Para ello, la democracia obrera en los soviets y el Partido Bolchevique había sido anulada en favor de un régimen tiránico que perseguía no solo a los opositores, sino incluso a sus fundadores y partidarios más leales.

La pregunta obligada es por qué, en tantos casos, el fenomenal empuje de los inicios de estos procesos revolucionarios, puede luego caer en similares empantanamientos, con planteos autoritarios, burocráticos, desligados de las masas, generando una suerte de nue-

va clase social que repite similares conductas de cualquier empresario / político capitalista, a veces con características tiránicas. El ideario socialista se encuentra con un menudo problema al toparse con ejemplos que desacreditan la causa, tales como los de Pol Pot en Camboya, con un probado genocidio sanguinario, o el de Nicolae Ceaușescu en Rumania, ajusticiado por su propio pueblo por genocida, autoritario y desfalco al Estado. O, con palabras de Jon Illescas (2013), Corea del Norte, donde

[...] con la instauración de una inédita “República Monárquica de Economía Planificada”, en base a la ideología oficialista del juche que lleva al extremo las contradicciones estalinistas del “socialismo en un solo país” con una exaltación ultranacionalista acientífica desquiciante, se ha producido una lamentable propaganda para los comunistas honestos de cualquier parte del mundo que ven caricaturizados y rechazados sus objetivos al compararlos con el “ejemplo” norcoreano. Incluso su Gobierno “comunista” tiene la desfachatez, en su propia página web en inglés, de alardear de poseer “los costes laborales más bajos de toda Asia para así atraer a los inversores.

De igual modo la experiencia del actual sandinismo —más bien un bonapartismo orteguista— da como resultado algo que no le hace un favor a la causa socialista. Dijo al respecto la comandante sandinista Mónica Baltodano, hoy fuera del país, y siempre fiel a sus valores socialistas del primer sandinismo de la década de los 80:

Casi nadie duda del carácter vengativo y criminal de Ortega y Murillo a partir de la represión brutal del 2018 y de la instalación de un sistema de vigilancia, cárcel, destierro, desnacionalización y despojo de bienes contra organizaciones y personas que piensan diferente, pero la declaración del FMI [que alaba a Nicaragua por

sus “políticas macroeconómicas prudentes” siguiendo patrones neoliberales a ultranza] permite recalcar el carácter reaccionario y ultra derechista del orteguismo.

Igualmente es utilizado por la derecha para desprestigiar los ideales socialistas lo acontecido en Venezuela con la Revolución bolivariana, donde luego de un arranque prometedor con Hugo Chávez a la cabeza, la experiencia fue mostrando, más allá del ataque externo, grados de corrupción que no condicen con la ética socialista, llevando todo el proceso hacia un punto muerto, autoritario y burocrático, que no le hace ningún favor a la causa del socialismo. Ello ratifica, una vez más, que por vía de la democracia burguesa no es posible, de ningún modo, salir de los cauces capitalistas. De todos modos, aún con todos los errores, excesos y contradicciones que pueda presentar el proceso venezolano, el hecho de defender su soberanía y la propiedad del petróleo —las reservas probadas más grandes del mundo, que dan para varias décadas de explotación todavía— mantiene encendida la agresión del imperialismo estadounidense y de imperialismos menores de la Unión Europea. Esto significa que cualquier medida que toque los intereses de los grandes capitales, así no sean socialismo químicamente puro —que, por cierto, no existe, pues no lo hay en ningún lugar— provocará la reacción. La interminable agresión contra el Gobierno venezolano lo deja ver con pasmosa claridad.

El socialismo no fue derrotado ni fracasó; hubo unos primeros pasos, que sin dudas dieron resultados positivos para las grandes mayorías populares, pero la experiencia enseña que deben mejorarse. La democracia real, no la perversa mentira de la democracia burguesa representativa, el poder popular de abajo, la democracia directa quedó muy por debajo de las expectativas. La dictadura del proletariado, en muchos casos tuvo más de dictadura que de Gobierno proletario de trabajadores y trabajadoras obreras y campesinas.

Eso es un pendiente a cuestionar muy hondamente. La reversión sufrida en la Unión Soviética y su retorno al capitalismo, el paso a mecanismos de mercado en China y la solitaria orfandad de otras experiencias que las obligaron a sobrevivencias magras (por ejemplo, Cuba), abre obligadamente la necesidad de revisar las causas de esos procesos. Para el discurso capitalista, eso es la palmaria demostración de la inviabilidad del socialismo, para una visión de izquierda, es un llamado a revisar postulados básicos para entender la complejidad de esas realidades, donde la principal causa es el inmisericorde y sistemático ataque sufrido por el capitalismo, eterno adversario a muerte.

Todas las experiencias socialistas han sido objeto de sangrientas, despiadas, mortíferas agresiones por parte del mundo capitalista, de la clase dominante que se resiste a perder sus privilegios. Apelando al más amplio espectro de manifestaciones agresivas, todos los puntos del planeta donde se comenzó a construir una alternativa poscapitalista, donde se cuestionó a la empresa privada y se buscaron mecanismos para socializar la riqueza, fueron objeto de ataques: invasiones, fomento de la guerra interna, ardides de los más infames, boicots, diversos tipos de bloqueos, infiltraciones, obstaculización o destrucción de los avances conseguidos, intentos de magnicidios contra sus principales líderes, desprestigio infamante a través de los medios de comunicación, más un largo etcétera, todo para debilitar esos procesos. Desde la primera experiencia de autogobierno popular, la Comuna de París de 1871, se repite la constante: la clase dominante ahoga en sangre todo intento de transformación. En la URSS mató veinticinco millones de personas en la Segunda Guerra Mundial y dejó cuarenta millones de heridos graves, además de destruir tres cuartas partes de su parque industrial, para acabar con ese mal ejemplo, aunque no lo logró, y si hoy no lo hace bélicamente —aunque Rusia ya no es socialista, pero sigue siendo un rival del capitalismo occidental— ni tampoco lo intenta con China, donde

las potencias capitalistas desestabilizaron todo el tiempo a través de otros medios, es porque no tienen la seguridad completa de un triunfo militar (los misiles de estos dos gigantes euroasiáticos son tan poderosos como los estadounidenses, o quizá más). Cuando la relación de fuerza es favorable a los explotadores, prácticamente siempre, estos matan sin la más mínima consideración a quien protesta, a quienes encabezan otras alternativas no centradas en la empresa privada. La guerra de clases, como dijera aquel magnate de Wall Street citado más arriba, que ya no lucha de clases, es monstruosa, despiada, presente cada día, cada minuto. El capitalismo, más allá de golpearse el pecho denunciando la violencia de la izquierda, es cruel, criminal, perverso. Solo para recordar algunos de los numerosos, interminables ejemplos que impulsó con montañas de cadáveres y ríos de sangre para evitar cambios: la masacre del 1 de mayo de 1886 de los ocho líderes obreros que pedían la jornada laboral de ocho horas, conocida como la tragedia de Chicago, que diera lugar posteriormente al Día Internacional del Trabajo (pero en la primera potencia capitalista, ni siquiera ese día se festeja); el incendio de la fábrica Cotton Textile Factory el 8 de marzo de 1908 en Nueva York donde murieron ciento veintinueve mujeres quemadas vivas protestando por las condiciones de trabajo, hecho que motivó la celebración del Día Internacional de la Mujer; el levantamiento espartaquista de Alemania en 1919 brutalmente reprimido donde muriera la dirigente obrera Rosa Luxemburgo; el bombardeo de la población de Guernica durante la Guerra Civil de España, en 1937, con dos mil muertos; el criminal golpe de Estado en Chile en 1973 para instaurar la dictadura de Pinochet que inauguró los planes neoliberales en todo el mundo; la quema de la embajada de España en Guatemala en 1980 donde se incineraron vivas 37 personas, campesinos básicamente, que pedían por sus derechos; la invasión de Washington a la isla de Grenada en 1983 para derrocar al socialista Maurice Bishop; las sangrientas invasiones de Irak o de Libia realizadas por coaliciones capitalistas,

lideradas por Estados Unidos, países aquellos dirigidos por fuerzas con un talante socializante (Saddam Hussein y Mohammar Khadafi respectivamente); el Plan Cóndor para Sudamérica, que marcó las décadas de los 60 y 70 del siglo XX con alrededor de cien mil personas desaparecidas, quienes pedían una sociedad más justa; las interminables huelgas obreras reprimidas a sangre y fuego a través de la historia en distintas partes del mundo; el caracazo de Venezuela en 1989, gente que protestaba contra los planes neoliberales impuestos por el FMI, donde murieron no menos de cuatro mil personas (doscientas setenta y seis oficialmente) por la represión estatal; solo para dar algunos datos de esta escalofriante forma de mantener las democracias de mercado. Es decir, cada vez que la clase trabajadora, que los olvidados de la tierra, como dijera Frantz Fanon, que los pueblos vilmente explotados protestan, alzan la voz reclamando por sus derechos, exigiendo justicia, se les reprime brutalmente. Y los países donde se produjo un giro a la izquierda, son mucho más reprimidos aún. Ese debe ser el horizonte primero desde donde evaluar la marcha de los pocos socialismos reales existentes o existidos.

Haciendo un balance objetivo, bien sopesado, con espíritu autocrítico genuino, de esas experiencias socialistas de las que podemos hablar ya como Estados revolucionarios (Unión Soviética, República Popular China, Cuba, etcétera), sin desconocer en absoluto las lacras ya mencionadas —autoritarismo, falta de democracia real, cúpulas que se terminan transformando en nuevas clases sociales dominantes, culto a la personalidad, corrupción— pueden concluirse al menos dos cosas: 1) un planteo socialista no cambia mágicamente la ética, la psicología profunda de las personas, el modo de ser milenario que llevamos arrastrando todas y todos. No se le puede pedir más a un cambio tan monumental como la revolución socialista, porque hay límites infranqueables. Lo apuntado, quizá un poco como provocación, por Voltaire no puede —radicalmente: ¡no puede!— desaparecer por una nueva correlación de fuerzas sociales. Para ello se

necesitarán muchas, muchísimas generaciones; procesos de siglos quizá (baste observar la restauración en Rusia luego de setenta años de socialismo). 2) Parafraseando lo dicho por el ya citado Julio Carranza: “El bloqueo no es todo, pero el bloqueo afecta todo”, podríamos decir que la agresión externa no es todo, pero afecta todo. Definitivamente, vivir en un permanente clima de hostigamiento, casi de guerra, dificulta la normal convivencia cotidiana, la torna insostenible. ¿Por qué la población nicaragüense votó por la oposición antisandinista en las elecciones de 1990, aunque los multitudinarios actos de cierre de campaña hacían pensar otra cosa? Porque la persistencia de la guerra, de baja intensidad según la Casa Blanca, pero total para el pueblo de Sandino, no permitía vivir. Durante los diez años que duró la experiencia nica, con la guerra fabulosa que Ronald Reagan estableció contra el Frente Sandinista a través de la contra, se conmocionó todo el país, por lo que no había familia que no tuviera un miembro muerto en la contienda, y los daños de guerra fijados por la Corte Internacional de Justicia como indemnización que debía pagar el Gobierno estadounidense al de Nicaragua cuando se firmó la paz se calcularon en diecisiete mil millones de dólares (compensación que, por cierto, nunca fue pagada). La vida bajo ese fuego intenso se hace difícil, casi imposible. Eso mismo pasó en todos los países socialistas: buena parte del presupuesto nacional debía destinarse a la defensa. En la Unión Soviética los inconmensurables gastos de defensa que imponía la Guerra Fría —más los problemas ya apuntados— terminaron por ahogar el proyecto revolucionario. La revolución hay que estar haciéndola siempre, manteniéndola a diario. Si no, se cae. Esto implica un trabajo ideológico para forjar ese hombre nuevo enorme, monumental. Y eso agota. El capitalismo hace algo similar para mantener su edificio en pie a través de todos sus mecanismos ideológico-culturales, con mayor intensidad tal vez, pero está tan normalizado, tan asumido como natural, que no se siente impositivo. “La revolución no es un evento de un solo día, es un pro-

ceso constante de lucha y transformación”, decía acertadamente Ho Chi Minh en la realidad vietnamita. Ahora bien: vivir todos los días en guerra, en situación de combate, pensando en cómo edificar ese hombre nuevo, puede terminar agotando. Habrá cuadros intelectuales, en general, quienes conforman los partidos revolucionarios, las vanguardias, que están dispuestos a dar su vida en la lucha, pero son solo unas pocas personas. Las mayorías populares no viven con ese nivel de conciencia crítica. Ni tampoco puede esperarse eso, y mucho menos, exigírselo. Las luces deslumbrantes del capitalismo, que es lo mismo que decir, de lo ya conocido, de aquello que nos formó, están siempre listas para aflorar. Y dadas las circunstancias —las penurias que ocasiona el bloqueo, la agresión continua, la militarización y disciplinamiento del día a día— florecen. Por eso, en todas las experiencias socialistas conocidas, ahí está el capitalismo sobreviviendo con fuerza. Como dice un mordaz, sardónico chiste, pero quizá no muy falto a la verdad: lo primero que hace un militante comunista cuando se gana la lotería es... ¡desafilarse del Partido!

Hoy día el sistema capitalista se muestra ganador. El ideario socialista lentamente fue saliendo de las agendas o lo fueron sacando a golpe de sangrienta represión. ¿Por qué no ocurrió la revolución obrera mundial después de 1917, cuando parecía que se empezaban a dar condiciones para ese gran cambio? ¿Errores de los comunistas —¿tan tonta es esta gente?— o porque el sistema lo impidió, haciendo lo imposible para evitar cualquier cambio? Con péfidos intereses, la derecha intenta mostrar hoy las ideas marxistas como una rémora superada, presentando al capitalismo como única vía posible. Y si la República Popular China, según ese interesado discurso, hoy descuella como superpotencia, ello se debe a “haber abrazado mecanismos de mercado”. Hay allí una ignominiosa mentira, el maoísmo sentó las bases para ese espectacular salto que luego propuso Deng Xiaoping, sin abandonar los principios socialistas. El capitalismo, pese a la fabulosa riqueza acumulada, no puede ofrecer

bienestar más que a un 15 % de la población mundial (norte próspero y escasos bolsones en el sur global). La inmensa mayoría planetaria pasa penurias indecibles: sobra comida, pero sigue el hambre, enfermedades que se podrían controlar perfectamente continúan siendo endémicas por los intereses corporativos de las grandes farmacéuticas, una de las pocas salidas de las desesperadas masas populares del tercer mundo es marchar como migrantes irregulares hacia las supuestas islas de esplendor del norte (tres mil personas diarias), donde son vilmente explotadas o rechazadas, muy buena parte de la más alta inteligencia humana está dedicada a la producción de armamentos —principal actividad económica del mundo: generan setenta mil dólares por segundo, siendo sus principales fabricantes justamente, o paradójicamente, las cinco potencias que conforman el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas—. Junto a ello, el modo de producción y consumo que impuso —todo es mercadería para vender— ha ocasionado un monumental desastre ecológico (¡no hay cambio climático, como si ello fuese una transformación natural del planeta, una transformación geológica!, ¡hay desastre ocasionado por la obsolescencia programada, por el consumismo voraz!), donde está en entredicho la posibilidad de continuar la vida en estas condiciones. Si el capitalismo se exhibe como ganador sobre el socialismo, hay que preguntar críticamente dónde está ese éxito: veinte mil personas mueren diariamente por falta de alimentos, se busca agua en Marte, pero no para hacérsela llegar al 26 % de la población terrestre que no tiene acceso a agua potable, y en un mundo donde ya pasan a ser casi imprescindibles posgrados universitarios y manejo de varios idiomas para conseguir buenos trabajos, 15 % de los habitantes son abiertamente analfabetas (dos tercios de eso son mujeres) más un 60 % de analfabetas funcionales. El socialismo, aún con todos sus problemas, superó esos atávicos lastres.

Lo cierto es que las propuestas de transformación revolucionaria de la sociedad, surgidas ya a mediados del siglo XIX, lo que llama-

mos izquierdas, y que dieron sus primeros frutos en la primera mitad del XX, hoy se muestran débiles, sin mayor impacto en la población, condenadas a un cierto, o gran, desprestigio que las margina, con una propaganda capitalista tan bien montada —con tecnologías de manejo social a la más alta escuela— que hablar de socialismo hoy parece retrógrado. Los trabajadores fueron convertidos, nominalmente, claro, en colaboradores, los movimientos sindicales, en general se redujeron a raquíticas burocracias propatronales, y otros fermentos de cambio social (lucha contra el patriarcado, contra el racismo, contra la catástrofe ecológica, reivindicación de territorios ancestrales de pueblos originarios contra las industrias extractivistas, luchas contra todo tipo de discriminación por preferencias sexuales) se mueven en soledad, sin articularse en un frente común que permita colapsar al sistema capitalista como un todo. En el medio de ese paisaje, bastante desolador, por cierto, aparece la cooperación internacional que el norte próspero brinda al sur famélico, no siendo ese mecanismo sino una forma más de artero control social (“Estrategias contrainsurgentes no armadas”, recordemos la caracterización de la CIA años atrás). El papel de los Estados empobrecidos es reemplazado por la caridad, por mecenazgos de magnates bienintencionados, por ayudas que, lo único que logran, es fomentar la cultura de la beneficencia. Para rematar el grado de control social, los capitales han sabido implementar sádicos mecanismos de manipulación de masas como las nuevas religiones fundamentalistas, que mantienen adormecidas a las poblaciones; tal es el caso de los grupos neopentecostales en América Latina o el fundamentalismo islámico en Medio Oriente y Asia Central, todas repulsivas herramientas de adormecimiento masivo, tanto como los deportes profesionalizados (el fútbol ante todo) o las drogas ilegales. Ante este panorama, las izquierdas, en cualquiera de sus formas (lucha armada, organización de base con incidencia en lo sindical

o comunitario, movimientos populares, participación política en elecciones dentro de la institucionalidad burguesa) no aciertan a tener proyectos que conmuevan, que verdaderamente puedan colapsar al capitalismo. Las reformas socialdemócratas son eso: reformas, superficiales cambios cosméticos. Los progresismos —que podrán ser saludados como avances, así como la doctrina social de la Iglesia católica con su opción preferencial por los pobres— no tocan los cimientos mismos del sistema. Si eso no se hace, entonces no hay cambio verdadero. Hay, con buena suerte, gatopardismo: cambiar algo para que no cambie nada. Pero, como dijera Marx en su momento: “No se trata de reformar la propiedad privada, sino de abolirla; no se trata de paliar los antagonismos de clase, sino de abolir las clases; no se trata de mejorar la sociedad existente, sino de establecer una nueva”.

La pasada pandemia de COVID-19 profundizó estos desastres ya históricos del sistema capitalista a nivel mundial. William Robinson (2020) describió perfectamente el panorama:

El emergente paradigma capitalista pospandemia se basa en una digitalización y aplicación de las tecnologías de la así llamada cuarta revolución industrial. Esta nueva ola de desarrollo tecnológico es posibilitada por una tecnología de la información más avanzada. Lideradas por la inteligencia artificial [IA] y la recogida, procesamiento y análisis de inmensas cantidades de datos (big data), las tecnologías emergentes incluyen el aprendizaje automático, la automatización y la robótica, la nano y biotecnología, el Internet de las Cosas (IdC), la computación cuántica y en la nube, la impresión 3D, nuevas formas de almacenamiento de energía y vehículos autónomos, entre otras. [...] La economía global pospandemia supondrá una aplicación rápida y expansiva de la digitalización a cada aspecto de la sociedad global, incluidas la guerra y la represión.

Si se dijo, con cándida ilusión sin duda, que después de un acontecimiento tan monumental como esta pandemia —que no será la última, según van las cosas—, la humanidad entraría en una nueva fase de solidaridad generalizada, la experiencia muestra algo totalmente distinto. Las tecnologías más desarrolladas, que se dispararon en forma exponencial estos pasados años dados los encierros forzados que se vivieron, dentro del marco capitalista no son beneficio para las extendidas masas populares sino solo instrumento favorable a las élites, para seguir explotando y lucrando, y para controlar cualquier atisbo de protesta. Es más que evidente que la explosión científico-técnica en que se vive beneficia no a todos por igual. Grandes masas populares llegan muy tardíamente a aprovechar esos avances, y son solo pequeñas élites, ahora de carácter supranacional, las que las utilizan para mantener sus privilegios y ahuyentar más aún la cercanía de un cambio revolucionario.

Las modalidades que fue tomando el sistema capitalista en su conjunto, en vez de servir para llevar bienestar a cantidades crecientes de población, por el contrario, han servido para aumentar estratosféricamente la diferencias entre poseedores (el 1 % de la humanidad detenta el 60 % de la riqueza global) y desposeídos. La cultura digital ya establecida a que asistimos, potenciada al máximo en estos años de confinamiento, encierra cada vez más a los usuarios: la vida se va reduciendo a interactuar con una pantalla (¿cómo formar sindicatos de esa manera?), y el teletrabajo se va imponiendo. Como ya se ha dicho anteriormente, existe una sexualidad virtual, siempre en alza. ¿Acaso estamos irremediablemente condenados a esa suerte de soledad, de desinterés por el otro? La robotización y la inteligencia artificial, que podrían ser fabulosos instrumentos de ayuda para alcanzar altas cuotas de bienestar, terminan funcionando como un problema para las grandes masas, pues hacen evidente que el sistema prefiere sacrificar gente y no su tasa de ganancia. En esa lógica, establecida por los megacapitales globales, pareciera que

mucha población sobra en el mundo. Solo para pensarlo: se dijo que el Virus de Inmunodeficiencia Humana [VIH] se inventó para quitar gente del continente africano, tan rico en recursos naturales para las megaempresas capitalistas de Occidente. Así sea esto una mera elucubración paranoica, la arquitectura del sistema permite concebir acciones así. ¿Por qué, si no, arrojar dos bombas atómicas sobre población civil no combatiente (Japón, 1945) cuando eso no era necesario en términos militares, pues la derrota nipona ya estaba decidida? Como ya lo venimos viendo con muchos de los ejemplos anteriores, el modo de producción capitalista piensa y se mueve solamente por la obtención de lucro; si para ello debe sacrificar gente, materia viva, el futuro, eso no importa. *Business are business*, se dice muy elocuentemente. La acumulación siempre creciente de capital manda.

Construir y mantener un paraíso de igualdad en medio del ataque furioso del mundo capitalista es sumamente difícil. Países inconmensurablemente grandes y ricos en recursos, como Rusia o China, pudieron sostener, no sin dificultades, un proyecto socialista, afianzarse y crecer en todo sentido, garantizando equidad para su población. Pero la historia deja muchas preguntas: ¿por qué cayó la Unión Soviética?, ¿por qué la República Popular China se abrió a mecanismos de mercado? En países mucho menos ricos, con menos recursos (Cuba, Nicaragua, Corea del Norte, Vietnam), la cuestión se acrecienta: ¿por qué allí se buscan salidas de capitalismo controlado? ¿Acaso el socialismo no logra las cuotas de justicia que se esperaba? Todo indica que sí: recordemos aquello de “En el mundo hay doscientos millones de niños de la calle. Ninguno de ellos vive en Cuba”, que pudo decir con sano orgullo Fidel Castro. O, incluso, el único país del sur global que, en el medio del inmisericorde bloqueo y arrastrando infinidad de problemas pudo elaborar una vacuna efectiva contra el COVID-19 fue Cuba socialista. Sin ningún lugar a dudas, los modelos socialistas llenaron las necesidades básicas de los pueblos infinitamente más que los planteos capitalistas. Pero queda una duda: ¿por

qué las experiencias de socialismo no siguieron adelante con su esquema inicial sin tropiezos, y por qué en muchos casos involucionan hacia formas de libre mercado? ¿La población se cansó de la escasez? ¿Quizá la producción planificada lleva inevitablemente a ese aburrimiento? Si el materialismo histórico es una ciencia, debe seguir profundizándose para dar respuesta a todo lo anterior, indicando los caminos a seguir. Repetir ortodoxamente consignas ya gastadas no es el camino. “O inventamos o erramos”, decía Simón Rodríguez, maestro de Simón Bolívar.

Lo anterior obliga a la pregunta de si es posible el socialismo en un solo país. Tema complejo como el que más. Las experiencias conocidas en el siglo XX, ¿no fueron socialistas entonces? Para algunos teóricos de izquierda: no. No pasaron de ser capitalismo de Estado. La pregunta sería, una vez más: ¿qué se esperaba del socialismo, la panacea universal? Está claro que salir de un modelo para empezar a edificar una sociedad nueva es tremendamente difícil, porque hay que combatir contra una herencia de siglos, o incluso, en ciertos aspectos, de milenios. Hay que balancear eso con la crítica real, efectiva, valiente; defender la causa revolucionaria, pero siendo autocríticos. No podemos esperar soluciones mágicas, pero tampoco se pueden avalar injusticias y arbitrariedades. Entonces, ¿es posible el socialismo en un solo país? Engels escribió a mediados del siglo XIX:

¿Es posible esta revolución en un solo país? No. La gran industria, al crear el mercado mundial, ha unido ya tan estrechamente todos los pueblos del globo terrestre [...] que cada uno depende de lo que ocurre en la tierra del otro. Además, ha nivelado en todos los países el desarrollo social a tal punto que en todos estos países la burguesía y el proletariado se han erigido en las dos clases decisivas de la sociedad, y la lucha entre ellas se ha convertido en la principal lucha de nuestros días. Por consecuencia, la revolución

comunista no será una revolución puramente nacional, sino que se producirá simultáneamente en todos los países. (2020, p. 12)

Lo que tuvimos en el siglo XX como primeros pasos socialistas, sin embargo, fueron procesos nacionales. Hoy, con el decaimiento de los Estado-nación modernos, con una arquitectura global que se mueve a escala absolutamente planetaria (incluso ya, extra planetaria: guerra espacial, conquista de la Luna, de Marte, llevando las contradicciones terrestres a otros confines), pensar en un proceso revolucionario en un pequeño país (Honduras, Etiopía, Bélgica o Myanmar, por mencionar algunos) se ve inviable. ¿La revolución deberá ser total, mundial? Eso nos abre cuestiones que deberán seguirse profundizando.

Las izquierdas, en todas partes del mundo, se han apegado bastante a la letra de lo estudiado y expuesto por Carlos Marx en la segunda mitad del siglo XIX. Sus descubrimientos, sin ningún lugar a dudas, abrieron un campo de pensamiento social crítico inigualable. Tanto y a tal punto que sus formulaciones, en realidad llamadas socialismo científico o materialismo histórico, pasaron a ser rápidamente conocidas como marxismo. Cuando se entroniza de una determinada manera a un autor, a un personaje, se corre el riesgo de poder terminar endiosándolo. Con esto, ni remotamente estamos diciendo que Marx se equivocó o que fue superado, o que él en persona fomentara un culto a su personalidad. Por el contrario, nada más alejado de ello. Pero sí debe hacerse notar que su obra generó una ciencia, en el sentido más estricto de la palabra, una ruptura epistemológica, como decía Louis Althusser. Es decir, un saber que se pretende riguroso, que se maneja por conceptos y que tiene la capacidad de actuar concretamente sobre el mundo, así como hace cualquier ciencia: a partir de sus conceptos fundamentales se genera una praxis operativa en la realidad concreta. En tal sentido, lo enunciado por Marx, que en esencia sigue siendo totalmente vigente hoy, más

de un siglo después de su aparición como teoría —por cierto, no se ha terminado la explotación de clase, y en eso se basa el actual modo de producción—, ese estudio, esa crítica, en el sentido más prístino del término, se hizo sobre la base de un capitalismo todavía de libre concurrencia, con unas pocas potencias europeas y el naciente Estados Unidos controlando el mercado mundial, y con un gran sur global convertido en colonia de aquellas metrópolis. En lo sustancial, eso no ha cambiado, pero el sistema capitalista fue modificándose en su forma. Se hizo monopolista, luego devino imperialista, posteriormente globalizado con la llamada deslocalización, desarticuló a la clase proletaria industrial, se robotiza en forma creciente, fue creando nuevas formas de relacionamiento social. El mundo de hoy, tercera década del siglo XXI, presenta características bastante distintas a la sociedad decimonónica estudiada por los clásicos. Fenómenos nuevos marcan la dinámica humana: mundo de la virtualidad (ya se hacen confesiones con el cura confesor en línea) que nos convierte en seres permanentemente ante una pantalla; algoritmos, reconocimiento facial y por el calor corporal que permiten saber a los poderes qué pensamos y dónde estamos en cada momento; catástrofe ecológica que puede cambiar irreversiblemente el planeta; guerra de cuarta generación en marcha (mecanismos de control mediático-psicológico-culturales de altísimo impacto, incluyendo neuroarmas) que van decidiendo en forma creciente lo que debemos pensar; *influencers* que mueven más gente por las redes sociales con mensajes banales y entradores que cualquier mitin político; nuevas formas de la sexualidad (la explosión LGTBIQ+ no se detiene) que abren preguntas sobre el ser humano del futuro y la construcción de nuevos modelos de familia; de los siete mil idiomas existentes hoy día, para fines del presente siglo quedará solo el 10 %, dado que la planetarización cultural es un hecho que no se detiene; inteligencia artificial que nos interroga sobre la marcha futura del ser humano (tres libros diarios producidos por un *chatbot*... ¿sobrará la gente?).

“El auge de la IA avanzada y la AGI (inteligencia general artificial) tiene el potencial de desestabilizar la seguridad mundial de un modo que recuerda a la introducción de armas nucleares”, informa el Departamento de Estado de Estados Unidos; explosiva aparición de *startups* (pequeñas empresas de alta tecnología con alcance global) que marcan buena parte del ritmo del movimiento comercial actual; proliferación creciente de “nómadas digitales” (trabajadores ligados al mundo cibernético que trabajan en forma remota, incluso de un país a otro, dejando completamente de lado la presencialidad), lo cual no fortalece lazos solidarios de gremio sino que constituye una invitación al individualismo (o solipsismo, como se le ha caracterizado); el contrabando internacional de semiconductores informáticos (chips) de gama alta con un gran potencial destructivo rigiendo cada vez más los procesos industriales y militares, aumentando exponencialmente la brecha entre países ricos y pobres; delincuencia organizada al más alto nivel moviendo cantidades monumentales de dinero que se reciclan en la economía limpia, convirtiéndose en nuevos poderes políticos (narcoactividad, tráfico ilegal de personas y de armas, redes de prostitución a gran escala, expansión de drogas sintéticas, falsificación de medicamentos, industria del sicariato, minería ilegal). Ante todo este nuevo panorama, el materialismo histórico como ciencia debe seguir profundizando todos esos aspectos. Nuevos colectivos de lucha que han ido apareciendo en los años (lucha contra el patriarcado, contra el racismo, contra la discriminación sexual, etcétera) aportan renovada energía a la lucha antisistémica, por lo que deben establecerse los vínculos pertinentes con los fundamentos del materialismo histórico. Los textos clásicos son fundamentales, pero con el estalinismo, mucho de la teoría pasó a ser dogma, más cerca de una actitud religiosa que científica. Los manuales soviéticos no abrieron la investigación, sino que, en general, se limitaron a repetir fórmulas. Eso marcó mucho al campo comunista internacional, muchas veces fieles seguidores de Moscú.

Hay que proseguir profundizando el instrumento teórico con el que delinear una estrategia revolucionaria. Eso parece que está faltando hoy día. Las ciencias sociales continuaron avanzando, y muchas de ellas pueden dar importantes pistas para esa construcción: el psicoanálisis (y sus investigaciones acerca de la condición humana, de la fascinación con el poder), la semiótica (que estudia cómo podemos ser convertidos en manso rebaño por el uso de la comunicación), por ejemplo. La realidad humana se muestra intrincadamente compleja, y solo con lecturas críticas que nos proporcionan estas actuales ciencias podremos entender alguno de los empantanamientos del socialismo real. Las luchas de poder, por ejemplo, crueles y sangrientas en general, no se dan solo en el ámbito de la derecha: también en las izquierdas. ¿No es hora de reconocerlo para abordarlas con espíritu científico crítico? El materialismo histórico es una ciencia, no una religión dogmática.

El capitalismo hoy se muestra tremendamente blindado. La libre competencia de sus albores quedó atrás, siendo manejado por unos pocos grupos oligopólicos de envergadura colosal, que deciden en secreto la marcha del mundo (las elecciones democráticas son una vil payasada para engañar a las masas). Ínfimas élites superpoderosas fijan las líneas a seguir por la humanidad, sin que nadie se les pueda oponer. Se ha dicho que estamos en un punto donde es más fácil que termine la humanidad —por el calentamiento global o por la guerra atómica ¿o porque la inteligencia artificial tomaría el poder acabando con la dañina especie humana?— a que termine el sistema capitalista. Sin dudas, un dicho cuestionable; pero la realidad muestra que el modo de producción se muestra con muy buena salud, y la revolución socialista se ve bastante lejana, más aún después de la reversión en la Unión Soviética y el este europeo y los cambios habidos en China. Que la gran mayoría de la humanidad viva mal no inmuta a los capitales: en la lógica capitalista cuenta solo la tasa de ganancia, el lucro individual. Lo demás, no le concierne. Incluso

se dan el lujo de proponer algunos cambios superficiales para evitar peligrosos recalentamientos y que la olla de presión social pueda estallar. Si el capitalismo debe apelar a los más horribles métodos para defenderse y mantenerse (represión sangrienta, cárceles, torturas, *fake news*, *netcenters*, neuroarmas, masacres con armas de destrucción masiva) lo hace sin el más mínimo sentimiento de culpa (lanzó las bombas en Hiroshima y Nagasaki, o toneladas de agente naranja en Vietnam, y si fuera necesario, lo volvería a hacer). Incluso las deudas externas de numerosos países del Sur con los organismos crediticios del Consenso de Washington, además de ser una sangría permanente que no permiten su desarrollo, obran como mecanismos de control que tienden a perpetuarse; son deudas técnicamente impagables, pero que eternizan la dependencia. Ante todas esas barbaries, hoy día realizadas con las más sofisticadas tecnologías —bélicas, comunicacionales, de ingeniería social— los preceptos socialistas, con su ética de solidaridad, con su fragoroso llamado a la igualdad en todos los órdenes, continúa siendo una esperanza. Pero el sistema supo acallar, no extinguir, esas voces alternativas, y hoy se hace muy difícil dar la lucha. Difícil, sin embargo, no significa imposible. En esa lógica de explotación sin par debe apuntarse también lo que se conoce como fuga de cerebros. Es decir, la fuga de talentos, la migración de personal altamente calificado desde el sur hacia los bolsos de esplendor del norte, lo cual constituye otro agravio hacia los países pobres. Las metrópolis no invierten así en la formación de cuadros profesionales (científicos, investigadores, personas con fuerte formación académica), sino que los atraen hacia sus economías, contribuyendo de ese modo al vaciamiento en los países empobrecidos, que destinan ingentes recursos a formar a su gente para que luego migre, siendo así dinero perdido —y ganado indirectamente por los centros imperiales—.

La lucha titánica que significó la Guerra Fría terminó con la derrota de la Unión Soviética, el primer Estado obrero-campesino de

la historia, y el triunfo del principal ícono capitalista, Estados Unidos, construyendo un mundo unipolar donde pudo creerse, por muy poco tiempo, que “la historia había terminado”, y las llamadas democracias de mercado eran la única alternativa. Democracias, no olvidarlo nunca, que son una parodia, donde el pueblo votante solo elige el próximo gerente que administrará un país, siempre sobre la base de relaciones socio-económicas capitalistas. Democracias, insistamos con eso, absurdas, que pueden ser encomiadas por las más antidemocráticas y parasitarias monarquías hereditarias como las hay en Europa, por ejemplo. Esa caída de los ideales revolucionarios que marcaron la primera mitad del siglo XX trajo como consecuencia la desaceleración de los procesos de búsqueda del socialismo, un enfriamiento en las luchas revolucionarias, una orfandad de paradigmas donde reflejarse para todo el campo popular mundial. Las luchas sectoriales arriba apuntadas (lucha contra el patriarcado, contra el racismo, etcétera) no pueden alcanzar por sí solas para derribar al sistema (si los mismos capitales globales a veces financian algunas de ellas, eso muestra que son reivindicaciones que el propio sistema puede tolerar sin conmocionarse en su base). Son imprescindibles, sin dudas, y absolutamente válidas, pero como parte de una articulación de luchas más omniabarcativas. Ante esa cierta desazón, esa desesperanza que cundió globalmente, y ante la falta de caminos claros, el capitalismo como sistema parece alzarse victorioso, intocable.

En estos momentos se dan reacomodos a nivel internacional. Estados Unidos, como principal potencia capitalista, arrastrando tras de sí a capitales menores (en muchos casos: además de socios menores, también súbditos militares: en Europa hay casi 500 bases militares estadounidenses; en el país americano ni una sola europea), capitales provenientes de la Unión Europea o Japón y, en definitiva, arrastrando a buena parte de la humanidad —hoy es la expresión máxima del imperialismo—, ha dominado el planeta desde el fin de

la Segunda Guerra Mundial, en 1945. Su moneda, el dólar, fue impuesta por Wall Street como la divisa obligada para el manejo de la economía mundial, y para defender esa hegemonía cuenta con alrededor de ochocientas bases militares diseminadas por toda la faz de la Tierra, listas para salvar la libertad y la democracia en todo momento. Sin embargo, esa supremacía está cambiando ahora: China como nueva superpotencia económica y científico-tecnológica y Rusia como renacida superpotencia militar, comienzan a construir un área desmarcada del dólar, poniéndole un límite a la hegemonía de Washington. Buena parte de la humanidad, la del sur global, mira con buenos ojos esos movimientos. Ese enfrentamiento entre los tres grandes poderes está dando como resultado guerras locales (Ucrania, Palestina, posiblemente Taiwán) que, desde la perspectiva capitalista, son intentos de Estados Unidos para seguir mantenido su hegemonía planetaria. Estos reacomodos que se viven en la tercera década del siglo XXI preparan las condiciones para 1) un cambio en la arquitectura económico-política global, terminando con la supremacía anglosajona, o 2) una guerra nuclear que podría ser el fin de la humanidad. De todos modos, así Estados Unidos pierda su actual sitio de honor, el mundo que se avizora no sale de los marcos del capitalismo. La República Popular China, con su muy peculiar socialismo de mercado o socialismo a la China, puede estar dando resultados para su numerosa población nacional, pero no es un referente para todas las luchas sociales del orbe. Por lo pronto no apoya, como lo hizo en su momento la Unión Soviética, las luchas por el socialismo en distintas latitudes. La Nueva Ruta de la Seda que propicia, con su consigna de ganar-ganar, no es sinónimo de equidad socialista. Ese no es el socialismo revolucionario que pueda beneficiar a las hoy enormes masas populares empobrecidas y golpeadas por el capitalismo. La presencia china a veces no se distingue de los capitales occidentales, aunque condone deudas y no plante bases militares. En todo caso, anida allí una incógnita imposible de

descifrar en este momento. Se ha dicho, por parte de estudiosos de la izquierda, que este nuevo realineamiento global, que implica el avance de los BRICS y una economía despegada del dólar, puede ser el inicio de un paso al socialismo. En realidad, no está claro cómo. Sin dudas, la hegemonía capitalista capitaneada por Estados Unidos ha sido monstruosa para las grandes mayorías del mundo. Tal vez el planteo de este nuevo polo de poder abra algunas nuevas posibilidades. De todos modos, brilla por su ausencia allí un ideario y una ética socialista, marxista.

La situación actual plantea inquietantes interrogantes respecto a lo que vendrá en este mundo que, como se apuntaba más arriba, ha ido cambiando tanto abriendo escenarios totalmente impensados décadas atrás. El triunfo glorioso de la causa socialista no se ve muy cercano precisamente. El ideario socialista que se mantenía hace un tiempo, si bien no ha desaparecido y sigue siendo totalmente vigente, necesita reacomodarse ante la coyuntura mundial actual. El proletariado industrial urbano visto como la chispa revolucionaria en el siglo XIX ha cambiado; hoy el posible sujeto de la revolución es mucho más difuso: movimientos campesinos, empobrecidos urbanos con trabajos precarios, jóvenes sin futuro, mujeres reivindicando sus derechos de género. “Los pueblos consiguen derechos cuando van por más, no cuando se adaptan a lo ‘posible’”, expresó muy acertadamente Sergio Zeta. La cuestión estriba en cómo ir por más en la presente situación, cuando el sistema está tan acorazado, manejando las cosas con tecnologías de alta precisión (controles poblaciones monumentales, primado de la mentirosa manipulación mediática eufemísticamente llamada posverdad, armas de destrucción masiva siempre listas para ser usadas, la posibilidad abierta para las élites de instalarse en otro planeta dejando el desastre ecológico-social en la Tierra, aunque ello suene a ciencia ficción). Habiéndose desmovilizado tanto las luchas populares con las políticas neoliberales de los últimos cincuenta años (capitalismo salvaje sin anestesia), es difícil

encontrar los caminos para la transformación del sistema como un todo. Plantear todo esto no es demostración de un pesimismo radical (y, por tanto, un llamado a la desmovilización o, en el mejor de los casos, al acomodamiento de lo posible) sino un intento de insuflar energía a una lucha que hoy se muestra adormecida.

El sistema está blindado, y aunque sigue siendo muy injusto, profundamente asimétrico, despiadado, no da grietas por donde entrarle. Prefiere sacrificar gente y naturaleza para no perder sus ganancias, importándole más la acumulación pecuniaria que la vida humana. El capitalismo es una calamidad, pero no parece estar cayendo. Al menos hoy, nada indica que esté en retirada. Si el proyecto de los BRICS, un área no regida por el dólar, se ve, al menos para algunos, como un posible camino al socialismo —parece que no es tan así, según evidencian los hechos—, es obvio que los posibles escenarios poscapitalistas no están nada claros. Se ha dicho que el neoliberalismo fracasó. Error: no fracasó, porque no estuvo concebido nunca para llevar beneficio a las poblaciones. Fue, y continúa siendo, un triunfo de los capitales sobre la gran masa trabajadora (somos trabajadores todos y todas, desde obreros industriales urbanos a campesinos, desde amas de casa sin salario hasta personal profesional calificado, desde vendedores ambulantes informales hasta tecnócratas asalariados con doctorados). Aunque los niveles de control social —mediáticos-culturales, policiaco-militares, políticos— sean fabulosos, la gente reacciona. El descontento está instalado, y si la infame propaganda pro-sistema puede mostrar como un triunfo la existencia de enormes centros comerciales abarrotados de mercaderías —en contraposición al desabastecimiento de, por ejemplo, Cuba socialista—, la población mundial (85 %, no olvidarlo) sigue pasando penurias. Entramos en la era digital con inteligencia artificial presente a cada paso, pero eso es solo para una porción de la humanidad. Mucha gente continúa sin acceso a energía eléctrica, y no sabe si mañana comerá. ¿Cómo hacer caer al capitalismo enton-

ces? ¿Alcanza hoy ir a entregar volantes a la salida de una fábrica? Eso hoy se ve como inoperante. O, más aún, peligroso: es exponerse para nada. Vivimos tiempos de cerrazón, con un clima mundial que se derechiza cada vez más, con retorno de posiciones neofascistas. La historia humana es ensayo y error; la de una opción poscapitalista también. Habrá que seguir ensayando entonces, a partir de los errores conocidos.

Se ha dicho a veces, con mala voluntad, buscando degradarlo, o incluso sin necesariamente ponerse en una posición de derecha conservadora, sino con buena intención, pero quizá pecando de cierta ingenuidad intelectual, que el materialismo histórico es un pensamiento eurocéntrico, inaplicable fuera del contexto occidental, y más aún, en territorios sin mayor o ningún desarrollo industrial. He ahí un error conceptual: el materialismo histórico, o socialismo científico, es un instrumento teórico con una praxis concomitante y, como cualquier actividad científica, nunca está terminada, nunca llega a su culminación teórica, porque simplemente, como todo saber humano, es un proceso por siempre en construcción. Por eso, repetirlo acríticamente, es un error. Tomar lo dicho por Marx y Engels en un contexto particular para calcarlo en cualquier circunstancia, llama a la crítica. El mundo actual no es la Inglaterra decimonónica. Pero también es un error considerarlo como válido solo en un lugar geográfico determinado. En realidad, constituye una teoría de la historia social humana, aplicable a cualquier sociedad. Que sus formulaciones básicas las hayan realizado dos europeos —sin dudas imbuidos del espíritu de su época— no le da categoría de pensamiento europeo, occidental. ¿O acaso las luchas de clases se dan solo en ese continente?

Queda más que claro que los procesos humanos, que siempre son históricos, presentan innumerables aristas, complejas y contradictorias, muy cambiantes, por lo que no hay manuales protocolizados que expliquen con exactitud cómo actuar. Si el capitalismo desarro-

llado, básicamente el estadounidense, pretende implementar una ingeniería humana para manejar las masas como si fueran materiales de construcción, los resultados están a la vista: se uniforman criterios (corazones y cabezas, según Brzezinsky), pero a un costo deplorable. El ideario socialista no busca algo similar. Pretende, eso sí, construir algo que supere las injusticias estructurales apuntando a un mundo más armónico, más equilibrado, menos sanguinario que lo que conocemos, fomentando la encomiable idea de un hombre nuevo. Algo que, en buena medida, guio esas construcciones, fue un hálito voluntarista. Eso, sin embargo, tiene límites bastante cercanos, tal como lo deja ver la Revolución Cultural China. Aprobada por el Partido Comunista ante la aparición de “valores burgueses que querían restaurar el capitalismo”, tenía como objeto

[...] hacer más revolucionaria la conciencia del ser humano, lo que permitirá conseguir más rápidos, mejores y más económicos resultados en todos los campos de nuestro trabajo. Si las masas populares son plenamente movilizadas y se hacen arreglos adecuados, es posible llevar a cabo tanto la Revolución Cultural como la producción sin que sea afectada ni la una ni la otra, y garantizar una elevada calidad en todo nuestro trabajo. La gran Revolución Cultural proletaria es una poderosa fuerza motriz para el desarrollo de las fuerzas productivas sociales en nuestro país.

Lo cierto es que, con una imposición prácticamente forzada, tal como la que se vivió en China por alrededor de una década, no se cambian las cosas, las subjetividades, la ética. Ese experimento costó una cifra nunca claramente precisada de ejecuciones (se habla de varios millones de personas), humillaciones públicas, encarcelamientos, torturas, imposición de trabajos forzados, confiscación de bienes, sin que todo ello moldee efectivamente algo nuevo. La prueba está que, a la muerte de Mao, alguien defenestrado por la Revolución Cultural

como Deng Xiaoping, retornó, y los valores burgueses continuaron. Si “ser rico es glorioso”, como acuñó algunos años después Deng, es evidente que un esfuerzo voluntario, aún a costa de vidas y de imposiciones autoritarias muy cuestionables, no marca el camino para desarrollar el socialismo.

Ernesto Guevara razonó, en torno de la nueva moral socialista:

Que el hombre sienta la necesidad de hacer trabajo voluntario es una cosa interna y que el hombre sienta la necesidad de hacer trabajo voluntario por el ambiente es otra. Las dos deben estar unidas. El ambiente debe ayudar a que el hombre sienta la necesidad de hacer trabajo voluntario, pero si es solamente el ambiente, las presiones morales las que obliguen a hacer al hombre trabajo voluntario, entonces continúa aquello que mal se llama la enajenación del hombre.

Es evidente que hay que seguir estudiando y aprendiendo de los primeros pasos, de los errores, tal como sucede en cualquier práctica científica. Si pretendemos ser realmente objetivos, críticos y actuar con actitud científico-analítica, debemos partir por reconocer que, en estos temas éticos, todo el mundo —el autor de este opúsculo el primero— estamos más cerca de Homero Simpson que de la figura —quizá mítica— del guerrillero heroico.

Los interrogantes abiertos son múltiples: acerca del carácter y naturaleza de esa nueva sociedad en formación, sobre la manera en que se podrá terminar definitivamente con las injusticias conocidas en el capitalismo y, quizá como cuestión clave, la posibilidad de construir el socialismo en un solo país. Con relación a esto último, la experiencia de esos primeros pasos (Unión Soviética, China, Cuba) muestra que es posible a medias. La respuesta en torno a esa pregunta puede darse en dos vías: por un lado, porque parece imposible desarrollar plenamente una experiencia socialista, antesala del comu-

nismo, de la sociedad sin clases (“productores libres asociados” dirá Marx) en el mar de países capitalistas que acechan. La caída de la Unión Soviética es, seguramente, el ejemplo más evidente. El estalinismo jugó un papel básico para esa caída, porque no ayudó a solidificar el socialismo, sino que repitió patrones autoritarios heredados de la historia capitalista, no fomentando una real democracia de base, un auténtico poder popular. Pero eso solo no alcanza a explicar el fenómeno. Si no hubiera habido ataque externo, muy probablemente otra cosa hubiera sido esa experiencia. Hasta puede pensarse que esa deformación del estalinismo, en buena medida tiene que ver con esa soledad en que se movió la URSS y la necesidad de blindarse. La Guerra Fría, que para Estados Unidos era un fabuloso negocio para su complejo militar-industrial, en el Estado soviético fue el mecanismo que contribuyó a su caída. Esa militarización casi obligada revirtió bastante, o mucho, quizá demasiado, los primeros pasos dados en el momento inaugural, aquellos que auguraban un nuevo amanecer para la humanidad (recuérdese lo dicho más arriba sobre esos primeros momentos cercanos a 1917 y los avances fabulosos obtenidos). Por otro lado, la cultura del individualismo, que fomentó en modo exponencial y nos lega el capitalismo, está hondamente arraigada, y todo indica que se necesitarán muchas, decididamente muchas generaciones para poder cambiar eso, lo cual requiere harto tiempo y esfuerzo. Los actuales empresarios rusos, tan voraces como cualquier empresario de cualquier parte del mundo— no solo de las grandes potencias, también los hay en los pequeños países dependientes, y hasta en los pueblos originarios de Latinoamérica, donde hay burguesías indígenas— son capitalistas, y eso lo dice todo. El afán de lucro y la sed de poder pueblan completamente el actual paisaje humano. Setenta años de marxismo soviético no bastaron para cambiar en profundidad la ideología tradicional. Obviamente, estamos ante retos complejísimos.

La invasión y conquista del continente americano por parte de Europa en el siglo XVI (españoles, portugueses, británicos, holandeses, franceses) marcó profundamente la historia de esas tierras. Los invasores justificaron su entrada a sangre y fuego en el Nuevo Mundo con el pretexto de civilizar a pueblos bárbaros y primitivos. El racismo que se forjó desde aquel entonces —expresado en el bochornoso mito de razas superiores civilizadas versus salvajes atrasados—, sirvió como telón de fondo para cometer las más grandes e inimaginables tropelías. El desarrollo del capitalismo europeo tiene como contraparte el saqueo inmisericorde de América, esclavizando y sometiendo de modo infame a la población originaria, más el saqueo bestial de sus recursos naturales. Ello, agravado por la llegada de población africana en calidad de esclavos (quince millones de personas), vendidos como mercancía al mejor postor. Como la historia la escriben los ganadores, aún padecemos la brutalidad intelectual forjada por Europa del descubrimiento de América. En realidad, aquel lejano 12 de octubre de 1492, cuando el vigía de una de las tres carabelas españolas gritó ¡tierra!, dio inicio verdaderamente la globalización capitalista (la anterior llegada de los vikingos —por el Atlántico- o los polinesios —por el Pacífico— a estas tierras no significó aún la explosión capitalista). Con la monstruosa explotación de dos continentes en particular (América y África, luego expandiéndose por todo el orbe) se acumuló la riqueza que alimentó la naciente industria del capitalismo en su fase temprana. En su momento, capitalismo europeo: hoy, ya entrado el siglo XXI, expandido universalmente, copando prácticamente todos los espacios del planeta, salvo los pocos bolsones de pueblos que aún perviven en el período neolítico (muy contados en todo el orbe), y las pocas opciones socialistas existentes. Los numerosos pueblos originarios del territorio americano sufrieron distintas suertes, pero en general todos fueron subyugados por los conquistadores europeos. Exterminados casi por completo en algunos casos, sometidos en denigrantes reservaciones

en otros, incorporados al capitalismo como mano de obra semiesclava o confinados a las tierras más inhóspitas a veces para magras sobrevivencias, esos pueblos fueron y siguen siendo considerados por las clases dominantes (capitalistas con idiosincrasia eurocéntrica) como un problema. Se aprovechan de ellos como trabajadores/as poco calificados, tanto en el ámbito rural para las faenas agrícolas como para servicios en el contexto urbano, explotándoles sin piedad —para eso sí sirven—, pero descalificándolos en términos de ciudadanía. Sus culturas, para esa visión dominante, no pasan de pinto-resquimo folclórico, negando los maravillosos desarrollos obtenidos por las grandes civilizaciones prehispánicas: mayas, aztecas e incas, en algunos casos, superiores a la europea en el siglo XVI. Hoy día, esos pueblos siguen reclamando sus derechos como grupos sojuzgados, dado que en sus problemáticas se entrecruzan distintos niveles de injusticias: explotados como trabajadores por el modelo capitalista y despreciados por el racismo dominante, considerados siempre como ciudadanos de segunda. Al respecto es interesante retomar la *Declaración de Quito* con la que concluyó el encuentro continental “500 Años de Resistencia India”, en julio de 1990, preparatorio de la contracumbre de celebraciones que tuvieron lugar con motivo del encuentro (¿o mortal encontronazo?) de dos mundos en 1492:

Los pueblos indios además de nuestros problemas específicos tenemos problemas en común con otras clases y sectores populares tales como la pobreza, la marginación, la discriminación, la opresión y explotación, todo ello producto del dominio neocolonial del imperialismo y de las clases dominantes de cada país.

Latinoamérica presenta la particularidad de tener una muy alta proporción de sus poblaciones que se reconocen como indios, como pueblos originarios. Guatemala, Bolivia, Perú, Ecuador, sur de México, sur y norte de Chile, Paraguay, son territorios donde buena par-

te o la mayor parte de sus habitantes pertenece —orgullosamente muchas veces— a una ancestral cultura prehispánica. Pero, dado el aplastamiento / aniquilamiento que sufrieron, o en otras ocasiones, producto de ese racismo dominante, esa pertenencia avergüenza. Son las terribles dicotomías y deformidades que provocó aquella invasión de hace más de cinco siglos, cuyos efectos están hoy presentes. “Seré pobre... ¡pero no soy indio!”, puede decir victorioso un pobre urbano con apellido español en cualquiera de estos países de la región. Los aires de izquierda que soplaron en el continente décadas atrás, con movimientos revolucionarios armados en muchos casos, no abordaron con toda la profundidad del caso estos aspectos. El racismo histórico no terminó de ser procesado. Valen al respecto palabras del pensador guatemalteco Carlos Guzmán Böckler:

Echamos por la borda las teorías racistas o paternalistas que, con distinto nombre y en épocas sucesivas, presentaban a las poblaciones indígenas [...] como un problema irresoluto al que había que darle una solución definitiva, por el exterminio o por el mestizaje programado, amén de la proletarización que exigían los pensadores estalinistas de las izquierdas ortodoxas para limpiar el camino que conduciría a la revolución. [...] Sin embargo, en el último tercio del siglo XX todas esas teorías fueron perdiendo terreno ante un hecho real: “la indiada” no solo no se acababa sino había crecido en número y en la toma de conciencia de su situación. Alzó la voz, participó en los movimientos revolucionarios y exigió derechos, respeto y participación activa en la vida social global. (2018, p. 89)

De hecho, ya entrado el siglo XXI, el imperialismo estadounidense ve en esos pueblos originarios, que luchan por sus territorios ancestrales, la principal preocupación para su hegemonía continental. Debe mencionarse que en este momento el capitalismo global está

despojando, en forma creciente, a países del sur global de recursos naturales, justamente en los territorios donde asientan muchos de estos grupos. Buscan allí petróleo, minerales estratégicos, biodiversidad de las selvas tropicales, agua dulce, o terrenos para agricultura extensiva dedicados al agronegocio para un mercado internacional (producción de biocomustible). Esos pueblos, naturalmente, protestan y se alzan contra esa avalancha de despojos en sus ancestrales territorios. Al respecto, en el informe *Tendencias Globales 2020. Cartografía del futuro global* del Consejo Nacional de Información de los Estados Unidos, dedicado a estudiar los escenarios futuros de amenaza a la seguridad nacional de Washington, citado por Boaventura de Souza Santos (2008), puede leerse:

A comienzos del siglo XXI, hay grupos indígenas radicales en la mayoría de los países latinoamericanos, que en 2020 podrán haber crecido exponencialmente y obtenido la adhesión de la mayoría de los pueblos indígenas. [...] Esos grupos podrán establecer relaciones con grupos terroristas internacionales y grupos anti-globalización [...] que podrán poner en causa las políticas económicas de los liderazgos latinoamericanos de origen europeo. [...] Las tensiones se manifestarán en un área desde México a través de la región del Amazonas.

Esas protestas, impulsadas por quienes no se dicen a sí mismos “grupos de izquierda” (pero que, en términos políticos, sí lo son, pues funcionan como tales), representan hoy un indudable fermento anticapitalista. Concluye entonces el citado sociólogo portugués que:

[...] la verdadera amenaza no son las FARC. Son las fuerzas progresistas y, en especial, los movimientos indígenas y campesinos. La mayor amenaza [para la estrategia hegemónica de Estados Unidos] proviene de aquellos que invocan derechos ancestrales sobre los te-

territorios donde se encuentran estos recursos [biodiversidad, agua dulce, petróleo, riquezas minerales], o sea, de los pueblos indígenas.

En esa línea, el mexicano López y Rivas, a partir de la experiencia zapatista en Chiapas, puede decir que:

Por su naturaleza antisistémica y por la presencia indígena en territorios codiciados por el capital, y las características de su actual mundialización, los autogobiernos se enfrentan indirecta o directamente al Estado, sus instituciones y fuerzas represivas, sus estrategias contrainsurgentes, a las estructuras políticas, ideológicas, militares y de inteligencia del imperialismo; a sus corporaciones económicas, incluyendo el crimen organizado, que buscan abrir los territorios, ocuparlos, apropiarse de sus recursos culturales, naturales y estratégicos; a denominaciones religiosas, partidos y mecanismos políticos encaminados a penetrar, mediatizar y destruir los autogobiernos y formas colectivas de decisión y organización. (2021, p. 15)

Los pueblos tradicionales de toda América, con distintos tiempos y modalidades, han pasado a ser un importante elemento de lucha; de ahí que sobre ellos cae la represión de los Estados nacionales, obviamente defensores acérrimos del sistema capitalista. En el marco de esas luchas, e inspirados por su atávico sentido del cuidado de la naturaleza —cosa que no hace en absoluto el capitalismo: recordemos que vivimos ya el Antropoceno, la destrucción de nuestro medio ambiente— ha venido surgiendo recientemente, a partir de las milenarias culturas aymara y quechua, tanto en el Estado Plurinacional de Bolivia —con la presidencia del Movimiento al Socialismo [MAS]— y en Ecuador —con el impulso del Movimiento de Unidad Plurinacional Pachakutik— el concepto de Buen Vivir, llamado también a veces vida en plenitud. Este término deriva del neologismo

en lengua quechua “Sumak kawsay”, que vio la luz en la década de 1980; se vehiculiza allí un proyecto político-cultural de raigambre indígena, en clara oposición al consumismo voraz y depredador del capitalismo, evidenciando el sentido comunitario que perdura en esos pueblos, y su ancestral relación cosmogónica con la naturaleza. El concepto, asumido constitucionalmente por alguno de los Gobiernos progresistas que vienen dándose en la región desde inicios del siglo XXI, se ha ido incorporando en las distintas propuestas políticas de grupos indígenas de Latinoamérica, a veces tomando distancia del marxismo ortodoxo, el cual, en ocasiones, es visto con cierta reticencia como un elemento de aculturación occidental, eurocéntrico. El Plan Nacional para el Buen Vivir 2009-2013 del Ministerio de Educación de Ecuador, bajo la presidencia de Rafael Correa, lo define así:

La satisfacción de las necesidades, la consecución de una calidad de vida y muerte digna, el amar y ser amado, el florecimiento saludable de todos y todas, en paz y armonía con la naturaleza y la prolongación indefinida de las culturas humanas. El Buen Vivir supone tener tiempo libre para la contemplación y la emancipación, y que las libertades, oportunidades, capacidades y potencialidades reales de los individuos se amplíen y florezcan de modo que permitan lograr simultáneamente aquello que la sociedad, los territorios, las diversas identidades colectivas y cada uno — visto como un ser humano universal y particular a la vez— valora como objetivo de vida deseable (tanto material como subjetivamente y sin producir ningún tipo de dominación a un otro).

Se ha dicho a veces que el materialismo histórico es una producción intelectual de origen europeo, hija de la modernidad industrializante, que desconoce la cuestión indígena de los pueblos originarios de América. En realidad, esa teoría y práctica política, habitualmente conocida como marxismo, surgida del pensamiento de Marx y Enge-

ls, más precisamente llamada socialismo científico —en contraposición con el socialismo utópico decimonónico— es una profunda reflexión sobre la historia de la humanidad concebida en términos dialécticos a partir de la base material que posibilita la vida humana. Sus formulaciones, como las de cualquier ciencia, no tienen bandera nacional, no tienen patria, sino que sirven para operar sobre la realidad independientemente de las formas culturales existentes. El modo de producción determinado (despótico tributario o asiático, esclavismo, feudalismo, capitalismo), en todas las sociedades con excedente productivo, se basa en la lucha de clases. Eso es válido para cualquier contexto nacional. Decir que el materialismo histórico es europeo, es como decir que las matemáticas son de Babilonia, o árabe; o que la química es del antiguo Egipto, o francesa, y que, por tanto, no servirían en América Latina. Los conceptos teóricos de cualquier ciencia —natural o social— son eso: conceptos (átomo, ley de gravedad, números primos, inconsciente o plusvalía), y sirven para actuar sobre la realidad concreta. El materialismo histórico habla de la lucha de clases como motor de la historia, lo cual es válido en cualquier latitud. A ello se le articula el problema —infame y sin justificación alguna más que la explotación económica— del racismo. El concepto de Buen Vivir, si leemos y comparamos exhaustivamente su sentido con el ideario socialista, vemos que habla de lo mismo: es la búsqueda de una sociedad sin injusticias, de ningún tipo. Es cierto que en la obra escrita por Marx no hay una marcada preocupación por el ecicidio, situación que en la segunda mitad del siglo XIX no era tan evidente como sí lo es en la actualidad. De todos modos, su reflexión apunta a este problema, vislumbrando ya en aquel entonces que el modelo de producción en curso atenta contra la naturaleza. En el tomo I de *El capital* puede leerse:

La gran industria y la agricultura industrialmente explotada en gran escala operan en forma conjunta. Si en un principio se dis-

tinguen por el hecho de que la primera devasta y arruina más la fuerza de trabajo, y por ende la fuerza natural del ser humano, mientras que la segunda depreda en forma más directa la fuerza natural del suelo, en el curso ulterior de los sucesos ambas se estrechan la mano, puesto que el sistema industrial rural también extenúa a los obreros, mientras que la industria y el comercio, por su parte, procuran a la agricultura los medios para el agotamiento del suelo. (Marx, 1975, p. 69)

El marxismo clásico que se desarrolló durante el siglo XX no atendió especialmente el problema de la catástrofe ecológica (porque en ese entonces no existía, o era aún incipiente); hoy, sin embargo, las revisiones que se han ido haciendo, hablan ya de un ecosocialismo (el marxismo, como toda ciencia, avanza y se amplía). Es decir, una visión más holística de la sociedad, donde cuenta muy especialmente la relación del ser humano con nuestra casa común, la Tierra. Dijo el primer marxista latinoamericano que pensó acuciosamente la cuestión de la discriminación racial en Perú, patria de la ancestral y maravillosa civilización Inca, José Carlos Mariátegui, citado por Marc Becker:

Al racismo de los que desprecian al indio porque creen en la superioridad absoluta y permanente de la raza blanca, sería insensato y peligroso oponer el racismo de los que superestiman al indio, con fe mesiánica en su misión como raza en el renacimiento americano. (2002, p. 204)

Tal como dice la anteriormente citada *Declaración de Quito*: los pueblos originarios americanos tienen los mismos problemas comunes que otros colectivos populares sojuzgados: “la pobreza, la marginación, la discriminación, la opresión y explotación, todo ello producto del dominio neocolonial del imperialismo y de las clases dominan-

tes de cada país”. De esa cuenta, todos esos sectores *en* conjunto, en forma articulada, todos absolutamente unidos, podrán encontrar los caminos para la superación de esas injusticias. El divide y reinará es una práctica de quienes detentan el poder, tan vieja como el mundo. Por tanto, el camino es la unidad, sumar y no restar.

El socialismo produjo justicia, comenzó a borrar las asimetrías económico-sociales, pero, tal como lo apunta el arriba citado Yassel Padrón, “compitió en el propio terreno” del capitalismo. Es decir: se enfrentó a él especularmente. A cada misil estadounidense se le oponía un misil soviético; a cada avance tecnológico capitalista se buscaba uno similar con carácter “proletario y revolucionario”. Pero si de producir riqueza se trata (entendiendo como tal la sumatoria de bienes y servicios), el capitalismo definitivamente tiene la delantera. La tiene, al menos con ese esquema, porque hace siglos que viene acumulando, y la riqueza producida lo es a partir del trabajo alienado de la clase trabajadora. Es decir: el verdadero productor no es dueño de lo producido, sino que, plusvalía mediante, los propietarios de los medios de producción embolsan esa riqueza. La acumulación alcanzada por los grandes capitales hoy día es fabulosa, sin parangón. ¿Hay que generar algo igual desde el socialismo para poder beneficiar a la totalidad de la población? Los planes quinquenales no consiguieron esa abundancia. ¿Por qué? Tema difícil, espinoso: el socialismo real pudo repartir equidad (¡no hay niños de la calle!), pero no sobra la riqueza. Y en un mundo mayoritariamente capitalista, donde los oropeles y espejos de colores siguen encegueciendo a las grandes mayorías, esas carencias se pagaron caro. Eso fue, junto a otra suma de errores, lo que catapultó la caída de la URSS. Y lo que hizo que China (¿también Cuba, Vietnam y Corea del Norte?) buscara mecanismos capitalistas para apurar ese crecimiento económico. Sin dudas, China lo está logrando. Con su difícilmente comprensible (para los marxistas clásicos) socialismo de mercado, en treinta años multiplicó por diecisiete su PIB por habitante, cosa que ningún país

capitalista ha conseguido jamás. Ahora ahí hay riqueza, abunda, florece por todo el país. Lo cual abre inquietantes dudas: ¿no hay más alternativas que la super explotación de la clase trabajadora para lograr eso? Esa explotación trae como corolario inmediato la aparición de una clase explotadora, fenómeno presente en China. “Ser rico es glorioso”, ¿puede levantarse como consigna revolucionaria? Junto a ello, y no menos importante, la producción destinada a un consumo siempre creciente, es un atentado mortal para el medio ambiente. El socialismo, por tanto, debe plantearse muy profundamente esta cuestión del ecocidio. ¿Se puede impulsar el socialismo impulsando al mismo tiempo el consumo sin límites? Hoy día, desde posiciones de izquierda crítica, se habla de ecosocialismo (así como también se habla de un socialismo antipatriarcal). Problema complejo, sin dudas: el desarrollo social equilibrado no puede asentar en necesidades superfluas. El caso chino abre esa pregunta. ¿Cómo construir un socialismo responsable con la ecología, que permita vivir con dignidad a toda la población, pero sin sacrificar nuestra casa común?

El tema del consumo y de la recompensa material van de la mano. ¿Acaso no hay otra forma de incentivar la producción que no sea a través del premio material, premio al propio esfuerzo? Recordemos que, en la Unión Soviética, durante la era estalinista de entreguerras, apareció la propuesta stajanovista, que no es sino una fórmula capitalista de fomento del individualismo, del premio al voluntarismo personal. ¿Cuál es la clave para fomentar la productividad entonces, si entendemos que ese es el camino para el aumento de la riqueza? Solo como ejemplo, único ejemplo, podrían darse numerosos, pero uno es suficiente, ejemplo muy muy elocuente, por cierto: durante la Revolución Sandinista en Nicaragua existían dos hoteles de montaña en la zona de Matagalpa, uno frente al otro, y uno tan atractivo como el otro, enclavados en una fascinante zona boscosa. Selva Negra, privado, y Santa María de Ostuma, de propiedad estatal. El primero prosperó; el segundo quebró. Si los dos estaban en la misma

zona montañosa y ofrecían prácticamente lo mismo, ¿qué hizo que uno creciera como empresa y el otro terminara en bancarrota? ¿Estaremos condenados a aquella máxima de “el ojo del amo engorda el ganado”? La rígida planificación estatal se mostró cuestionable. Los cambios introducidos por Mijaíl Gorbachov con su intento de reestructuración (perestroika) intentaban introducir incentivos personales de tipo stajanovista. Los resultados ya son demasiado conocidos. China parece haber aprendido de la experiencia soviética, y la introducción de elementos capitalistas no trajo un colapso, sino una expansión fenomenal. Capitalismo puro y duro, bajo supervisión del Estado, con un ideario socialista. La cuestión es si ese modelo es el único socialismo posible. ¿Cómo podrían pequeños países del Sur repetir eso? La aparición de una clase dominante, con privilegios económicos, no lleva por fuerza a la solidaridad. Complejos vericuetos de nuestra psicología, de nuestra condición humana. La idea de socialismo —quizá no distinta a la de Buen Vivir surgida en la tradición prehispánica de Latinoamérica— busca un clima comunitario de igualdades, sin consumismos voraces, sin seducirse por los bienes materiales como fin último de la vida. El desafío de ver cómo construir eso está abierto.

El actual socialismo de mercado chino logró un aumento impresionante de la riqueza nacional en unas pocas décadas. Todo pareciera indicar, entonces, que la competencia es fuente de desarrollo. ¿Qué decir ante todo esto? Si el socialismo es posible a partir de una fenomenal riqueza generada por la industria moderna, ¿no queda más alternativa que establecer lógicas de mercado, (controladas por el Estado socialista en todo caso, como se supone que es China), y fomento del individualismo para acumular riquezas? No se puede dejar de lado que ese modelo de desarrollo va necesariamente de la mano de un fabuloso ataque a la ecología. La industria del use y tire no es sustentable en el largo plazo. Estamos ahí ante un debate impostergable que aquí solo se esboza, invitando a desarrollar-

lo exhaustivamente. Por lo pronto, a partir de esa problemática de la generación de riqueza (“El socialismo debe repartir riqueza y no pobreza”, expresaba Deng Xiaoping) presentamos algunas conclusiones (quizá preliminares), para ampliar esa discusión: 1) las únicas experiencias socialistas reales no vinieron de países industrializados, sino fundamentalmente agrarios. 2) Eso pareciera indicar que resulta más fácil que se desarrolle el socialismo en países atrasados, de base campesina, por su mayor espíritu comunitario. En los desarrollados / industrializados / urbanizados hay demasiada cultura individualista (en las modernas megápolis que se van dando en todo el mundo, con veinte, veinticinco o treinta millones de habitantes, tal como dijo Alain Touraine, “Es más fácil para la mayor parte de la gente encontrar un dinosaurio que un vecino”). El individualismo va en contra de la cultura comunitaria, y los encierros forzados de la pandemia de COVID-19 elevaron en forma exponencial esa modalidad. El teletrabajo llegó para quedarse. 3) Tenemos muy internalizada la idea que riqueza es hiperconsumo, acumulación de bienes; quizá se trate de cambiar ese modelo (atentatorio de la dignidad humana y del planeta. Se ha dicho que, si todo el mundo consumiera de la misma manera que consume la población estadounidense, los recursos naturales de la Tierra durarían no más de un mes). 4) La solidaridad y el espíritu comunitario, producto de un milenarismo esquema individualista que nos rige, exponencialmente potenciado por el capitalismo, deben fomentarse (tarea del Estado socialista), no nacen solos. Es cierto que en las comunidades rurales hay un espíritu más colectivo, no tan individualista. Ahí están los pueblos originarios de Latinoamérica, de África o de ciertos lugares de Asia como ejemplo, con una práctica más centrada en el nosotros que en el yo. Pero no olvidar que en las guerras internas de Centroamérica de estas últimas décadas —expresión hipercaliente en esos territorios de la Guerra Fría que libraban las superpotencias a nivel planetario— tanto la contra en Nicaragua como los Patrulleros de Autodefensa

Civil [PAC] en Guatemala fueron también campesinos, oriundos de las mismas aldeas olvidadas de las montañas donde se libraba la guerra anticomunista. Y en ambos casos actuaron —manipulados, sin dudas— con un feroz anticomunismo como el más preparado militar salido de la Escuela de las Américas. En un sentido, todos los seres humanos podemos ser igualmente diabólicos, y con la correspondiente manipulación, todo el mundo responde aproximadamente de la misma manera: siempre hay un enemigo posible a la vista. Si algo nos enseñan las modernas ciencias sociales es que, estructuralmente, en lo físico y en lo psicológico profundo, los seres humanos no somos muy distintos de una latitud a otra: todos mentimos, podemos ser violentos, individualistas, contruidos sobre la matriz del narcisismo primario, transidos por el poder como modo de escabullirnos de la constitutiva carencia de nuestra condición de entes finitos y limitados, acomodaticios (recuérdese la alusión a la ética y a Homero Simpson). No debemos idealizar, ver lo que no existe, pero que querríamos que existiera: en los pueblos originarios de los continentes africano y americano también había luchas de clases, sacrificios humanos, patriarcado, esclavismo. Los esclavos negros llevados por europeos a tierra americana para ser vendidos en subasta pública, en muchos casos eran llevados a los barcos negreros por otros negros, de otras etnias, que contribuían así al negocio del esclavismo. Del mismo modo en el que, en las primeras experiencias socialistas, hay verticalismo, abusos de poder, racismo, machismo. El socialismo, sin idealizar nada, es la apuesta —no podemos ser como el Che, eso es imposible, los humanos de a pie, los comunes, no somos así de heroicos, ni podremos serlo nunca—. Apuesta que nos convoca y nos reta, quizá en un mediano plazo, para construir ese nuevo sujeto.

La forma en que el capitalismo se ha desplegado por todo el orbe creó una cultura de consumo y despilfarro que parece ya muy hondamente instalada en la población, sin miras de retirarse en lo inme-

diato; por el contrario, tiende a profundizarse: salir de la pobreza es sinónimo de comenzar a consumir. Eso toca a toda la humanidad, con distintos grados de acceso al consumo; un ciudadano estadounidense consume cien veces más que uno del África, por ejemplo, pero también en este golpeado continente se han instalado esas pautas, y salir de la pobreza crónica de allí, dadas las formas en que el capitalismo se expandió, pasa por consumir los productos que el hoy propagado globalmente capitalismo ofrece. Un africano exitoso, entonces, se mira en el espejo de cualquier occidental exitoso — Hollywood mediante— y buscará comprarse el Ferrari de lujo, usar ropa de marca y viajar en avión en primera clase. Esa cultura, hoy por hoy, llegó para quedarse. La cuestión es cómo lograr un desarrollo socialista que pueda generar otra cultura. Los quinientos millones de campesinos pobres que China sacó de la indigencia rural, ahora son personas de clase media que consumirán igual —o quizá más— que un occidental (estadounidense o europeo). ¿Es eso sostenible? Sin dudas el hiperconsumo al que nos llevó el modo de producción capitalista es inviable. La huella ecológica que va dejando el paso del ser humano por la tierra en esta perspectiva de capitaloceno es suicida. El planeta Tierra ya no resiste tanta presión. De ahí que voces autorizadas en el tema ven que este modelo de desarrollo está creando nuevas zoonosis (enfermedades producidas por el descalabro medioambiental), tal como la reciente pandemia de COVID-19, preámbulo de otras por venir. La Universidad de Harvard (Estados Unidos), en un circunstanciado estudio informa que:

El cambio en el uso del suelo, la destrucción de los bosques tropicales, la expansión de las tierras agrícolas, la intensificación de la ganadería, la caza, el comercio de animales silvestres, y la urbanización rápida y no planificada son algunos de los factores que influyen en la propagación de virus con potencial pandémico.

La idea de consumo voraz, casi hedonista, que parece ya haberse instalado en forma permanente, obra en contra de la sobrevivencia misma del colectivo. Así como está concebido, ese modelo lleva a la autodestrucción, por lo que es imprescindible generar nuevas formas de relacionamiento que sirvan a la totalidad de la población mundial, y no solo a grupos determinados.

Todo lo cual lleva a considerar que podrán existir élites super privilegiadas que ya están pensando en abandonar este mundo para instalarse fuera, en algún lugar menos contaminado, más vivible. Y que el pobrero resista aquí como pueda.

De la mano de esto, y como otra catástrofe a la que todo el mundo se enfrenta, aparece el problema de la posible guerra nuclear. Si es cierto que las hipótesis de conflicto de las grandes potencias en este caso hablan de uso de armas atómicas *tácticas* —no las más tremendamente letales: los actuales misiles (estratégicos) tienen cargas hasta treinta veces más potentes que las bombas lanzadas en Japón—, la posibilidad real es el uso de todo el potencial acumulado. Dado que nadie quiere perder, el desarrollo de un conflicto bélico puede llevar a consecuencias impensables, a salidas virtualmente locas. De las guerras se sabe cómo comienzan, pero nunca cómo terminan. Nadie quiere disparar los misiles intercontinentales, pero si alguien los usa, la respuesta del otro lado es inevitable. Y no hay antídoto contra eso. Si no es por la muerte instantánea en el momento de recibir los impactos, la lluvia ácida provocada por las posteriores nubes radiactivas, y el prolongado invierno nuclear (noche permanente por al menos una década con temperaturas gélidas extremas) que seguiría, terminarán con toda la vida sobre el planeta por la falta de luz solar. Por tanto, utilizar ese tipo de armamentos entre las superpotencias es algo que, como lo dice en inglés la abreviatura de la fórmula de la correspondiente estrategia militar: Mutual Assured Destruction [MAD] es algo loco (*mad*, en inglés).

Un gran conflicto internacional, con misiles estratégicos, podría tornar el planeta prácticamente invivible, con esas élites escapando a paraísos extraterrestres. Aunque suene a ciencia ficción, eso es pensable. De dispararse todo el potencial, es decir: de darse una tercera guerra mundial con armas atómicas, como dijo Einstein, “la cuarta sería a garrotazos”. Fue benévolo en su consideración, porque si se dispara toda esa energía, no quedaría nada en el planeta (la onda expansiva que se produciría alcanzaría la órbita de Plutón). Considerando todo lo anterior, Sigmund Freud —que no era socialista propiamente, pero tenía un muy agudo pensamiento crítico progresista—, en una serena y madura reflexión de su senectud, dijo que una tendencia autodestructiva del ser humano (la pulsión de muerte, tal como él la concibió) terminaría imponiéndose, llevando a la desaparición de esta especie. Es una intuición, una hipótesis, indemostrable en principio; lo cierto es que, viendo el mundo actual marcado tan profundamente por los valores capitalistas, la misma tiene total sentido. El afán de ganancia y la búsqueda de poder nos pueden llevar a la catástrofe final. Es por eso que, en defensa de la humanidad, de toda forma de vida y del planeta que habitamos, el socialismo aparece como la única salida posible. Una vez más, la reflexión de Rosa Luxemburgo: “socialismo o barbarie”.

El capitalismo, aunque al día de hoy se muestra triunfador —según sus cuestionados valores, por supuesto— y aplasta los ideales de transformación levantados por el socialismo, ha dado suficientemente muestras de no poder resolver los problemas de la humanidad. No quiere y no puede; en su núcleo mismo recae esa imposibilidad: su esencia última es ganar dinero, acumular. Eso va en contra de la ética humana, de la sobrevivencia digna, de una cultura del nosotros versus el individualismo a ultranza. El espíritu comunitario se ha ido perdiendo: la citada metáfora del dinosaurio en las modernas megaurbes lo deja ver. El socialismo, aún con todas las falencias que ha evidenciado en su corta vida, sigue siendo una fuente de es-

peranza. Por eso, aunque al día de hoy estemos algo aturdidos por la situación reinante, sigamos construyendo esta alternativa, que es la única que puede significar un mejoramiento real para toda la especie humana.

Es cierto que hoy nadie sabe con exactitud cómo construir alternativas válidas contra el capitalismo. Eso no significa que no las haya. La cuestión es cómo, inteligentemente, se pueden ir concibiendo, dándoles forma y poniéndolas en práctica. El presente opúsculo quizá no aporte nada nuevo en ese sentido, pero es un llamado, vehemente y enérgico, a no perder las esperanzas. Remarquemos que esperanza no es lo mismo que ilusión. Las ilusiones pertenecen al campo religioso, que es lo mismo que decir al de las fantasías, de las quimeras, sueños irrealizables; la esperanza no, es otra cosa. La ilusión es una espera pasiva, sin praxis concreta; la esperanza implica acción, búsqueda activa de la consumación de un anhelo, de un deseo. Quienes tenemos esperanza, actuamos, accionamos concretamente en el mundo. La revolución socialista es una práctica movida por la esperanza de un mundo de mayor justicia, no es una vana ilusión, una espera de algo imposible, más ligada a la fe. Tal como dijera Xabier Gorostiaga tras la desaparición del campo socialista europeo, “quienes seguimos teniendo esperanzas no somos estúpidos”. Pensamos y actuamos en consecuencia para que este mundo legado por el capitalismo, inviable a futuro, pueda cambiar de una buena vez.

La observación serena de la actual realidad mundial nos muestra un campo popular y un ideario revolucionario en retroceso. Las primeras experiencias socialistas han dejado muchas inquietudes, y el peso aplastante del discurso de la derecha parece asfixiarnos. De todos modos, con serenidad, vale tomar muy en serio las palabras de uno de los fundadores del Partido Comunista Italiano, Antonio Gramsci, más que adecuadas en este momento histórico: “Actuar con el pesimismo de la razón y con el optimismo del corazón”.

Aún a riesgo de caer en eurocentrismos, permítasenos cerrar este texto con esta reflexión: una de las páginas más espectaculares de la música universal, el *Himno a la alegría* compuesto por Ludwig van Beethoven (cuarto movimiento de su Novena sinfonía) sobre letra de Friedrich Schiller, considerado patrimonio cultural de la humanidad por la UNESCO, fue escrito por un sordo. No escuchaba los sonidos de su obra al ser ejecutada (en el estreno en el Teatro de la Corte Imperial y Real de Viena, en 1824, él solo hizo la mímica, mientras en realidad la orquesta y el coro eran dirigidos por otro director), pero los vivía plenamente. Su sordera no le impidió concebir un canto a la alegría, a la esperanza, a nuevo amanecer radiante. Si todavía estamos algo aturdidos, ensordecidos (bastante ensordecidos) por el estrépito de la caída del Muro de Berlín, recordemos que esa obra musical maravillosa la concibió alguien también ensordecido; su sordera no le permitía escuchar los instrumentos, pero los sonidos los pudo concebir en su cabeza. De ahí que, pese a que no podamos escuchar aún el canto triunfal de un nuevo y prometedor mundo socialista que se nos abre, preámbulo de la sociedad sin clases, la patria de la humanidad, como pide la Marcha Internacional Comunista, hagamos nuestros los dos epígrafes con que se abre el presente libro. Y más aún, en estos tiempos bastante aciagos que corren ahora de derechización creciente, el de Pablo Neruda: “Podrán cortar todas las flores, pero no podrán detener la primavera”.

Bibliografía

Althusser, Louis (1974). *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Antognazzi, Irma, y Lemos, María Felisa (2006). *Nicaragua, el ojo del huracán revolucionario*. Buenos Aires: Nuestra América Editorial.

Avanessian, Armen, y Reis, Mauro (comps.) (2017). *Aceleracionismo. Estrategias para una estrategia hacia el postcapitalismo*. Buenos Aires: Editorial Caja Negra.

Baltodano, Mónica (11 de diciembre de 2023). Nicaragua: el caníbal neoliberalismo de Ortega. CETRI. <https://www.cetri.be/El-canibal-neoliberalismo-de?lang=fr>

Baudrillard, Jean (1970). *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*. Madrid: Siglo XXI.

Bauer Paiz, Alfonso (2007). *Cómo opera el capital yanqui en Centroamérica. (El caso de Guatemala)*. Guatemala: Inforpress Centroamericana.

Becker, Marc (2002). Mariátegui y el problema de las razas en América Latina. *Revista Andina*, (35), 191-220. <https://www.yachana.org/research/revistaandina.pdf>

Bendaña, Alejandro (1991). *Una tragedia campesina: testimonios de la resistencia*. Managua: Editora de Arte.

Bleichmar, Norberto, y Lieberman-Bleichmar, Celia. (2017). *El psicoanálisis después de Freud. Teoría y clínica*. México: Paidós.

Bobbio, Norberto; Matucci, Nicola, y Paquino, Gianfranco. (2007). *Diccionario de política*. México: Siglo XXI Editores.

Boron, Atilio (2002). *Imperio e imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*. Buenos Aires: CLACSO.

Boron, Atilio (2008). *Socialismo del siglo XXI. ¿Hay vida después del neoliberalismo?* Buenos Aires: Editorial Luxemburg.

Boron, Atilio (2020). *Bitácora de un navegante. Teoría política y dialéctica de la historia latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO.

Boron, Atilio; Amadeo, Javier, y González, Sabrina (comps.) (2006). *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*. Buenos Aires: CLACSO.

Brzezinski, Zbigniew (1979). *La era tecnocrática*. Buenos Aires: Paidós.

Brzezinski, Zbigniew (1998). *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Buenos Aires: Paidós.

Caballero, Manuel (1988). *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana 1919-1943*. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.

Canary, Henrique (9 de enero de 2024). No vivimos una “crisis de dirección”, sino una crisis del propio proletariado. *Jacobin*. <https://jacobinlat.com/2024/01/no-vivimos-una-tesis-de-direccion-del-proletariado-sino-una-tesis-del-propio-proletariado/>

Carr, Edward (2014). *La revolución rusa. De Lenin a Stalin. (1917-1929)*. Madrid: Editorial Alianza.

Carranza, Julio (26 de julio de 2021). Vivir, pensar y luchar en una coyuntura compleja. *gAZeta*. <https://gazeta.gt/45750/>

Castro, Nils (2005). *Las izquierdas latinoamericanas: observaciones a una trayectoria*. Bogotá: Ed. Quebecor World Bogotá.

Castronovi, Antonio (2024). Multipolaridad, socialismo y descolonización del mundo. *Geoestrategia*. <https://geoestrategia.es/noticia/42308/politica/multipolaridad-socialismo-y-descolonizacion-del-mundo.html>

Chomsky, Noam (2004). *On Colombia*. https://chomsky.info/200412__/

Clavero, Bartolomé (2008). *Geografía política de América Latina: pueblos indígenas entre constituciones mestizas*. México: Siglo XXI.

Colussi, Marcelo (2012). El narcotráfico: un arma del imperio. *gAZeta*. <https://gazeta.gt/wp-content/uploads/2018/08/el-narcotrafico-un-arma-del-imperio.pdf>

Colussi, Marcelo (comp.) (2013). Sembrando utopía. Crisis del capitalismo y refundación de la Humanidad. *Gazeta*. <https://gazeta.gt/wp-content/uploads/2019/10/Sembrando-utop%C3%ADa.-Crisis-del-capitalismo-y-refundaci%C3%B3n-de-la-Humanidad.pdf>

Constitución del Estado del Ecuador [Const] (14 de junio de 1830). Art. 68. Ecuador.

Crovi Duretta, Delia (2002). Sociedad de la información y el conocimiento. Entre el optimismo y la desesperanza. *Revista Mmexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 45 (185). <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2002.185.48317>

Cuéllar, Nelson (coord.) (2012). *Inversiones y dinámicas territoriales en Centroamérica. Implicaciones para la gobernanza y la construcción de alternativas*. El Salvador: Fundación PRISMA.

Cuevas Molina, Rafael (2011). *De banana republics a repúblicas maquileras. La cultura en Centroamérica en tiempos de globalización neoliberal*. San José: UNED.

De la Fuente, Gerardo (1999). *Amar en el extranjero. Un ensayo sobre la seducción de la economía en las sociedades modernas*. México: Media Comunicación.

De León, Mario (2022). *El Antropoceno en crisis y otras tantas pandemias y misceláneas*. Guatemala: Ibukku

De Miguel, Ana (2001). *Alejandra Kollontai*. Madrid: Editorial del Orto.

De Souza Santos, Boaventura (2008). Estrategia continental. *Página 12* <https://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-100577-2008-03-13.html>

Diercksens, Wim (1997). *Los límites de un capitalismo sin ciudadanía*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.

Dieterich, Heinz (1999). *Fin del capitalismo global. El nuevo proyecto histórico*. México: Editorial Txalaparta.

Dussel, Enríque (1994) *Praxis latinoamericana y filosofía de la liberación*. Bogotá: Editorial Nueva América.

DW Español (29 de marzo de 2024). EE. UU. invierte millones “para derrumbar al régimen cubano”. [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=Q5CYJ2YpOto>

Engels, Federico (1972). *El origen de la familia, la propiedad privada y del Estado*. Santiago: Empresa Editora Nacional Quimantú.

Engels, Federico (2000). *Principios del comunismo*. Librodot.com. https://drive.google.com/file/d/0Bxx9eEGMno8NYWZlYzQ2NTItMTA1NC00NWQ4LWIxNjUtYmEwNzhjYjRmMjg0/view?resourcekey=0-uCsEHdCR_ZGzdkzQikMi3g

Engels, Federico (2017). *Dialéctica de la naturaleza*. Madrid: Akal.

Enríquez Pérez, Isaac (6 de mayo de 2021). El crimen organizado como engranaje del capitalismo. *Rebelión*. <https://rebellion.org/el-crimen-organizado-como-engranaje-del-capitalismo/>

Federici, Silvia (2013). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Figueroa Ibarra, Carlos (2010). *¿En el umbral del posneoliberalismo?* Guatemala: F&G Editores.

Freud, Sigmund (2018). *Psicología de las masas y análisis del Yo*. Biblioteca Virtual Omegalfa. <https://omegalfa.es/downloadfile.php?file=libros/psicologia-de-las-masas-y-analisis-del-yo.pdf>

- Fukuyama, Francis (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Madrid: Editorial Planeta.
- Galeano, Eduardo (1980). *Las venas abiertas de América Latina*. México: Siglo XXI Editores.
- Garrido Ferradanes, Fernando (2004). Globalización y migración. *Aposta Revista de Ciencias Sociales*, (6). <http://www.apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/garrido2.pdf>
- Gómez Carrillo, Enrique (2013). *La Rusia actual*. Guatemala: Editorial Cultura.
- Gramsci, Antonio (1975). *Quaderni del carcere*. Torino: Einaudi.
- Guzmán Böckler, Carlos (2018). *Donde enmudecen las conciencias. Crepúsculo y aurora en Guatemala*. Guatemala: Catafixia.
- Habermas, Jürgen (1992). *Debate sobre el socialismo III*. San José de Costa Rica: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Han, Byung-Chul (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Hardt, Michael, y Negri, Toni (2002). *Imperio*. Buenos Aires: Paidós.
- Harvey, David (2005). *El “nuevo” imperialismo: acumulación por desposesión*. Buenos Aires: CLACSO.
- Hobsbawm, Erick (1995). *Historia del siglo XX. Historia del mundo contemporáneo*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Holloway, John (2005). *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*. Caracas: Editorial Melvin.
- Illescas, Jon (2013). Derribar al capitalismo construyendo el socialismo internacional (1). *Lo que somos*. <https://loquesomos.org/derribar-al-capitalismo-construyendo-el-socialismo-internacional-1/>
- Illescas, Jon (2023). La Navidad, el reguetón y las guerras de nuestros días. *El Viejo Topo*. <https://www.elviejotopo.com/topoexpress/la-navidad-el-regueton-y-las-guerras-de-nuestros-dias/>
- Katz, Claudio (2006). *El porvenir del socialismo*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Katz, Claudio (2022). *¿Es Rusia una potencia imperialista?* La Paz: Editorial Inti.

Keeran, Roger, y Kenny, Thomas (2013). *Socialismo traicionado. Detrás del colapso de la Unión Soviética 1917-1991*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Kohan, Néstor (1998). *Marx en su (Tercer) Mundo. Hacia un socialismo no colonizado*. Buenos Aires: Biblos.

Kohan, Néstor (2016). *Marx en clave latinoamericana*. Guatemala: Universidad de San Carlos de Guatemala.

Kollontai, Alejandra (1977). *La mujer nueva y la moral sexual*. Madrid: Editorial Ayuso.

Kollontai, Alejandra (2020). *Feminismo socialista y revolución*. México: Para leer en libertad AC.

Laclau, Ernesto, y Mouffe, Chantal (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.

Lambert, Renaud (abril de 2011). Cuba, los frijoles y la reforma. *Le Monde Diplomatique*. <https://www.vientosur.info/documentos/Cuba%20LMD.pdf>

Leal, José F. (2014). La palabra de Warren Buffet. *El Mundo*. <https://www.elmundo.es/blogs/elmundo/billonarios/2014/06/10/palabra-de-warren-buffett.html>

Lenin, Vladimir (1975). *¿Qué hacer?* Madrid: Editorial Akal.

Lenin, Vladimir (2004). *Tesis de abril*. Madrid: Fundación Federico Engels.

Lenin, Vladimir (2007). *El Estado y la revolución. La doctrina marxista del Estado y las tareas en la revolución*. Buenos Aires: Editorial Longseller.

Lenin, Vladimir (2012). *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Madrid: Editorial Taurus.

López y Rivas, Gilberto (2020). *Estudiando la contrainsurgencia de Estados Unidos. Manuales, mentalidades y usos de la Antropología*. México: Plaza y Valdés Editores.

López y Rivas, Gilberto (2020). *Pueblos indígenas en tiempos de la Cuarta Transformación*. México: Bajo Tierra Ediciones.

López y Rivas, Gilberto (2021). *Mandar obedeciendo: la ruptura del cerco*. Morelos: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Lukács, Georg (2014). *Lenin. La coherencia de su pensamiento*. México: Editorial Ocean Sur.

Luxemburgo, Rosa (2017). *La revolución rusa: un examen crítico*. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana.

Luxemburgo, Rosa (s. f.). *La acumulación del capital*. Barcelona: Edicions Internacionals Sedov. <https://www.marxists.org/espanol/luxem/1913/1913-lal-acumulacion-del-capital.pdf>

Lyotard, Jean-François (2006). *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra.

Macpherson, Crawford Brough (2005). *La teoría política del individualismo posesivo. De Hobbes a Locke*. Madrid: Editorial Trotta.

Marcuse, Herbert (1994). *Razón y revolución*. Madrid: Altaya.

Mariátegui, José Carlos (2007). *Siete ensayos sobre la realidad peruana*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho.

Márquez, Orlando (2011). Sin miedo a la riqueza. *Palabra Nueva*, (203).

Martinelli, Martín Alejandro (2022). *Palestina (e Israel) entre intifadas, revoluciones y resistencia*. Luján: Editorial Universidad de Luján.

Martínez Peláez, Severo (1994). *La patria del criollo. Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*. México: Ediciones En Marcha.

Marx, Carlos (1975). *El capital. Crítica de la economía política*. [Vol. I]. México: Siglo XXI.

Marx, Carlos (1977). *Crítica del Programa de Gotha*. Moscú: Progreso.

Marx, Carlos (1980). Contribución a la crítica de la economía política en Carlos Marx y Federico Engels. *Obras escogidas*. [Vol. I]. Moscú: Progreso.

Marx, Carlos (2006). *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Buenos Aires: Editorial Colihue.

Marx, Carlos, y Engels, Federico (1999). *El manifiesto comunista*. Madrid: Fundación Federico Engels.

Marx, Carlos y Engels, Federico (2014). *La ideología alemana*. Madrid: Akal.

Mc Bride, Seán (1980). *Un solo mundo. Voces múltiples. Comunicación e información en nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica y UNESCO.

Morales, Yolanda (3 de enero de 2013). El socialismo funciona solo en dos lugares: el cielo y el infierno. *El Economista*. <https://www.economista.com.mx/opinion/El-socialismo-funciona-solo-en-dos-lugares-el-Cielo-y-el-infierno-20130103-0002.html>

Moraria, Leonardo (2015). *La guerrilla de La Azulita. (Leyenda y realidad). Circunstancias históricas de la lucha social en Venezuela y su trascendencia en la llamada Revolución Bolivariana (1958-2013)*. Caracas: Ediciones Leonardo Moraria.

Moulián, Tomás (2001). *Socialismo del siglo XXI. La quinta vía*. Santiago de Chile: Ediciones LOM.

Navarro, Jorge Antonio (2016). *Vigencia de Marx*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Paul, James (2003). Oil companies in Iraq. *Global Policy Forum*. <https://archive.globalpolicy.org/security/oil/2003/2003companiesiniraq.htm>

Pavón-Cuellar, David (coord.) (2017). *Capitalismo y psicología crítica en Latinoamérica. Del sometimiento neocolonial a la emancipación de subjetividades emergentes*. México: Kanankil Editorial.

Proudhon, Pierre-Joseph (2005). *¿Qué es la propiedad? Investigaciones sobre el principio del derecho y del gobierno*. Buenos Aires: Libros de Anarres.

Restivo, Néstor, y Ng, Gustavo (comps.) (2020). *China: la superación de la pobreza*. Mendoza: Ediciones Universidad de Congreso.

Robinson, William (2007). *Una teoría sobre el capitalismo global: producción, clases y Estado en un mundo transnacional*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo.

Robinson, William (30 de junio de 2020). La economía poscovid puede tener más robots, menos puestos de trabajo y vigilancia in-

tensificada. *El Salto*. <https://www.elsaltodiario.com/crisis-economica/economia-post-covid-mas-robots-menos-puestos-trabajo-vigilancia-intensificada>

Rodríguez Gelfenstein, Sergio. (2019). *China en el siglo XXI. El despertar de un gigante*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

Roszak, Theodore (2005). *El culto a la información. Un tratado sobre alta tecnología, inteligencia artificial y el verdadero arte de pensar*. Barcelona: Gedisa.

Rothé, Bertrand y Mordillat, Gérard (2011). *Il n'y a pas d'alternative: trente ans de propagande économique*. Paris: Éditions du Seuil.

Sánchez Albornoz, Nicolás (2014). *Historia mínima de la población de América Latina desde los tiempos precolombinos al año 2025*. México: El Colegio de México.

Sánchez Vásquez, Adolfo (1999). *Entre la realidad y la utopía. Ensayo sobre política, moral y socialismo*. México: UNAM / FCE.

Sartori, Giovanni (1997). *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Barcelona: Ed. Taurus.

Silva, Rafael (14 de marzo de 2016). Marxismo, socialismo y capitalismo en el siglo XXI (116). *Overblog*. <http://rafaelsilva.over-blog.es/2016/03/marxismo-socialismo-y-capitalismo-en-el-siglo-xxi-116.html>

Solar Cabrales, Frank Josué (24 de marzo de 2024). Certezas y encrucijadas del socialismo en Cuba. *La Tizza*. <https://medium.com/la-tiza/certezas-y-encrucijadas-del-socialismo-en-cuba-61765e3ae6b7>

Tabanera, Noelia (16 de febrero de 2024). La opinión del director de uno de los mayores fondos de pensiones del mundo: “Hay que repartir la riqueza con los trabajadores”. *Infobae*. <https://www.infobae.com/espana/2024/02/16/la-opinion-del-director-de-uno-de-los-mayores-fondos-de-pensiones-del-mundo-hay-que-repartir-la-riqueza-con-los-trabajadores/>

Tedesco, Laura (2007) *El Estado en América Latina. ¿Fallido o en proceso de formación?* Madrid: Editorial FRIDE.

Tischler Visquera, Sergio (2016). La teoría de la revolución de John Holloway y la dialéctica del zapatismo. *Herramienta*. <https://herramienta.com.ar/la-teoria-de-la-revolucion-de-john-holloway-y-la-dialectica-del-zapatismo>

Touraine, Alain (1969). *La sociedad postindustrial*. Barcelona: Ariel.

Trotsky, León (1974). *El nuevo curso. Problemas de la vida cotidiana*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Trotsky, León (1974). *Stalin: el gran organizador de derrotas. La IC después de Lenin*. Buenos Aires: Distribuidora Batres.

Trotsky, León (2008). *El programa de transición*. Madrid: Fundación Federico Engels. https://proletarios.org/books/Trotsky-Programa_de_transicion.pdf

Vega Cantor, Renán (14 de mayo de 2010). Crisis y contraofensiva imperialista de Estados Unidos en América Latina. *Herramienta*. <https://www.herramienta.com.ar/crisis-y-contraofensiva-imperialista-de-estados-unidos-en-america-latina>

Voltaire. (2021). *Cándido, o el optimismo*. Madrid: Akal.

Wallerstein, Immanuel (2001). *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI*. México: Siglo Veintiuno Editores.

Winocur, Marcos (2006). *¿Y qué fue del comunismo?* México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Woods, Alan (2008). *Reformismo o revolución. Marxismo y socialismo del Siglo XXI (Respuesta a Heinz Dieterich)*. Mérida: Fundación Federico Engels.

Xiaoping, Deng (1995). *Textos escogidos de Deng Xiaoping*. [2.^a ed., vol. 2]. Beijing: Ediciones en Lenguas Extranjeras.

Sobre el autor

Marcelo Colussi nació en Rosario, Argentina (1956). Estudió Psicología y Filosofía en su país natal. Vivió en varios países latinoamericanos, trabajando siempre en el área social. Actualmente es psicoanalista, analista político y catedrático universitario. Tiene varios libros en el área de ciencias sociales así como en el campo literario.

El capitalismo, aparentemente hoy triunfador, dio suficientes muestras de no poder resolver los problemas de la humanidad. No quiere y no puede; su esencia es acumular. Eso va en contra de la ética humana, de la sobrevivencia, de una cultura del nosotros versus el individualismo. Nos han quitado el espíritu comunitario. El socialismo, aún con las falencias evidenciadas en su corta vida, sigue siendo una fuente de esperanza. Por eso, aunque hoy estemos algo aturridos por la situación reinante, sigamos construyendo esta alternativa, que es la única que puede significar un mejoramiento real para toda la especie humana.



FLACSO
GUATEMALA

